FRAY MOCHO



"Yachting"

N.° 773

15·2·1927

Thais

Por sus altas cualidades nutritivas y porque su masa, liviana y delicada, las hace también eminentemente digestivas, estas galletitas son especialmente recomendables para niños. Pero esta indicación no significa negar los méritos que tienen para ser servidas en toda circunstancia, ya sea con el té, como con café y licores. Pídalas hoy a su proveedor. A sus niños confiamos así, de este modo, la misión, que nacerá en ellos espontánea, de formular muchos y más convincentes elogios en favor de las "THAIS".

Se venden en todo el país

Terrabusi Hnos. & Cia.
ESTABLECIMIENTO MODELO
San José 1060 — Buenos Aires





FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912. Redaccion y Administración BOLIVAR 879

Año XVI — Buenos Aires, 15 de febrero de 1927 — N.° 773

Cosas de la vida, por Rojas



—Yo creo, doctor, que las peras y los duraznos que he comido debían de ser portugueses.
—¿Por qué?
—Porque me han producido en los intestinos una revolución.



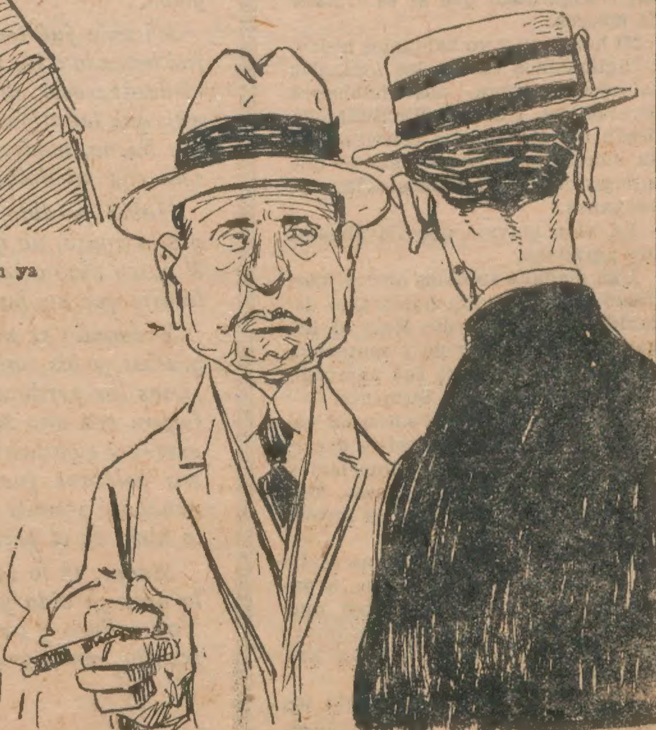
—Parece que a los revolucionarios chinos se les van acabando las municiones.
—No se preocupe usted, que cuando se les terminen las balas, tirarán con piedras y cuando se terminen las piedras se tirarán las chinas.



—¿No se cansa usted de comer huevos todos los días?
—¡Qué remedio me queda, con el calor que hace las gallinas que tengo los ponen ya fritos!



Después de haber dicho Antía y Llacoy que ellos fueron los autores de tantos crímenes, ahora dicen que son inocente: Encima de que esos bandido les están tomando el pelo a los jueces y a la policía, todavía hay quien cree que son inocentes, ¿Sabe Vd. lo que yo haría con los que creen eso? Les llevaría a esa pareja de inocentes para que les cuidara la casa mientras veranean en Mar del Plata.



—Me han dicho que la mujer de Pablo anda con Pérez.
—Mientras ande no le debe de preocupar a Pablo, lo malo será que se pare.

Los terribles lobos

«Venganza eslava»

Por J. H. Rosny

Cuando Golovine hubo acabado su relato, Estefano Nikhailovitch, exclamó:

—Su historia se parace mucho a la mía... que es también de lobos y dictadores. ¿Le gustan a usted los lobos? — continuó pensativo.— A mí me entusiasman, y, sobre todo, experimento un verdadero placer, viéndoles rondar por la estepa desde una vivienda libre de peligro. A mi juicio, los lobos son tan elegantes como los grandes felinos y mucho más inteligentes...

En el fondo, un tigre es un estúpido. Yo he visto algunos allá en Manchuría, con sus grandes cabezas redondas: tenían el aspecto de no saber lo que hacían, mientras que cada movimiento de los lobos, denota el cálculo y la astucia.

Cuando hay que ver a una manada de lobos que van de caza, es en una noche de luna en invierno. No hay espectáculo más propio para haceros reflexionar sobre el misterio de la vida y sobre la inmensa tragedia de los seres devorándose unos a otros...

Cada uno de esos animales (cuyos sentimientos son tan sutiles que al lado suyo el hombre puede decirse que carece de olfato y de oído) se halla entonces estremecido por la inmensa necesidad de rehacer su carne a expensas de la carne de otro. Yo encuentro eso muy bien; me parece formidablemente bello y lamento que los lobos vayan desapareciendo de la tierra poco a poco...

Les debo un gran recuerdo.

* * *

El hecho ocurrió en el norte de Rusia, donde las selvas y las estepas son casi vírgenes. Una noche de diciembre, clara, purísima, alumbrada por una luna de plata y nacar. Mi hermano Pavel y lo ocupábamos una choza abandonada por los leñadores y situada a la orilla de un gran bosque.

Con nosotros estaba un hombre, un amigo de nuestra infancia, Pietro Vladimiritch, al que teníamos sujeto con fuertes ligaduras. Era el amo y déspota de Morgov. Tenía sobre su conciencia la muerte de dos o tres mil seres humanos. Mandaba ejecutar a la gente con la misma tranquilidad que si se tratase de moscas.

Mi hermano y yo habíamos huído, refugiándonos entre los animales salvajes, porque nos habíamos atraído las iras de Vladimiritch, desde un día en que conservamos su conducta, y puede decirse que milagrosamente pudimos evitar su venganza.

La vida salvaje que llevábamos nos agradaba.

Una mañana supimos que mi hermano menor, Fedor, había sido detenido por la Guardia Roja al llegar al pueblo. Juzgado y sentenciado en forma sumaria fué ahorcado después de sufrir el tormento.

Consideramos desde entonces, como deber elemental nuestro, decretar la muerte de Pietro. Queríamos verle morir y gozar su agonía. Era lo menos que debíamos a la memoria de Fedor.

Durante una excursión que realizó el déspota por la comarca, a pesar de ir acompañado por una fuerte escolta, pudimos apoderarnos de él, mientra dormía en una granja.

Pavel, mi hermano, es fuerte como un oso, y yo no lo soy menos. Nos llevamos a nuestra presa amordazada y atada sobre nuestra troika, hasta el bosque, donde teníamos intención de esperar a los lobos.

* *

Había muchos aquel invierno y pensábamos que no faltarían.

Era una de las más bellas noches de invierno que he conocido.



— Pavel — exclamó — ¡Ya están ahí... Terminemos pronto!

La estepa de una blancura imponente; los árboles se destacaban en el fondo claro, perfilados y correctos como piezas de orfebrería y esa soledad magnífica de la selva era como el renacimiento eterno del mundo.

Pavel prestó atención y exclamó:

—Ya están ahí... Terminemos pronto...

Desatamos inmediatamente a Pietro Vladimiritch, quien comprendiendo su situación se arrojó a nuestros pies suplicando con voz lastimera:

—¡Perdón! Perdón Pavel Mikhailovitch! Acuérdate de cuando éramos niños y jugábamos juntos... ¡Tened piedad de mí!

¿Piedad de ti? — exclamó Pavel tan asombrado como enfurecido — ¿Acaso tú has tenido piedad de nadie? ¿Es que aquéllos que han muerto por tu culpa no jugaron también contigo cuando niños?

—Yo me arrepentiré... Haré penitencia toda mi vida.

—No hace falta. Basta con que ahora te arrepientas de todo corazón.

Se arastraba y luchaba desesperadamente. Nos costó mucho trabajo desnudarle. Cuando lo hubimos conseguido lo atamos de nuevo y lo pusimos en la puerta de la choza.

No esperamos mucho. Llegó el primer lobo; un magnífico lobo del Norte, cuyos grandes ojos fosforecían a la luz de la luna. Avanzaba cautelosamente con la prudencia que inspira a esos animales el olor a hombre.

Al ver a Pietro se detuvo, olfateó, escuchó, estiró sus nervios y luego se quedó pensativo. No era un lobo joven. Tenía experiencia y sabía que los hombres tienen sutiles trampas...

Entretanto fueron llegando otros lobos, entre los que había algunos muy jóvenes, enfurecidos por el hambre. Todos ellos vacilaban algunos minutos, hasta que al fin tres o cuatro se adelantaron.

Pietro Vladimiritch, comenzó a lanzar espantosos gritos... Aquello envalentonó a los animales, porque advirtieron el terror en el timbre de la voz...

Una docena de lobos se reunieron frente al hombre y celebraron una especie de consejo. El que dió la señal del ataque fué el lobo grande que lanzó un gruñido, que los otros comprendieron tan bien como una voz de mando lanzada por un hombre.

La voz de Pietro adquirió una entonación tan lastimera, que me compadecí.

—¿Por qué no lo matamos de un tiro? — murmuré.

—¿Te has vuelto loco! — gruñó Pavel — ¿Has olvidado a nuestro hermano? Tenemos que ver morir a Pedro y que él vea llegar la muerte.

Aquellas palabras disiparon mi piedad. Vi a mi hermano en el patíbulo, pensé en su martirio, en su agonía, y la primera mordedura de un lobo en la cabeza de Pedro me produjo un goce inesperado.

Ese goce fué en aumento y vi sin piedad como se abría el pecho de Pedro y desaparecían sus entrañas en la boca de los lobos, mientras que el lugar de las mejillas se convertía en un agujero.

Fué un trabajo bien hecho. Una hora después no quedaba más que un esqueleto perfectamente mondado. Pero los lobos no tenían bastante; sitiaron la choza donde estábamos nosotros y sus ojos lanzaban llamaradas. Pavel terminó por impacientarse y abriendo la ventana les gritó:

—Sois unos lobos estúpidos que confundís al hombre libre con el hombre atado... Si hay entre vosotros algún lobo inteligente, que mire...

Los lobos levantaron la cabeza todos a la vez. Los que tenían experiencia reconocieron en las manos de Pavel el arma que dispara y que mata.

Entonces el lobo grande emprendió una carrera hasta considerarse a cubierto y su aullido fué la señal de retirada.

Ante la cabaña no quedó más que el esqueleto blanqueado de Pietro Vladimiritch.

Cantares de la cárcel

Flor de desventura, cuando nací, la alegría lejos se encontraba; ninguna hada bajó a mi cuna con hermosos regalos.

Mi vida fué toda de suspiros y de llantos; mi juventud fué lanzada a los vientos. Entre el desconsuelo y las penas, ví desaparecer, uno tras otro, a todos los seres adorados: a ti, que tanto me querías, mi santo amor, madre mía, madre buena, madre querida... Desde entonces he quedado sola con mi dolor.

Había perdido todo; pero pedí el pan a estos dedos y a la aguja, no queriendo buscar la ayuda de nadie. Fué él quien vino a tentarme, a suplicarme, y, durante un año, le dije que no, hasta que al fin, fuí suya.

Y cuando se vió satisfecho y cuando vinieron las desgracias y las necesidades de los hijos—hijos suyos— ¡Dios los perdone! me ha pisoteado como una uva en el lugar: era uno solo y parecían cien demonios. Yo no sé cuáles y cuántas injurias me dirigía; sé que fué vil y que sus palabras fueron puñales. ¿Quién me embriagó con veneno? ¿Quién puso en esta mano un arma? ¿Quién lo hirió en el pecho?

Madre, tú lo ignoras; tú duermes; los muertos olvidan la amarga vida y el perfumado abril los cubre de flores. Yo... lloro y canto; canto para no oír, en todos los momentos, aquel grito suyo cuando cayó a mi lado...

VICTORIA AGANOOR



S I N T É T I C A S

BENEFICENCIA BANCARIA

Ya en otras ocasiones, nos hemos ocupado de la sorprendente facilidad y frecuencia con que muchos bancos suelen acordar cuantiosos créditos a funcionarios públicos o empleados nacionales de cierta categoría a sabiendas de que no poseen más solvencia que el sueldo con que les retribuye el Estado. Hace pocos días un diputado nacional, refiriéndose a los actos de algunos miembros de la judicatura, dijo en pleno congreso: "Muchos de ellos llevan " sin ningún reparo, una vida de disipación; algunos casi se jac- " tan y es muy frecuente el caso de jueces que tienen serios ne- " gocios y dificultades con los bancos. Hay uno, por ejemplo, alto " funcionario judicial, que ha sido tan hábil que, en poco tiempo ha " sabido extraer de diez y ocho bancos con su sola firma o con la " firma de un insolvente, la suma de 589.595 pesos".

Dejando a un lado el aspecto moral del asunto, por las derivaciones que sobre la actuación del funcionario público ha de traer, forzosamente, la existencia de vinculaciones del tal índole, con determinadas instituciones, diremos con toda sinceridad que nos encanta y hasta nos causa envidia la estupenda habilidad y maestría desplegada por el cliente aludido, a quien, después de producida tan magnífica "performance", creemos sería empresa harto difícil pretender arrebatarle el campeonato de sable; pero sobre todo queremos expresar nuestros sentimientos de admiración, elevada a la categoría de éxtasis, por la sorprendente prodigalidad que estos bancos observan con cierta clase de clientes y por la santa despreocupación con que, desentendiéndose de la evidencia de los "clavos", desparraman así, a manos llenas y en forma tan llamativa, una fácil munificencia creada a costa de los dineros ajenos.

CLIENTELA SEPULTA

Según noticias procedentes de España, los alumnos de la Facultad de Medicina de Zaragoza, han iniciado una intensa campaña para lograr del gobierno nacional, la solución del problema que plantea el excesivo número de médicos en ejercicio, pues resulta que en dicha localidad, existe un número de galenos tres veces mayor del necesario.

Pero lo que no establecen las informaciones, tal vez por no declarar una catástrofe. son los motivos a que obedece este sensible desequilibrio en el "libre juego de la oferta y la demanda", como dicen los comerciantes de anchas fauces. Nosotros, sin ser linces, sospechamos la causa del fenómeno; héla aquí:

Ocurre que los pacientes
Murieron como chingolos;
Y al matar a sus clientes,
Quedaron médicos solos.

COSAS DEL CABLE

"La enorme cosecha de vino obtenida este año por los propie- " tarios de la Bulgaria meridional, constituye un motivo de seria " preocupación para las autoridades, pues a consecuencia de la " fuerte baja experimentada en el precio del vino, se ha desarrolla- " do una verdadera epidemia de embriaguez en dicha región. Las ri- " ñas, entre personas borrachas, estallan a cada momento, al extre- " mo de que en los cuatro últimos días, ha habido diez y seis muer- " tos, treinta y cinco heridos graves y gran número de heridos le- " ves".

Indudablemente, los búlgaros han querido celebrar, en forma memorable, el grato suceso de la super cosecha vinícola, y

En la brillante ocasión
De tan enorme riqueza,
Se beben la producción;
Y "ebrios" de satisfacción,
Se abren hasta la cabeza.

Una mujer incomprensible

Por Bárbara Allason



—Nuestra casa es verdaderamente un nido... El rostro sereno de mi mujer carece de arrugas y su silueta aparece siempre vestida con una elegancia perfecta.

El tren, después de pasar por Debresin, corría a lo largo de una llanuara. Los dos viajeros, solos en el compartimento de primera clase debía conocer el paisaje a la saciedad, porque no se preocupaban de dirigirle ni una mirada.

Cada uno tenía en la mano un diario. Uno de los hombres, el más viejo, de rostro noble y pelo canoso leía el Correo Magiar; el otro, delgado, moreno y nervioso, recorría las columnas del El Noticiero de Amdapest.

Fué el hombre moreno el que se percató de que aunque en periódicos diferentes ambos leían la crónica del mismo suceso; y cuando el hombre de pelo canoso dejó el diario sobre su asiento y se puso a mirar a través de la ventanilla, el otro también dejó de leer.

—¡Uf! Es insoportable este proceso Postemswy. ¿No le parece señor? He visto que usted se informaba también de las últimas novedades sobre el famoso crimen.

El interpelado respondió cortesmente.

—En efecto. ¿Qué quiere? Me interesa. ¿A usted no?

—No. No me interesa. Lo leo por leer, por una curiosidad estúpida. En el fondo no puedo dejar de preguntarme ¿qué hay de nuevo? Siempre la misma historia: la mujer peca; el marido, mata. Naturalmente, en el proceso el marido engañado resulta el personaje antipático, mientras que la mujer crea una aureola de virtudes a la mujer adultera.

El señor de la barba canosa pareció sorprenderse:

—Pero el caso de la pobre señora Postemsky, me parece digno de lástima, de compasión. Ante todo, no fué adultera; hay pruebas irrebatibles de que no era la amante, sino la amiga del hombre en cuya casa fué encontrada y asesinada por su marido, el cual, por otra parte, la maltrataba de un modo cruel...

—¡Sí, sí! Son cosas que se dicen fácilmente... En toda la serie de testigos desfavorables para el acusado y en toda la animosidad que le circunda, yo no veo más que el eterno sofisma que hace de la mujer un ser débil, sufriente, necesitado de protección, y del hombre, por el contrario, el tirano, el déspota... Pero la mujer, la mujer...

El hombre canoso miró a su locuaz compañero y no pudo reprimir una sonrisa.

—Comprendo su sonrisa— respondió el otro. Contempla usted mis músculos, calcula mi agilidad, mi fuerza, y piensa. ¿Es posible que a un hombre como ese pueda infundirle miedo una mujer? Pero hay que tener presente que las mujeres... ¿Usted es casado, señor?

No esperó la respuesta y prosiguió:

—Yo he sido casado durante cuatro años. Una mujercita sútil, agraciada, una sonrisa dulce, una voz armoniosa... "Suave", he aquí la palabra que acudía a los labios de todo aquel que la miraba y que la oía hablar.

La conocí una noche en una fiesta familiar y me enamoré de ella perdidamente. El noviazgo fué breve y se comprende mi éxtasis. Día tras día iba descubriendo nuevas virtudes en mi prometida. No sólo era dulce, sino vivaz, alegre. Cantaba y reía constantemente, y esto me agradaba mucho, porque yo soy de un humor un poco tornadizo y melancólico y necesito personas muy alegres a mi alrededor.

Además mi prometida era muy cuidadosa de su tocado, se vestía con gracia y coquetería, y también de esto deducía los más agradables auspicios para mi felicidad. Agregue uste que era laboriosa; sus manos jamás estaban ociosas... ¡En fin, era una perla.

Así lo creía yo. Pero no había transcurrido el primer mes de nuestro matrimonio, cuando ya me sentía desilusionado e infeliz. ¿Dónde habían ido a parar las bellas virtudes de mi mujer. No lo sé. Por cuatro años, señor tuve junto a mi, una mujer pálida, espectral, un suace llorón. Bastaba que la contrariara en la más mínima cosa para que ella prorrumpiera en sollozos súbitamente.

También su cuidado personal, que de soltera me había agradado tanto, desapareció antes de que transcurriera la luna de miel. Esto me irritaba.

—¡Vístete! — le decía — arréglate... ¿No sabes que el mundo está lleno de mujeres jóvenes y agraciadas, prontas al asalto y que la mujer al fin y al cabo sólo dispone de su arte para conservar el corazón de su marido?

Entonces ella se ensombrecía hoscamente, su rostro únicamente expresaba repugnancia y horror.

¿Acaso yo no le agradaba? Me he preguntado muchas veces, y quizá sea esta la única explicación plausible. Después de su confiado abandono a las ternuras prometedoras del novio, producíase una brusca transición ante la realidad de la vida conyugal... ¿Le parece justo?

—No, ciertamente — repitió el otro moviendo la cabeza.

—La misma indiferencia que evidenciaba hacia mi persona no tardó en demostrarla por la casa. Unicamente se preocupaba por lo indispensable, de lo estrictamente necesario; pero no tenía ni uno solo de esos cuidados espontáneos, amorosos, que hacen tan agradable la vida del hogar.

Al segundo año de matrimonio, nos nació un hijo. Yo esperaba que ese hijo crearía entre nosotros un lazo de ternura. Pero no fué así, Su silencioso e incomprensible encono, no tuvo ninguna variante. La vida era para mi un infierno La creía franca y leal y se me reveló insidiosa y rebelde. Descubrí que mantenía relaciones clandestinas con ciertas amigas a quienes yo abría arrojado de mi casa, en la persuasión de que ejercitaban sobre mi mujer una influencia nefasta. Y mantuvo con sus padres en todo momento las mismas relaciones tiernas y confidenciales de soltera, lo que, según mi manera de ver, era exagerado e incompatible con sus deberes de esposa.

La muerte de nuestro hijo vino a truncar una vida conyugal que se había hecho insoportable para ambos. Al día siguiente del fallecimiento, mi mujer regresaba a casa de sus padres negándose a seguir a mi lado, y seis meses después nos divorciábamos.

El hombre moreno se había excitado mucho; sus ojos tenían un brillo de fiebre y las manos le temblaban. Encendió un cigarrillo y comenzó a fumar nerviosamente a grandes bocanadas.

—Perdone mi nerviosidad. Esta evocación me ha agitado un poco.

—Oh! Comprendo perfectamente — respondió el otro viajero — Y lamento haber despertado en usted esos recuerdos tan dolorosos... porque nadie puede comprender su situación mejor que yo. No por caridad, no porque yo me encuentre en el mismo caso... Todo lo contrario: el destino me ha deparado una suerte completamente opuesta a la suya.

El divorciado lo miró sorprendido.

—Ah! ¿Es usted casado? Creí oirle que no...

—En realidad no había contestado a su pregunta: usted no me dió tiempo. Pero sí, soy casado.

—¿Y su matrimonio es afortunado?



—Afortunadísimo. Porque, desde luego, en el matrimonio es la mujer quien lo hace todo. La mía es una mujer ideal: de una serenidad perenne, de una alegría tranquila... Me espera amorosamente cada noche cuando llego cansado del trabajo y me rodea de una atmósfera deliciosa de paz y bienestar. Yo era un excéptico del matrimonioy me mantenía alejado de él como si se tratara de un abismo... ¡Qué locura! Si hubiera sabido antes lo que me esperaba no hubiera retrasado tanto mi felicidad.

Yo le digo: mi mujer es un angel que vive únicamente para evitarme todos los contratiempos y disgustos, o si no puede evitarlos para no dejar que lleguen hasta mi sino atenuados por su ternura.

La existencia junto a ella es como la vida en un nido blando y tibio a donde no llegan las luchas de la vida exterior,.

Y nuestra casa es verdaderamente un nido... Si usted me preguntara cuantos años tiene mi mujer, no podría decírselo. Siempre tiene la misma edad. Su rostro sereno carece de arrugas y su silueta se me aparece siempre vestida con una elegancia perfecta.

El hombre canoso, calló por un minuto; luego añadió:

—Discúlpeme. He debido callarme todo eso. No he sido generoso con usted que sufre y a quien el destino ha maltratado tanto. No lo he hecho a propósito, las palabras han brotado de mi boca sin reparar en el daño que hacía... ¿Me perdona?

Tendió su mano leal hacia el divorciado, quien con movimiento brusco se la estrechó.

El tren disminuía la marcha.

—Hablando, hablando, he llegado a mi destino.

—¿Baja usted aquí, en Karoly?

—Precisamente.

Se puso de pié para bajar la valija de la red, pero de pronto se llevó la mano a la cartera y sacó una tarjeta de visita que tendió a su compañero de viaje.

—Puesto que he tenido el placer de viajar con un caballero tan amable... si no le desagrada...

El divorciado tomá la tarjeta con una mano y la miró rápidamente al tiempo que hacía ademán de sacar su cartera. Pero no terminó el movimiento. En su rostro se pintó un inmenso estupor y solo pudo hablar después de algunos segundos.

—Pero usted!... ¡Usted és el segundo marido de mi mujer!

EL MISTERIO

por JASON

El reloj de la casa de baños de la calle de Rieux dió las cinco. Eusebio, el mozo; Anita, la bañera al servicio de las señoras, y la cajera se volvieron al mismo tiempo para comprobar que las manillas estaban de acuerdo con las cinco campanadas que acababan de sonar.

Llovía aquella tarde a torrentes y hacía un frío de perros. La temperatura glacial no invitaba a la hidroterapia y hacía dos horas que el personal no había visto un cliente.

La cajera volvió a mirar el reloj, miró el arroyo, que parecía un lago en miniatura, y dijo:

—No vendrá.

Eusebio respondió:

—Es su día. Vendrá.

Apenas dichas estas palabras él abrió la puerta de un rodillazo y la cerró de un puntapié. Puso en el perchero su paraguas, que chorreaba, se acercó a la caja, cogió su ticket y pagó. Para hacer esta última operación colocó bajo su brazo izquierdo el paquete que llevaba debajo del derecho; luego siguió a Eusebio hasta el cuarto de baño número 6 que tenía costumbre de ocupar.

Cuando el mozo volvió a la caja las dos mujeres hablaban ya del "señor del paquete".

Así le habían bautizado en la casa de baños. Desde hacía un año, todos los miércoles, a las cinco en punto, iba a tomar su baño. No había faltado ni un sólo día, ni había llegado nunca con retraso. Esta regularidad casi mecánica, que no tenía nada de humana, era bastante para intrigar al personal de la casa de baños. Pero había otra razón más fundamental para excitar la curiosidad: el "paquete".

El, en efecto, llevaba invariablemente un paquetito convenientemente atado y salía invariablemente con un paquete de doble tamaño que el que había llevado.

Aquello era inexplicable. ¿Qué podía llevarse al salir que no llevara al entrar? Porque era indudable que se llevase alguna cosa; pero ¿qué era ello? No era la ropa de baño, porque siempre quedaba en el cuarto.

—Se llevará el agua—decía Eusebio, muy dado a la broma.

Se oyó abrir la puerta del cuarto número 6. El señor de los miércoles salió. Tres pares de ojos se fijaron con asombro en él. Un inmenso estupor se dibujó en los rostros de Eusebio, Anita y la cajera.

"¡No llevaba ningún paquete!"

Esta vez era demasiado. La cajera juzgó que el escándalo había durado ya demasiado y que era preciso una explicación, y cuando el señor cogió el paraguas trató de entablar conversación con él.

—Mal tiempo, ¿verdad? Lluvia, frío...

—No me hablen ustedes — dijo con gran sencillez—. Estoy helado. ¡Con decirles que después de haberme puesto la muda limpia que traigo siempre me he puesto encima la sucia!...

El misterio del paquete quedaba aclarado.

Sabido es que la ropa sucia tiene un volumen doble que la limpia.

La rosa del Paraná

Rosal silvestre, jamás herido
Ni por la audacia del picaflor,
De los jardines desconocido,
Rosal sincero
Sin jardinero.
Rosal en llamas, rosal en flor!

Intacto adornas los saucedales,
Y es voluptuosa tu laxitud,
Sólo a la margen de los raudales
Que te reflejan
Y que se alejan
Rimando ensueños de juventud.

Ninguna frente como tu frente,
Ruborizada por la pasión
Tomo del nimbo del sol naciente
La luz incierta,
La que despierta
En sonrosada coloración.

Porteña mía, castillo fuerte
Donde encantado mi ser está,
Cielo extendido sobre mi suerte,
Flor de una vida
Desconocida,
Tú eres mi rosa del Paraná.

RAFAEL OBLIGADO

Los ojos amados

Por X. X.

Teresa se había enamorado al instante de Jan Jan, era un marinero alegre y vigoroso. Una tarde de domingo se paseaba Teresa por el muelle de la antigua villa. Iba sin plan alguno, siguiendo la orilla de los dockes. Se miraba en el espejo de cobre de las plancas algunos galeones, sonriéndose a sí misma. Comparó el color oxidados de las velas con el color de los viejos tejados. Se sentía feliz. Soñaba en hacer un largo viaje, y soñaba, sobre todo, con las emociones de la despedida. Tenía un espíritu infantil. Soñaba en islas pobladas de papagayos y de frutos raros. Eran las consecuencias de sus lecturas de historias de viejes, de naufragios y aventuras de mar. A la sola vista de los barcos se echaba a soñar. Se le ocurría pensar que su destino era ir sobre las aguas... lejos, lejos.

Se detuvo a contemplar un vapor grande, de borda blanca, con muchos aparejos. En este momento bajaba la tripulación por la pasarela al muelle. Uno de los marineros la miró a Teresa, hizo más tardo su paso, se acercó, la empezó a rondar: hacía círculos en torno de ella, como hace círculos en vuelo pesado el albatros en torno del velamen antes de ver a Teresa se sonrojó. El marinero se hizo valor y le pregunto:

—¿Quisiera usted venir con nosotros?

—¿Viajar?

¿De modo que "él" se iba a embarcar de nuevo? Esto fué lo que al punto pensó Teresa, y al punto sintió pena, porque al instante de verle se había enamorado de "él". Jan tenía el semblante que ella veía en sus ensueños. Teresa estaba invadida de un callado gozo, la tomó una repentina calma; se daba cuenta de que él, a quien desde tanto tiempo esperaba había llegado. Cierto que le pareció demasiado alegre, y muy diferente de ella. Pero era él; y Teresa no se paró de considerar los labios sensuales, la barbita como de algas marinas, las orejas de sátiro con los finos aros de oro. Teresa sólo le miró los ojos: unos ojos grandes, nostálgicos, en una cara deslabazada.

En los hombres de mar se da esta anomalía: que sus ojos no son los propios, sino que son fieles espejos de los países en que ellos se han reflejado. Son ojos que tienen sólo vida refleja. Guardan todo lo exterior, y así se forma la expresión.

Teresa vió en Jan los ojos hermosos, dilatados. Le amó por los ojos. Esos ojos se asemejaban a las historias que entusiasmaban su fantasía infantil.

—Yo leo en tus ojos—solía decirle, perdida en un ensueño, con aire de sonámbula. Pero Jan no la comprendía.

—A ver, quiero verlos de más cerca—decía; y Jan provechaba este inocente deseo de Teresa, para arrimarle el rostro y poner su boca encendida en los sensibles labios de Teresa. Ella se echaba atrás, defendiéndose. No quería más que los ojos. Mirábale en sus ojos,. encendía su fantasía en esos ojos, y se echaba a viajar imaginariamente, atraída por el espejismo de esos ojos de mar. En esos ojos veía las aguas infinitas, las islas raras.

Teresa hacía un¿n Bofshrdlu shrdlu shrsh

Teresa amaba a Jan con un amor infinito, fantástico, extasiado. Este amor era un rayo de luz en su existencia gris de huérfana.

Teresa hacía una vida monótono junto a su abuela, que la había criado. Habitaba una casita de tejado punteagudo junto a la catedral. Pesaba sobre sus días la pesada sombra de la torre y le echaba sombras en el alma.

Ahora, con el amor de Jan, se hacía la ilusión de estar sobre un barco, y de estar viviendo una vida de mucho aire, de mucho sol y de mucho movimiento. Cuando salía a pasear con Jan, se hacía la ilusión de estar caminando sobre cubierta, a causa del paso balanceado, a lo marinero, de Jan; y era feliz con la sensación imaginaria de hallarse sobre las aguas de un mar lejano. Su amor se redobló con la brevedad de la licencia de Jan. El destino era inexorable. Teresa había esperado poder carse enseguida.

—Imposible—le dijo él—. Estoy contratado por medio año a bordo.

—No te vayas.

—He firmado.

—¿Y si naufragas?—gimió Teresa, acordándose de su lectura de Robinson, de las balsas de madera, de los palos flotantes, de las noches de invierno en el Polo...

—No pasará nada. Ganaré alguna bonita cantidad, además, algo mercaré en las colonias. Así, cuando regrese, tendremos una buena suma para casarnos.

Teresa le escucho, consintió, creyó, se meció con ilusión en la voz de Jan, se miró en sus ojos y vió en esos ojos las costas donde él haría tierra.

Vino la primavera; las noches eran de un lindo y tibio encanto. Estas noches todavía las pasaron juntos Teresa y Jan. A mediados de verano, él se embarcaría. Estaban comprometidos. El quedaría seis meses a bordo, sobre el mar; después volvería y se casarían. Entretanto, mientras él permanecía en tiera, se daban citas todos los días. Teresa, para poder encontrarse con él, hubo de mentirle a su abuela: le dijo que iba a la catedral, a la bendición vespertina, por el mes de maría. Para tapar esos encuentros acabó por entender con su vecina Gúdula, la que precisamente estaba emparentada con los padres de Jan; y cada vez que regresaba tarde a su casa, decía a la abuela que se había retardado en casa de Gúdula. La abuela fiaba en Teresa; nunca sospechó nada. Y los enamorados se iban de paseo...

Noches tibias.. Ternezas de amor en el muelle. La luna brillaba entre los mástiles y el cor-

daje. Juan hablaba; contaba los viajes dilatados, de tormentas, de arribadas forzosas, de ciudades famosas, de islas vírgenes... Teresa le miraba en los ojos, en donde veía las ilustraciones de esas historias. Veía en esos ojos los cuadros de color de que Jan hablaba, veía las costas pintorescas, los mares profundos, veía todos los variados y cambiantes paisajes de la tierra. Levantó su rostro había él, le abrazó, lo besó en los ojos, parecía querer beberse los ojos de Jan, querer comerse en esos ojos, frutos desconocidos, madurados de pronto. Pero Jan la besaba en la boca. Después volvían a caminar despacio por la orilla del muelle. La obscuridad aumentaba, y en la obscuridad Jan se hacía más atrevido: se atrevió a abrazarla por el talle, se atrevió a apretar el tierno cuerpecito de Teresa contra su corpachón de gigante... ¡Qué flaca era! ¡Y su pecho adolescente, de relieve en la delgadez del dorso! Jan la halló tan tierna, tan delicada, que no pudo contenerse. La asedió, exigió.

—Ya que nos queremos...

—Esperemos a estar casados...

—¿Por qué? Ya eres mi mujer. ¿Quién va a saberlo?

—Dios.

Pero Jan se dió maña para convencerla.

¿Y si Dios mismo consentía?.

El no podía casarse en seguida; tenía que pasar seis meses afuera, en el mar; volvería con más dinero; vivirían mejor. ¿Por qué no casarse ante Dios? Se pertenecían más el uno al otro. estarían indisolublemente ligados. Y él estaría asegurado contra naufragios y desventuras. Dios no iba a permitir que ella se quedara viuda. Esta clase de lógica hizo vacilar a Teresa. Jan presentaba las cosas tan claras... Un atardecer fueron de verdad a la catedral a la bendición vespertina, por el mes de María.

El órgano rugía como el mar. Teresa se creyó sobre las olas azules. Jan se había vestido con sus ropas domingueras. Fué un verdadero casamiento sin más testigos que Dios. Rezaron juntos. En el momento justo Jan tomó la mano de Teresa y le puso, en la penumbra del ábside, un anillo de perlas en el dedo.

Después, como si fuese una noche de bodas, la llevó a un hotel, a la comida de bodas y a pasar la luna de miel. Teresa tuvo la impresión de que realmente estaban casados. ¿No se habían jurado fidelidad en el templo de Dios? Dentro de seis meses, lo único que haría sería ratificar el juramento hecho hoy ante el Señor. Ya lo habían concertado: durante la separación, iban a hacer lo posible para quererse más aún. Y se entregaron el uno al otro, para que ni él ni ella en la separación se sintiesen solos. Los ojos de Jan resplandecían.

II

Jan partió y regresó. Pasaron los años. No volvió a ver a Teresa. Una sola vez se topó con ella, pero fingió no reconocerla y pasó de largo a toda prisa. Y Teresa vivía como una viuda que apenas hubiera conocido a su esposo, así como de huérfana apenas había conocido a sus padres.

Creció, se desarrolló, se hizo hermosa; pero siguió sirviendo a la vejez; siguió atendiendo a su abuela.

Esperaba contra toda razón. Tenía esperanza, porque creía en el corazón de Jan. Jan era bueno. Cuando se hubiese hartado de andar de juerga, entre mujerzuelas y en las timbas, volvería en sí y volvería a ella, que era su mujer ante Dios, como él era su marido.

Pero un día se acabó toda esperanza. No hubo más a guardar para Teresa. Gúdula, la vecina amiga que había apañado sus amores y protegido sus citas en otros tiempos.

—Jan ha muerto ahogado.

—¡Oh, Dios mío!

—Le pescaron en el muelle. Ha de haber estado borracho, y así se ha de haber caído al agua.

Teresa se precipitó a la calle. Quería volver a verle, quería volverle en sí. Ella era su mujer. ¡Oh, el infeliz! ¡Oh, el amado amigo!

Gúdula salió tras ella, para convencerla de que no debía hacer eso. Pero Teresa no le escuchó, siguió corriendo y se entró de rondón en la casa. El muerto yacía en un pequeño cuarto, sobre un lecho bajo. A cada lado ardía una vela. cuya luz sonrosada, al caer sobre el semblante, le daba por momentos una falsa apariencia de vida.

No estaba muy cambiado. Teresa lo primero que hizo fué mirarle a los ojos. Estaban abiertos, muy abiertos, y como clavados en lo lejano, más allá de la vida. ¡Por qué no había sido posible cerrarlos! Le habían bajado los párpados y cada vez los párpados se habían levantado. Hacía demasiado tiempo que estaba muerto; ya todos los músculos estaban rígidos y por eso no se podían cerrar los ojos. Había pasado un día entero en el agua.

Teresa se acercó a besar la faz del muerto, a hablarle y perdonarle. Al inclinarse se arrimó bien a los ojos, a los ojos abiertos. De pronto lanzó un grito espantoso.

—¡Ahí estoy adentro! ¡Estoy en ellos! ¡Me veo en sus ojos! ¡Estoy en los ojos de él!

Gúdula y los padres de Jan y todos los que allí se hallaban, acudieron, la rodearon. Creían que se había vuelto loca.

—Es por mí por lo que no puede cerrar los ojos. ¡He amado tanto sus ojos! Todavía estoy en sus ojos.

Gúdula se inclinó sobre el lecho y miró dentro de los globos de los ojos muertos.

—Estás loca. No se ve nada dentro de los ojos. Si te ves en ellos, es porque te reflejas en ellos, como en los ojos de los vivos.

No, nada de eso—protestó Teresa.— Lo que hay es que de tanto amarlos me he metido en sus ojos, y he quedado allí para siempre, porque él al morir ha pensado en mí. Ya sabía yo que él no me había olvidado del todo. Lo que hubo fué que mi imagen se le borró a él, cubierta por las imágenes de las islas doradas y de los pájaros raros y de las mujeres de piel de color. Pero el último instante se borraron las imágenes de las mujeres de color y de las islas doradas y de los pájaros raros, y volvió a surgir mi imagen. Ya no estaba yo en su corazón, pero había quedado en sus ojos. Y he vuelto a la superficie...

Y mantuvo su semblante muy arrimado encima del semblante del muerto y demostraba una áspera alegría de verse allí y de contemplarse fijamente en los ojos del amado, como si ella misma estuviese muerta, ahogada en la profundidad de esos ojos llenos de infinito, en los cuales se habían retratado las aguas infinitas del mundo y del más allá...

Agencia General de Librería y Publicaciones

BUENOS AIRES RIVADAVIA 1573 — SOC. ANONIMA — MONTEVIDEO 25 DE MAYO 577

LEED LAS OBRAS ARGENTINAS PUBLICADAS EN 1926

Aldáo de Díaz Elvira - París 1914-1919.
— Veraneos Marplatenses, 2ª edic.
Alemany Villa - Yo Pecador.
Aliaga Sarmiento Rosalba - Mis Fantasmas.
América Unida Edit. - Dorrego y el Federalismo Argentino.
Araya Perfecto - El Impuesto a la Renta.
Arecha Waldemar - Mañanitas de Sol.
Arrieta Rafael A. - Ariel Corpóreo.
Barreda E. M. - Los Brazaletes.
Biedma María J. - Le Reveil.
Bufano Alfredo - Aconcagua.
Bunge de Gálvez Delfina - Los Malos Tiempos de Hoy.
Burich Antonio - Rimas de Dolor y de Ensueño.
Cadícamo Enrique D. - Canciones Grises.
Comorera Juan - El Abuelo.
Caravia Velazco Irene - Amor que debió morir.
Coronado Nicolás - Nuevas Críticas Negativas.
Chaves Mariano - Cocca.
Echagüe Juan Pablo - Una Epoca del Teatro Argentino.
Echavarri Luis - El Arcano Entrevisto.
El Viejo Pancho - Paja Brava, 4ª edición.
Emiliani Rafael - Un Congreso de Animales.
Espíndola Sofía - Almas Sedientas.
Estrella Gutiérrez Fermín - Desamparados.
Galíndez Bartolomé - Sol de Otoño.
Gálvez Manuel - La Pampa y su Pasión.
— La Maestra Normal, 4ª edición.
García Beltrán Francisco - El Libro del Corresponsal.
Gerding Julio M. - Ruy Blas.
Giménez Pastor Arturo - Un siglo de Poesía Argentina.
Gras Mario César - La Eterna Congoja".
Jordán Luis M. - La Bambina.
Leumann Carlos Alberto - El Empresario del Genio.
Longhi Leopoldo - Edipo Rey.
Loria Santos. - El Balcón de las Horas.
Lleonart Yolanda - Cantos de Amanecer.
Marof Tristán - Suetonio Pimienta.
Milesi María E. - Canciones y Estrofas.
Monasterio de Gsell Isabel - La Virgen de Piriapolis.
Montagne Víctor - Cuentos Cuyanos.
Montaldo J. Oscar C. - El Uruguay su democracia y su Obra Política.
Moteu Lino J. - Las Espuelas de Mandinga.
Napal Dionisio R. - Visiones y Recuerdos del Camino.
— Junto al Surco.
Noel Martín S. Fundamentos para una estética nacional.
Núñez Regueiro - Verbo Lírico.
— Anterosofía Nacional.
Núñez José María - Los Cirios del Santuario.
Olivera Lavié Héctor - La Edad de Amar.
Ocampo Eduardo M. de - Las Rutas de Simbad, 2ª edición.
Pérez Valiente Antonio - Tedio de Otoño.
Pico Manuel - Vía Libre.
Pinto Escalier Arturo - El Alba de Oro.
Pozzo Ardizzi Luis - La Moral de Don Filántropo.
Ramírez Luis A. - Cinco Minutos por estos Mundos.
Reyles Carlos - El Embrujo de Sevilla, 5ª edición.
Rodríguez Vázquez F. - La Farsa Humana.
Soane Manuel - Con el ojo izquierdo.
Silva Carlos A. - Mi cenicero.
Storni Alfonsina - Ocre, 3ª edición.
Toledo B. - Las Ideas Republicanas de Fray Justo María de Oro.
Vázquez Cey Arturo - Poliedro Azul.
Vega Carlos - Hombre.
Viladrich Miguel - La obra de un Artista en 84 grabados.
Visillac Félix B. - Llama Interior.
Wast Hugo - Miryam la Conspiradora.
— Jinete de Fuego.
— Las Espigas de Ruth, 1ª y 2ª edición.
— Desierto de Piedra, 2ª edición.
— Pata de Zorra, 3ª edición.
— La Casa de los Cuervos, 4ª edición.
— Luis Gonzaga, (traducción).

Los cuatro autores cuyas obras han constituído los más resonantes :: exitos literarios del año 1926. ::



Carlos Alberto Leumann



Manuel Gálvez





Monseñor Dionisio R. Napal





Hugo Wast



Bodas de oro de Guadaña

Por Boy

Las bodas de oro profesionales de Guadaña (cincuenta años haciendo acto de presencia en todos los velorios y todos los entierros efectuados en Montevideo) han sido celebradas con modestia poco menos que franciscana. A altas horas de la madrugada, unos cuantos periodistas nocherlegos que rodean una mesa en un fondín del Puerto y en medio de la mesa un pucherete criollo con algo de morcilla y de piróo. Esto fué todo. A la hora del vino espumante, Guadaña se levantó, quiso hablar no pudo, contuvo una lágrima. Los comensales exclamaron: "¡Basta, basta!", y él se volvió a sentar sin decir nada. Un momento después sacó el reloj, preguntó por su sombrero, y todos le acompañamos hasta la puerta del domicilio de uno de los difuntos a quien se velaba aquella noche. Nos despedimos con abrazos y felicitaciones.

—Hago votos por que dentro de otros cincuenta años volvamos juntos a otro velorio después de haber comido juntos otro puchero.

Guadaña contestó con gesto melancólico:

—Más vale que no.

—¿Por qué?

—Porque estoy cansado.

—¿De qué?

—Bien no lo podría decir. Creo que será de ver como las instituciones más estimales van perdiendo entre nosotros su idealidad.

Los demás exclamaron:

—¡No diga eso!

Y se alejaron llenos de optimismo. Pero yo me quedé con Guadaña, porque en aquella su última declarasión entreví como el anuncio de un tópico interesante. Había llegado la hora de desarrollarlo.

PERFIL ERRANTE

Antes de hacer necesito trazar un perfil. No obstante la opacidad en que se ha desarrollado la celebración de sus bodas de oro profesionales. Guadaña es uno de los pocos tipos significativos que todavía nos quedan en Montevideo. No digo que en la prensa montevideana porque ello le localizaría demasiadamente, restringiendo su zona de influencia sin clara necesidad; pero conviene advertir que, primigeniamente, Guadaña es un periodista de vocación. Tan terminante era su vocación que, de haber sabido leer y escribir, como alguno que otro periodista, sólo Dios sabe adonde habría llegado. No muy lejos, claro está, porque aquí tenemos el ejemplo de José Enrique Rodó, que nunca se alongo menos que cuando se dedicó a escribir para los diarios. Tratándose de Guadaña difícil es presumir lo que hubiera sucedido; en cambio, puede afirmarse que su vocación estuvo llena de lealtad y que si conociendo un poco de retórica pudo haber conquistado un gran prestigio, en ningún caso habría conquistado la popularidad que actualmente le rodea.

Ello no demostrará que el saber leer y escribir está de más en el sobre todo, que las relaciones entre periodismo, pero demuestra que no es un ingrediente indispensable y, el pueblo y el periodismo bien pueden alcanzar su más notoria modulación en manos de un ciudadano como Guadaña que se dedica a llevar a las redacciones de los diarios la lista que le dan en la Dirección de Cementerios con los hombres y las señas de todas las personas que fallecen en la localidad.

Esto es lo que hace Guadaña. En recompensa de esto, aquí le dan cinco pesos, allí le dan diez pesos, en otros lados quince, y hasta veinte en algún otro, con lo cual Guadaña reune lo suficiente para no dejar de ser un periodista ni en ese pormenor tan significativo que consiste en vivir ostentando la nobleza de un gabán algo raído y la hidalguía de unas antiguas rodilleras; dos elementos decorativos que dan notable carácter a la silueta cuando Guadaña, ya por la tarde, casi siempre entre dos luces, recorre las redacciones de los diarios con su larga figura encorvada de pergenio realmente funerario, el chambergo acanalado, las solapas levantadas, los botines de puntas arremangadas, los dos codos ceñidos al cuerpo y las manos hundidas en los bolsillos.

La mirada de Guadaña no es terrible. Tiene más bien una tierna y lejana melancolía que desciende a lo largo de la nariz algo caída y luego se descuelga por el bigote derrotado para esfumarse en la penumbra de la barba, irresoluta, a medio pelar, como pelada a punta de tijeras.

GUADAÑA EN FUNCION

Guadaña se aparece por las redacciones a las horas en que no hay nadie todavía. El gallego que ligpia le pregunta:

—¿Qué tal? ¿Cómo va el negocio?

Guadaña le contesta acortando el tranco:

—No me hable. Este año es un desastre para las empresas fúnebres. Hay dos que están tecleando.

—¡Hombre!

—Claro. No se muere casi nadie y los pocos que se mueren son pobres como las ratas. Lo que dicen los gerentes: sería mejor que no se murieran. ¡Para lo que dan!

Guadaña encoge los hombros y sube las escaleras. Llega al despacho

del secretario, le coloca un papelito debajo del tintero, recorre la redacción de punta a cabo, y al rato vuelve a salir llevándose bajo el brazo un rollo de diarios viejos.

Al pasar, el gallego suele hacerle otra pregunta:

—¿Tiene usted muchos velorios esta noche?

Guadaña saca una lista para contestarle. Por lo regular, le dice:

—Aquí tengo anotados seis o siete; pero que valgan la pena no hay más que dos. Los demás son velorios de la limonada.

Y sigue andando con paso presuroso porque la función informativa de Guadaña no termina en aquel punto en que ha dejado el último de sus papelitos bajo del tintero de un secretario de redacción. No. Esta es la parte mecánica de su actividad. Luego viene la parte dinámica y sensible, la parte que verdaderamente le confiere carácter, importancia, responsabilidad, y que abarca algunas horas de la noche y del día siguiente, porque consiste en asistir a todos los velorios y a todos los entierros correspondientes a la información registrada.

De esta manera, la información de Guadaña se halla a cubierto de toda sorpresa, de toda inexactitud, de toda superchería más o menos explicable, puesto que en el velorio comprueba primero la autenticidad de los datos suministrados por la Dirección de Cementerios, y en el entierro comprueba después si el difunto estaba muerto o si se trataba de un caso de catalepsia o de alguna otra humorada necrofágica. Guadaña llega, mira, pregunta, escucha, discierne, ve lo que pasa. Si se trata de un entierro con discursos, mientras los oradores hablan él se fija. Nunca se ha dado el caso, según se dice, de que Guadaña haya tenido que salir corriendo rumbo a las redacciones de la prensa para denunciar un error de identidad ni una muerte fraudulenta. La honradez de Montevideo en este orden de actividad es mucho más ejemplar que en cualquier otro. Pero como ello no demuestra que alguna vez no pueda dejar de serlo, Guadaña insiste en la minuciosidad de su función, y sólo se retira a descansar, con la conciencia tranquila, cuando ya ha concurrido a todos los entierros y tiene la absoluta persuasión de que todos los difuntos fueron enterrados y todos los enterrados fueron difuntos.

LA EDAD DE ORO

¿Quién ha inspirado a Guadaña? ¿De dónde le ha venido esta inclinación? Lo ignora él y lo ignora todo el mundo. También hay otra cosa que, si no se ignora, se discute mucho, y es el resultado práctico de las actividades de Guadaña. Pero hay en cambio otra cosa que nadie ignora ni discute, y es el resultado lírico de esas actividades. Este resultado tiene dos manifestaciones: una, la popularidad de Guadaña; otra, su erudición costumbrista en materia de velorios nacionales.

No sin cierto sentimiento melancólico por el estado de decadencia a que hemos llegado, Guadaña divide en tres épocas la historia del velorio nacional: época del puchero, época del chocolate y época de la gaseosa. Como se comprenderá, cada época toma su nombre del elemento con que en los velorios se obsequia a la concurrencia. La época del puchero, que según Guadaña abarcó un cuarto de siglo, (de 1870 a 1895), ha sido la edad de oro del velorio nacional.

—Entonces daba gusto que los niños se murieran, — me declara Guadaña — porque la animación en los velorios era cosa inusitada. El puchero, siempre con gran acopio de productos porcinos, se servía a las cuatro de la madrugada, y hasta esa hora no cesaban los juegos de prenda y de adivinación entre los mozos y las mozas que formaban rüedas en la sala, en el patio y en la cocina. Se jugaba al "gran bonete", al "mangangá", a la "cortina de amor", al "vuela vuela", ¡qué se yo!, a todo se jugaba en los velorios. Especialmente al "vuela vuela" resultaba muy divertido porque el que levantaba el dedo cuando no lo tenía que levantar, pagaba prenda, y a las tres veces que la pagaba se veía condenado a quemarle la cola al ganso.

Yo le pregunto a Guadaña:

—¿En qué consistía eso?

Guadaña me responde:

—¡Oh! ¡Era graciosísimo! Figúrese usted que a uno de los mozos le colgaban por detrás una cola de papel y el mozo que había perdido tenía que quemársela corriéndolo por la casa con una vela que tomaba de las que rodeaban al difunto. Después, andando el tiempo, empezaron a decir que aquello era una falta de respeto, y el caso fué que, suprimiendo hoy una cosa y mañana otra, poco a poco concluyeron por suprimirlo todo.

BARRANCA ABAJO

—¿El puchero también lo suprimieron?

—Sí, señor; también el puchero. Naturalmente que esto costó un poco de trabajo. porque como en realidad no había razón, la medida levantó gran resistencia, y hasta recuerdo que unos cuantos muchachos de entonces nos pusimos de acuerdo para declararle el boycot a los velorios de mate y pan con grasa, como les llamábamos a los de las familias que se mostraban partidarias de la supresión del puchero.

—¿Y consiguieron algo?

—Al principio, nada. Pero como se empezó a notar que había velorios que eran un fracaso, y por otra parte la muchachada nueva no

Motivos marplatenses

PAQUE CAMET

Hemos vuelto a Camet, en la penumbra de un atardecer serenísimo, viéndolo a lo lejos con la profusis de sus arboledas obscuras bajo las estrias rojizas y amoratadas del cielo. El auto ha entrado, silenciosamente por los duchos senderos blanquecinos, y hemos dado luego en vagar solos bajo el ramaje de los árboles, escuchando el canto de los pájaros. Pero el recuerdo de otro paseo, realizado hace ya tiempo, por estas mismos rincones, nos ha salido al encuentro como un viejo amigo olvidado. Fué por esta misma senda por donde la llevábamos oprimiéndole la cintura y enardeciéndole de besos la boca. Al pie de este arbol nos sentamos a descansar, embriagados por el perfume silvestre de la tierra y por el hechizo mágico del amor.... ¡Cómo pasa el tiempo! Hoy vamos solos, confidencial, Parque Camet, aspirando el recuerdo entre tus sombras.

PUNTA MOGOTES

Frente al mar inmenso, polifónico, inescrutable, el faro de Punta Mogotes se eleva como un vigía. Su largo cuello cebrado se ve desde muy lejos, destacándose scbre el verde jaspeante del mar. A sus pies, las dependencias y oficinas surgen entre floridos canteros y árboles cuidadosamente podados. Subimos al faro. ¡Ciento y pico de escalones en la obscuridad, aspirando olores de pintura y de barco! Pero luego, acodados en la barandilla, ¡qué espectáculo más hermoso, con el mar por un lado, dilatado como nunca, y por el otro las dunas de arena, en blanda sucesión de colinas amarillas! El viento sopla con fuerza y sentimos los labios impregnados de sal. Allá, en el lejano horizonte, se ven los mástiles y el puente de una fragata inmóvil y viniendo hacia nosotros, en rumoroso triángulo, una bandada de blancas gaviotas atraviesa el azul plomizo de los cielos.

LAGUNA BRAVA

Al pie de las pequeñas sierras de Balcarce, a corta distancia de Mar del Plata, la laguna Brava se extiende perezosamente bajo la cúpula divinamente azulada del cielo. En uno de sus costados, grupos alegres de veraneantes toman el te, a la sombra de verdes marquesinas de madera. Desde el muelle, hemos quedado mirando la superficie movediza de la laguna erizada de pequeñas olitas. Esta laguna tiene su leyenda y se habla de traicioneros remolinos que revuelven, en su parte media, su agua salada.

Son las siete de la tarde. Caminando con un grupo de chicas, hemos subido un suave repecho, hasta una estancia que está al pie de la sierra. Mientras hablamos con una de ellas, morena y chispeante, hemos abrazado con una mirada el lomo de los cerros, el agua cabrilleante de la laguna estirada allá abajo las nubes blancas desvaneciéndose en el cielo. Y hemos aspirado ansiosamente, el aire perfumado de campo. Y hemos soñado con quedarnos allí toda la vida.

GLAUCUS

tenía o donde ir, finalmente llegamos a una transacción, consiguiendo que donde no querían dar puchero nos dieran chocolate. Este se generalizó y así llegamos a la segunda época, que duró unos veinte años.

—La época del chocolate.

—Efectivamente. Como digo, duró unos veinte años; desde 1895 hasta 1915.

—Sin embargo, según se desprende el desarrollo de los acontecimientos que usted enuncia, entre la del puchero y la del chocolate, hubo un período confuso, caótico, de transición, que podíamos llamar la época del pan con grasa.

Guadaña asiente:

—Es verdad. Mala época, por cierto; aunque nunca tan mala como esta de ahora, porque esta de ahora ya es el desquicio. La llamamos la época de la gaseosa, como podríamos llamarle de la zarzaparrilla. Una metáfora. En realidad, ni dan nada ni nadie va. No se sabe si no dan porque nadie va, o si nadie va porque no dan nada. Lo cierto es que nuestro velorio típico, nuestro velorio clásico, tan lleno de tradiciones festivas y confortables, ha desaparecido de las alegres noches montevideanas. ¿Culpa del biógrafo? ¿Culpa del bataclán? No lo sé. Pero a los que se mueren se les vela y se les entierra de un modo que da lástima. Da lástima; créalo usted.

EL CREPUSCULO DE GUADAÑA

Guadaña, entre escalofríos, me hablaba con las manos hundidas en los bolsillos del gabán, recostado en el quicio de la puerta de aquella casa donde se efectuaba un velorio y hasta donde le acompañamos la noche del homenaje franciscano. La luz del arco voltaico, recortaba fantásticamente en la pared la angluso silueta de Guadaña. Al llegar a aquel punto le miré fijamente y le dije:

—Y usted, Guadaña, ¿por qué no intenta una reacción?

Entonces repitió arrojando un pucho:

—Porque estoy cansado.

—No diga eso.

—Es la verdad. Ya estoy cansado. Algo intenté hace poco todavía, porque la cosa se venía barranca abajo, y yo soy un convencido de que cuando se dice que el hombre no vive de sólo pan, queda dicho que necesita pan para vivir; pero pronto me di cuenta que perdía el tiempo y no llegaba al pan. Ahora ya no hago nada. Seguiré conformándome con el alivio de alguno de esos velorios traspapelados que suelen caer allá por la Unión, por el Paso del Molino o por el barrio de Tajos y Puñaladas, y en los cuales se nos brinda todavía de cuando en cuando la ocasión de un truco a puerta cerrada y más tarde un pucherete clandestino. Nunca falta quien lleve las morcillas.

Le tendí las dos manos fraternalmente, pero Guadaña me preguntó:

—¿No quiere entrar?

—¿Sin conocer a la familia?

—Eso no importa. ¿Acaso yo la conozco? Pasamos por la pieza del difunto y damos una vuelta por la cocina. ¡Quién sabe! A lo mejor se matea y encuentra usted un capítulo para su libro.

Pero el capítulo ya estaba.

Algunos seudónimos

Dos de los hombres que más han influído en el pensamiento del mundo son conocidos sólo por sus seudónimos.

Nos referimos a Platón y Voltaire.

No se sabe, en realidad, el verdadero nombre del primero; el que le puso su padre Aristón, Platón, que quiere decir "ancho", fué un mote que le puso porque tenía las espaldas muy anchas; pero el filósofo lo aceptó y lo hizo más famoso que su patronímico.

Muchos habría que si les hablasen de un tal Arouet se quedarían con la boca abierta, sin saber a quien se referencia y, sin embargo, los verdaderos nombres de Voltaire, eran Francisco María Arouet. El seudónimo lo tomó del nombre de una finca de su madre cuando estrenó la tragedia "Edipo", y luego lo siguió usando en la mayoría de sus obras, y no decimos en todas porque ha sido el hombre ha empleado más seudónimos diferentes. En una biografía suya se registran cerca de ciento cincuenta, entre los que figuran nombres religiosos femeninos, títulos de doctor y de nobleza y hasta apellidos españoles como el de Marqués de Ximenez y el de Zapata.

Balzac, el ilustre autor de "La comedia humana", firmó sus primeras producciones con muy diversos seudónimos, uno de ellos fué el de Lord Rhoone, anagrama de su nombre de pila Honoré.

Uno de los escritores extranjeros más populares en la actualidad. "Marck Twain", se llama Samuel L. Clemons, fuera del mundo literario, Tomó este seudónimo del término que usan los boteros del Mississipi para medir la profundidad del río con la sonda, los cuales cuentan las unidades, de la medida que empiezan diciendo: "Mark twain", etc., es decir: "marca uno, marca dos".

Anatole France, el escritor cumbre que desapareció hace poco tiempo, se llamaba Anatole Thibault, y la eximia escritoria chilena Gabriela Mistral es, según se sabe, por informaciones fideginas, Lucila Godoy.

Escenario político

Caracteres del ambiente

XXXIII

LA "MEDIA PALABRA"

—¿Se puede?

—Adelante...

—Buenas tardes, Baltasar.

—¡Señora!... Me asombra su llegada sin previo aviso...

—Viajo de incógnita.

—Tome asiento. Estoy a sus órdenes. ¿En qué puedo serle útil?

—En todo y en nada, Baltasar. Bien sabe usted que puedo filtrarme en todas partes, ahuyentar sombras, exhibir aptitudes, aclarar enigmas, sin que nadie sospeche mi presencia...

—Es verdad. Alberdi se maravillaba del poder que usted ejercía, invisible para todos los mortales, cuando usted por primera vez nos visitara.

—Es cierto. En ese viaje presté algunos servicios a mis amigos, los argentinos. Muchos adoptaron la aptitud defensiva, resguardados en el amparo que les ofreciera, en los días en que el Tartufo de la época no tenía todavía la atracción fascinante que tiene ahora. No obstante sus habilidades, carecía de medios propios para apresar al país y someterlo al poder incontrastable de sus tentáculos que estrangulan. Hoy en cambio...

—¿Es mayor el peligro?...

—Naturalmente... Don Leoncio es insaciable. Voraz como la langosta, no le basta ser Tartufo, letrado y académico. Quiere ser Presidente!...

—También Presidente!... Me sorprende. Yo creía...

—¿Dónde vive Baltasar? No obstante tener instalado su taller en plena ciudad y escuchar el rumor de voces que pregonan en todas partes la noticia, usted ignora que don Leoncio quiere ser Presidente!...

—¿Después de la maldición bíblica?...

—Sí. Desde las cumbres del Sinaí, habló el Dios Omnipotente. ¡Nunca!, — dijo el Señor al "gaucho bueno" — don Leoncio será Presidente! Pero don Leoncio es incrédulo...

—¿Incrédulo, señora? Rezo todos los días. Se confiesa y comulga una vez por semana.

—Eso no tiene importancia. Es un practicante. No es un creyente. Además se puede ser creyente y no aceptar las profesías bíblicas, sobre todo, cuando los hijos del "gaucho bueno" son fieles y obsecuentes servidores de don Leoncio...

—También desconocía esa deslealtad de los hijos para el padre.

—Sin embargo, es así.

—Pero no basta que los hijos del "gaucho bueno" sean partidarios de don Leoncio. Con esa tribu solamente...

—No. Tiene también otras tribus que se vinculan por intereses y se ofrecen al mejor postor. Don Leoncio, álter ego del que "todo lo puede", distribuye empleos, nombra jueces, tramita expedientes, con las ventajas inherentes a la situación que le crea su privanza. De ahí el prestigio que da relieve a su nombre en las esferas oficiales y entre los secuaces que momentáneamente tiene uncido al éxito que pregona la facilidad con que puede satisfacer apetitos y otorgar canongías. En la ciudad esparce el rumor que da por concertada "la liga" que estrangula y consagra con la mecánica legal, la fórmula que exige el veredicto de la opinión. Por eso don Leoncio es firme sostenedor de todas la iniquidades. Según sus propias palabras, esas iniquidades le aseguran la Presidencia. Vive con esa preocupación, confiado en la "media palabra" histórica que pretende renovarse hoy, olvidando las enseñanzas del pasado y la ideología contemporánea. La "media palabra" fué una institución. En la actualidad es una simple reminiscencia sin valor positivo. Como los instrumentos de la inquisición, que en su época maceraban la carne y oprimían la conciencia, ha pasado a ser simple pieza de museo que la gente observa con curiosidad, cuando visita esas casas que perpetúan el recuerdo que enaltece la memoria o la maldición que escarnece el recuerdo...

—De modo, señora, que usted no cree en la "media palabra", tan expresiva en los días lejanos de mi juventud, cuando el Presidente la murmuraba al oído y la divulgaban sus allegados con la rapidez del pensamiento?

—No, Baltasar. No creo en la "media palabra"... Hoy la "media palabra" no es lo que fué ayer. Ayer era una realidad. Hoy es una sombra. Ayer servía para vincular oficialismos y sostener rebeldías. Hoy, en cambio, desconcierta oficialismos y provoca rebeldías. La democracia ha suprimido los conciliábulos de los gobernadores y las imposiciones de los Presidentes. Antes, el gran elector eran los Presidentes. Ahora el gran elector es el pueblo. El pueblo no admite la fórmula autoritaria ni el ademán que ordena. Delibera su propio destino en la plaza pública, al aire libre, sin presiones extrañas, con las resonancias que provocan las multitudes que disciplinan energías y unifican su voluntad...

—Son interesantes sus observaciones, señora ¿Puedo publicarlas?

—Para eso he venido al país, dejando la tranquilidad en mi hogar y exponiéndome a un viaje, que, inevitablemente, me será molesto, cuando don Leoncio sepa que adivino sus intenciones y descubro sus propósitos.

—Pero, ¿no sospecha usted, señora, que otros allegados al que "todo lo puede", le disputarán el honor y el provecho que significa la Presidencia?...

—Desde luego, Baltasar. Hay muchos niños para un trompo—, como dicen ustedes, con ese modismo "criollo" con que saborean las frases picarescas y matizan las intenciones traviesas. Dentro de la "grey" que rodea al que "todo lo puede", dos, tres, cuatro, disputarán a don Leoncio, el privilegio de ser ungido con el óleo santo de "la liga" patrocinada por el que "todo lo puede". Sin embargo, aunque "malhablado" pueda ser favorito del que "todo lo puede" hoy por hoy, domina en el escenario don Leoncio. Tiene todas las ventajas inherentes al que da empleos y distribuye canongías. Mientras los otros peregrinan por los ministerios para obtener un simple puesto de escribiente, don Leoncio, con facilidad asombrosa abre de par en par las puestas del Santuario, entra sin previo aviso — como yo en su taller — y sale, pocos minutos después, con los bolsillos llenos de nombramientos y prebendas...

—Eso lo sabía. Algunos tertulianos que frecuentan mi taller con asiduidad, pretendiendo incorporarse a la galería que pronto exhibiré en los salones del gran público, han sido agraciados por don Leoncio.

—Pero, ¿cree usted que el que "todo lo puede" será infiel a su mandato?...

—No podría contestar con certeza la pregunta. Algunas veces se me ocurre que el "que todo lo puede" como el Procurador de Galilea, en el instante preciso, en vez de rubricar la gran iniquidad con todo el poder de la nación, desatando las tempestades de la anarquía y de la guerra civil, se lavará tranquilamente las manos, para que la contienda se resuelva sin el factor, que, para honra de la democracia, fué estirpado del país, arrancando sus entrañas de "cuajo", — como dicen los "paisanos" de esta tierra, tan favorecida por la providencia y tan maltratada por los hombres...

—No sea tan severa con nosotros, señora. Vamos poco a poco labrando nuestro porvenir, con mejor resultado que en Europa, me parece...

—No nos enredemos, Baltasar, en frondosidades europeas y americanas. Dejemos para otro día esas divagaciones. Es tarde. Tengo mucho que hacer. Pronto me será grato visitarlo de nuevo. Mientras tanto, me complazco en saludarlo...

—Siempre a sus órdenes. Beso a usted la mano, señora...

—Adiós...

Baltasar Gracián






Filosofícula

El espíritu nuevo

En un barrio mal afamado de Jafa, cierto discípulo anónimo de Jesús, disputaba con las cortesanas.

—La Magdalena se ha enamorado del rabí,—dijo una.

—Su amor es divino;—replicó el hombre.

—¿Divino?... ¿Me negarás que adora sus cabellos blondos, sus ojos profundos, su sangre real, su saber misterioso, su dominio sobre las gentes—su belelza, en fin?

—No cabe duda; pero le ama sin esperanza y por esto es divino su amor.

LEOPOLDO LUGONES

Exhortación galante

A UNA DAMA

«Del libro "Rimas de dolor y de ensueño", recientemente aparecido »

Señora: vuestro amor es como un vino
Que algo fatal y misterioso entraña:
Bastan de él leves gotas
Para quitar a un corazón la calma.
Y es que, en verdad, tan bella
Sois, y tan discreta y delicada,
Que se os dijera la viviente copia
De una gentil y encantadora maga.
Vuestros lánguidos ojos
De sí despiden una luz tan clara,
Que son como dos soles
En vuestra faz de terciopelo y nácar
Vuestra boca risueña,
Pequeñísima, fresca y colorada,
Asemeja una fruta
Llena de dulce y perfumada savia;
Mientras la peregrina cabellera
De entonación dorada
Pone un halo gracioso y sugestivo
A vuestra frente pálida.
Y ¿qué decir de los excelsos dones
Inmateriales que con mano larga
En vos depuso la naturaleza
Como suprema gala?
¿Qué decir del donaire y la ternura
Que manifiesta sin cesar vuestra alma?
Francamente, señora,
En ese punto se detiene el habla;
Que en mostrar tan divinas perfecciones
Toda elocuencia es vana,
Por que sepáis el singular efecto
Que producís cual hija de Eva, basta
Os cite lo que entre ambos,
Entre yo y vos, ayer no más pasara.
Es ¿recordáis? lo de hace cuatro meses,
Cuando, por imprevista circunstancia,
Derivamos en una escaramuza
Deliciosa y romántica...
Cual sabéis, ello ha sido
Un inocente *flirt*, sólo una vaga
Florescencia ideal del sentimiento
Bajo el poder de la ilusión alada;
Y no obstante, llegado
Que hubo el minuto del adiós, amarga
Nació en mi pecho la melancolía,
Y hasta he vestido una doliente lágrima...
Por tan varias razones,
Hermosísima y noble soberana,
Permitid, pues, a mi sencillo celo
Que una prudente exhortación os haga.
Cuando tengáis delante
Un galán que no sea el que lograra
De vos el santo título de esposo,
Disimulad vuestra inefable gracia.
Haced de tal manera,
Aunque se os tilde de mujer extraña,
Que operéis el milagro
De aminorar vuestros hechizos de hada.
Así, evitando que la aguda flecha
De una pasión infausta
Sus víctimas severa multiplique,
Daréis la prueba de que sois humana,
Y cuando vuestro espíritu
Suba del cielo a la sin par morada,
Bulliciosos y alados serafines
En coro cantarán vuestra alabanza.

ANTONIO BURICH

EL MENDIGO

Por Marcel Prevost

El calor de ese mediodía de julio enceguecía y tornaba el aire bochornoso en torno al pequeño pueblo silencioso, cobijado bajo la tenue sombra de los álamos, como un transeunte fatigado que hiciera la siesta en mitad de su camino. Era un pueblo miserable del Berri, situado entre las llanuras de Avor y los campos cubiertos de guijarros, que, bajo los ardientes rayos solares del estío, semejaban otros tantos osarios.

En el campanario sonaron las doce campanadas después del alegre preludio de los cuartos... La puerta de la escuela, vecina a la iglesia, se abrió; un grupo de chicuelos y niñitas apareció en el camino, turbó por algunos instantes la tranquilidad del ambiente con sus gritos vocingleros, empellones y carreras, para dispersarse luego entre las casas, uno a uno, como palomas de regreso a sus nidales. Y el camino volvió a quedar desierto, obscurecido por una nube de polvo, que, lentamente se fué disipando.

El maestro, hombre joven, delgado, de cabello y barba rubia, presentóse a su vez en el umbral, cerró la puerta y guardó la llave en el bolsillo. Luego, con paso rápido, cruzó la calle en dirección a la vecina hostería, cuyo distintivo era una rama de pino.

Entrando, se encontraba un amplio salón, aireado y fresco, simple habitación en la que había dos camas con rojos cortinados, sillas de esterilla y algunas mesas.

Cuando penetró el maestro, la mesa donde acostumbraba a comer estaba ya puesta: la servilleta, tosca y blanca, los tres platos negligentemente superpuestos, los cubiertos de estaño, el litro de vino tinto y el trozo de pan.

Justin Pauly tomó asiento, desenvolvió la servilleta, y cortó un pedazo de pan. Entonces se dió cuanto de que no estaba solo en el salón. En la mesa del fondo, arrimado a una de las esquinas de la cama había un hombre, con el rostro hundido en las palmas de la mano y los codos apoyados sobre la mesa, frente a un vaso en el cual la cerveza de Saint Amand diluía un rayo de sol.

Era un extraño pordiosero, más consumido, desgarbado y avejentado de lo que son por lo común los mendigos de la campaña, quienes encuentra a menudo y con más facilidad que los de la ciudad, cubierto puesto y comida todos los días. No se le podía fijar edad a causa de que su cutis y cabellos estaban tan quemados como uniformado por la acción del fuego. Sus mismos rasgos fisonómicos habían desaparecido descompuestos por una erupción cutánea que obstruía sus ojos, su nariz y la abertura de los labios. El profesor Pauly recordaba haber visto en un museo de anatomía, máscaras de cera que representaban a los mineros de Saint Etienne, muertos por una explosión de grisú. Ellos también tenían las facciones descompuestas eruptivas.

Y pensó:

—Será algún obrero de Vierzon que habrá sufrido un accidente. Pobre diablo...

Siguió cavilando por un instante, pero luego fué sacado de su distracción. La señorita Lucotte, hija del patrón, había entrado trayendo la sopa.

Colocó la sopera apoyándose sobre la mesa con los puños cerrados.

—¿Le va bien hoy, señorita Enriqueta?

—¡Como no, señor Justin! ¡Y a usted?

—A mí también.

Y se miraban en los ojos; sus miradas tenían la expresión familiar de los seres que se agrandan, se desean y no se atreven a comunicárselo en palabras.

El mendigo en su rincón movióse, escupió en el suelo, aplastó ruidosamente el salivazo con el pie. Con una mirada interrogativa, Pauly lo señaló. Enriqueta se inclinó, siempre apoyada sobre los puños, y en voz baja dijo:

—Yo no sé; hace una hora que está allí, frente a su chop sin beberlo. Cuando entró me miró de una manera tan rara que me dió miedo. Me alegro que esté usted aquí, Papá ha ha salido; Catalina y yo no estábamos muy tranquilas ¡Pero eso no es un motivo para que usted no coma la sopa!...

Se irguió como para retirarse. El maestro le dijo:

—Supongo que no me dejará solo por temor a ese mendigo.

—No; vea, voy a sentarme cerca de usted.

Comenzaron a charlar como lo hacían todos los días; él sorbiendo la sopa, y ella, en el otro extremo de la mesa. Los pequeños acontecimientos del pueblo desfilaban en esa conversación diaria, que tanto él como ella esperaban todas las mañanas con algo de impaciencia. Enriqueta se interesaba por los alumnos de Pauly, quien le contaba, con aire grave, sus travesuras, los deberes y castigos que les imponía.

—Rousseau tiene mucha aptitud. Esta mañana hizo un dictado sin errores, ¿y quiere usted creer, señorita Enriqueta, que él mismo me pidió que le enseñase la puntuación? ¡Lástima que sea tan atolondrado!

—¿Y mateo? — preguntó Enriqueta, que conocía a todos.

—¡Oh!... ¡Mateo es un perfecto idiota! ¡Servirá para cuidar pavos a los treinta años!

Luego hablaron del periódico que el maestro recibía y que después prestaba a Enriqueta a causa del folletín. Era un romance de Julio Mary. Pauly lo encontraba bien escrito, pero en un estilo pretensioso. Enriqueta se limitaba a decir que era hermoso.

Cuando el maestro hubo terminado su sopa, la joven retiró el plato y trajo otro con carne y papas.

Volvió a ocupar su sitio cerca de él. Habían olvidado por completo al pordiosero que, en su rincón, frente a su vaso, se hacía el muerto. Después de un silencio, durante el cual, sin duda, sus pensamientos se orientaban hacia el mismo objeto, Pauly preguntó titubeando:

(

—¿Y, desde allá, no hay noticias todavía?

Enriqueta enrojeció y, pensativa, replicó:

¿El coronel no ha contestado?

—Aun no.

—Yo creo que ahora todo ha terminado; no quedan dudas.

—¡Pobre Desiré!—exclamó Enriqueta, y, tapándose los ojos con el delantal, se echó a llorar.

El maestro se levantó, fué a apoyarse en el respaldo de la silla y trató de consolarla con palabras dulces.

¡Vamos, señorita Enriqueta! ¡No hay que afligirse así! Hace cerca de un año que usted está segura de la cosa, ¿verdad? Puesto que sus dos compañeros que fueron repatriados el año pasado con su compañía, le han dicho que desapareció como desertor, debe haber sido apresado por los piratas que pululan por aquella colonia.

Pero Enriqueta continuaba sollozando, apenada por la idea de que un hombre que ella amara y que estrechara por vez primera contra su pecho, hubiese muerto ahora y su cadáver se encontrase bajo tierra, putrefacto, allá lejos, entre los chinos.

—¡Pobre Desiré!—repitió— ¡Me amaba tanto!... Si no hubiesen ocurrido así las cosas, a esta hora estaríamos casados.

—Seguramente—replicó Pauly — es muy triste. Pero, ¿no cree usted que ahora que ha perdido a su prometido, pueda haber alguien que la ame tanto como Desiré?

Enriqueta levantó la cabeza. Sus pupilas brillaban a través de las lágrimas. Púsose a jugar con las cintas de su delantal entre los dedos y, coquetamente, a pesar de su pena, preguntó:

—¿Quién es, señor Pauly?

El la atrajo hacia el banco, donde se sentaron uno al lado del otro, en un rincón hasta el cual no llegaran las miradas del pordiosero.

—¡Soy yo, señorita Enriqueta! ¿Acaso no cree usted que yo la quiero?

La joven se ruborizó. Las lágrimas se evaporaron al calor de sus mejillas. Es cierto que ella guardaba un tierno recuerdo del pobre muerto en Asia, fallecido tan lejos y no podía permanecer siempre sola, sin tener alguien que la acariciase, le tomase las manos y la amase.

Y, Pauly, a media voz, trataba de convencerla.

—Desiré ha muerto; no hay duda alguna. Usted lo ha llorado, bastante permaneciendo fiel a su recuerdo. Y, luego, sin querer hablar mal del pobre joven, al que no he conocido, creo que no era marido para usted; era completamente analfabeto. ¿Qué hogar le hubiese podido dar?

Ella bajó la cabeza y guardó silencio.

—Bueno— dijo en tono de desaliento—. Veo que usted siempre lo ama y no me quiere amí. Ya sé lo que me queda por hacer.

—¿Qué es, señor Justin?

—Voy a pedir mi traslado. Tengo justamente, un colega que desea efectuar el cambio de puesto conmigo... Voy a escribirle...

Pero Enriqueta lo tomó vivamente de la mano.

—Usted no hará eso, señor Justin.

—¿Y por qué no?—repuso él—. Haría mal en quedarme aquí, puesto que usted no siente afecto hacia mí.

—¿Que no lo siento? ¡Bien sabe usted que es lo contrario, y sería muy desgraciada si usted abandonase a Poissy, como lo hizo Desiré!

Las lágrimas asomaron nuevamente a sus ojos. Pauly la atrajo hacia sí y la besó suavemente en el cuello y las mejillas.

—No llore. Me quedaré en Poissy, pues, aunque usted no me ame; no tendría valor para irme, dejando de verla por la mañana y la noche como hasta la fecha. Me quedaré y, luego, más tarde, cuando usted esté más segura, veremos...

La joven llevó la mano hacia su boca.

—Sí, más tarde, se lo prometo, y entonces seré muy feliz.

Y, poseída de una inexplicable necesidad de cariño, le rodeó el cuello con sus brazos y sus bocas se unieron en un largo beso.

El ruido de una mesa que se movía los separó. Era el pordiosero que se levantaba. Lo vieron de pie beber de un trago su chop y arrojar la moneda. Pasó por delante de ellos, que hallaban aun cerca uno del otro, y salió con paso vacilante.

—No ha bebido más que una copa de cerveza—observó Pauly— y se tambalea como un ebrio.

—¿Y vió como nos miró—murmuró Enriqueta.

Pauly guardó silencio, aguijoneado aún por el deseo de besar nuevamente aquellos labios que se acercaran a su boca, y ella, bajo la misma sensación permitió que la estrechara otra vez, depositando otros besos en sus labios, más tranquila ya que el hombre se había retirado.

—¿Qué tiene? ¿Está usted enferma?

—¡El hombre!... —baulbuceó— ¡El hombre ebrio! ¡El mendigo! He reconocido sus ojos! ¡Estoy segura! ¡Ahora recuerdo!... ¡Desiré, lo he adivinado!...

Pauly a su vez, tornóse pálido.

—¿Lo ha reconocido?

—Sí; por lo menos me parece ¿Y si fuera?...

La joven no volvió a repetir el nombre, pero el maestro lo comprendió bien. Se levantó para correr hacia la puerta y mirar por el camino.

El quiso retenerla, diciéndole:

—Enriqueta, ¡le ruego que no vaya!

Le parecía que su felicidad, apenas vislumbrada, iba a escaparse, huir para siempre por aquella puerta abierta. Enriqueta, con aire grave le contestó:

—Sí, es necesario, tengo que cerciorarme...

La joven lo atrajo a su vez y, juntos, sin desunir sus manos, como si temiesen encontrar al mendigo escondido detrás de la puerta pronto a herirlos, fueron hasta el umbral.

Sin embargo, no había nadie. Sus ojos se pasearon por la aldea, pero no divisaron más que las fachadas adormecidas y desiertas, a derecha e izquierda del blanco camino.

Solamente, allá a lo lejos, hacia el horizonte, donde el cielo azul se juntaba con la tierra, vieron una mancha negra que se perdía en lontananza...

La bellota y la calabaza

Cierto campesino filósofo que se paseaba por un inmenso jardín, detúvose de pronto ante una calabaza y exclamó:

—¿Cómo será que un fruto tan grande tiene un tallo tan delgado? ¿En qué pensaría el autor de la Creación al disponerlo así? ¡Pardiez! yo hubiera colgado esa hermosa calabaza en una de las magníficas encinas que allí se ven, poniendo aquí sus bellotas, que por ser un fruto tan pequeño, estaría mejor en este sitio.

Absorto en sus reflexiones filosóficas, y satisfecho de su observación, fué el buen hombre a echar la siesta bajo uno de los árboles que antes admiraba; más apenas empezaba a conciliar el sueño cayóle sobre la nariz una bellota que le hizo despertar sobresaltado.

—¡Diablo! — exclamó el campesino al ver que le corría la sangre, — si esto llega a ser una calabaza, de fijo que me desfigura para toda mi vida. Así diciendo, levantose el buen hombre y se marchó a su casa ensalzando la sabiduría de Dios.

Realeza y mugre

Se han tenido noticias de las costumbres de la Corte en tiempos de Carlos II de Inglaterra por varias cartas de Fr. Tixer. Este, dice, que vió al rey en una cena con Luis XIV y las dos reinas de Compiégne, y tenemos mediante este relato una visión de los monarcas en la mesa maltratando su sombrero comiendo agradablemente sin tenedores. En sus cartas, dice Fr. Tixier, que cada vez que María Teresa, hablaba a Carlos II, éste le saludaba cariñosamente con el sombrero y que "al final de la comida su sombrero estaba enormemente grasiento".

El vengador

Por Carlos Diaz Dufóo

...—¡Sí, señores jurados, aquella mujer, aquella anciana, era mi madre! Me acerqué a su lecho silenciosamente, en la sombra, y escuché... escuché... ¡Dormía!

Su respiración tranquila, igual, semejaba oscilaciones de un péndulo. Puse mi mano sobre su corazón; se estremeció ligeramente y un escalofrío corrió a lo largo de su cuerpo...

Transcurrió un minuto... un siglo...

De pronto, el recuerdo de la ofensa, de la horrible ofensa, se agolpó a mi cerebro, inundándolo con resplandores rojizos.

Mis manos se crisparon, las llevé a su garganta y apreté... apreté sin compasión. Un salto brusco, una convulsión, un sollozo ahogado en el terrible lazo... Después... nada. Músculos que se alacian, nervios que se aflojan, una blandura de seda, una laxitud extrema, un desvanecimiento de la vida... Aparté mis manos, caí de rodillas y me puse a llorar...

La lucha había dejado leves rastros: la boca contraída dejaba asomar un puntito sanguinolento, los párpados cerrados parecían arrullar un sueño místico, un brazo pendía de la cama... ¿Estaba realmente muerta? Me aproximé a ella y puse de nuevo mi mano sobre su cuello: ya la arteria no latía. ¡Sí, aquello era la muerte!

Y una rabia loca, una rabia de muchos años, una fiebre de vida despedazada, hundida, un rencor de largas noches de vela, me invadió con el deseo de apoderarme de aquel cadáver y pisotearlo y despedazarlo... ¡Ah! aquella impura carne fué la que nos manchó a los dos, a él, dormido ya para siempre en su rinconcito de tierra blanda, y a mí, el de triste juventud marchita, que iba arrastrando mi dolor y mi deshonra. Y traje a mi memoria la lenta agonía del esposo abandonado, el hogar desierto, las eternas noches, los sollozos punzantes y las blasfemias impías.

Una noche, mi padre, mi pobre padre enfermo, yo muy niño, la miseria... el delirio... Y al amanecer, él moribundo, yo, pidiendo pan... mientras ella tal vez dormía el sueño orgiástico en algún salón dorado y el sol se reía insolentemente de estas infamias.

Otra vez — ¡siempre la noche! — la escena cambia: una taberna, cantos obscenos, hambre lúbrica, harapos canallescos... Entré allí para embrutecerme y pedí alcohol... ¡Alcohol!... ¡Ah! ¡Esto era muy hermoso! La vida se tornaba diáfana, flotaba en una corriente vaporosa, un goce inefable cantaba dentro de mí, la sangre bullía en mis venas, corría, saltaba... Visiones acariciadoras venían a posar sus labios ardientes en los míos, me quemaban con su aliento, trazaban círculos a mi alrededor, danza enloquecedora, incitante, vertiginosa, que atraía y deslumbraba... Y yo reía, reía brutalmente, estúpidamente, mientras mis brazos se tendían y anhelaban estrechar aquellos cuerpos de llamas y fundirme en aquella hoguera... De pronto, ¡una mujer pasó!... ¡era ella! ¡mi madre! La boca animada por una sonrisa de deseos, los ojos inflamados, desceñida la ropa... Y me levanté de mi asiento... y no sé como vi brillar algo en mi mano... ¡y perdí toda conciencia!

Al día siguiente, en mi cuarto de estudiante pobre, agraciado con una "beca" por el poder público — caridad oficial destinada a hacer pensar y conocer la propia miseria —, supe que la noche anterior, en alas de la embriaguez, había tratado de herir a una pobre criatura que se acercó a mi mesa con el ansia de un puñado de monedas.

Juventud... Primavera... ¡Oh fúnebres compañeras de mi triste vida! ¿Por qué arrancarme del cieno en que me revolcaba y aumentar mi dolor? ¡Encanallarme, no pensar, volver al primitivo origen, tornar al lodo! ¡Mi deprimente, mi buena ignorancia! ¡Y a cada nuevo amanecer, la herida sangraba más, era más honda, más profunda! ¡Sensibilidad depurada con la educación, refinamiento moral, que corre al par del desarrollo de la inteligencia! ¡Cuántas veces me complacía en vestirme de mendigo y deslizarme entre esa turba de desheredados de la conciencia que pasea indiferente sus abyecciones!

Venía el sueño a atraerme, en la alta noche, vencido por la crisis; pero el recuerdo no moría. Bajaba de lo alto la amada cabeza grave, la del moribundo, y vertía sus lágrimas sobre mi pecho. Veíalo sobre su lecho de martirio, delirante y trémulo. Y sus labios, como rosas blancas, se entreabrían para pronunciar un nombre: ¡el de ella, el de ella que me lo mataba! Y yo me acercaba en silencio, como me acerqué al lecho de aquella mujer, y ponía mi cabeza al lado de la suya, como queriendo fundir en una nuestras desdichas y en uno nuestros rencores, como creía hacer una de nuestras dos vidas. ¡La suya me había abandonado! Como nos abandonó ella a nosotros, aquella mañana de primavera en que la onda pérfida de la savia nueva incendió las venas de su organismo.

Y el querido fantasma, de pie, pálido, triste y silencioso, me aguardaba todas las noches, vigilante y pertinaz, al borde de mi cama, y cuando y cuando el plateado amanecer trazaba hilos de luz, me enviaba un último beso, y se iba, envuelto en su amargura eterna y en su tragedia palpitante. Y así muchas noches, y muchos días, y muchos años... ¡un siglo! hasta que Dios, Satanás, el cielo o el infierno — no importe qué — me hicieron descubrir la guarida de aquella mujer... y... una noche... Ya saben los señores jurados lo demás.

Y desde entonces, ya la venerada sombra no aparece, no viene de la región del misterio a recordarme su prolongada tragedia.

El que del sueño brotó, volvió al ensueño; la que materia fué, tornó a la materia. ¡Oh mis noches!... ¡Ya no volveréis a enloquecerme!...



KERMESSE DE BENEFICENCIA





A beneficio de la Sociedad Educacionista Alemana de Villa Devoto y Villa del Par que, realizóse una kermesse que alcanzó brillante éxito. A la izquierda: señoritas Amalia Julia y Elisabetch Krumer e Isela Finke y señor Paez, atendienlo el quisco del juego de dados. A la derecha: señoritas encargadas del quiosco ''El dirigible''.

En honor del señor Sosa



Vista parcial de los comensales que asistieron al banquete organizado en honor del señor Mariano C. Sosa, presidente de las Sociedades de Fomento de la Capital.

A bordo del "Ducca degli Abruzzi"



Un grupo de concurrentes al te danzante, organizado por la comisión de damas del Círculo Social Apolo, de Lanús, y llevado a efecto a bordo del vapor ''Ducca degli Abruzzi''

Una institución útil



El Banco Municipal de Préstamos, entre sus diversas operaciones, cuenta con una que, no obstante ser muy provechosa para el público, no es utilizada, en razón de que éste ignora su existencia. Consiste en el **PRESTAMO A 30 DIAS DE PLAZO**, mediante el cual la Institución anticipa dinero sobre muebles, alhajas y objetos diversos que remata, transcurridos los 30 días, si no se rescatan, entregando el remanente líquido que resultare. La garantía que ofrecen las operaciones de venta del Banco, y lo reducido de los gastos que irroga la operación de referencia, son factores que definen su conveniencia para el público. Dichas operaciones se realizan en el local de ventas del Banco, cuya fotografía publicamos.



MARPLATENSES



Señor Vicente Gallone y señora



Chelita La Valle



Rodolfo Antonio Bernasconi



Señor Guillermo Parral Durán y señora Marcella Guillón de Parral



Señor Roberto Barneda y su esposa



Señor Portalis y familia



Niños de Barneda



Señor Alberto A. A. Cabruja y su esposa.



El presidente, doctor Alvear acompañado del señor Antonio Delfino, visitando el buque del mismo nombre.



El ministro de Alemania y los señores Delfino



Señores A. P. Serantes, A. A. Olses, R. Martelli y R. Viñiales.



Nelly, Violeta e Ibsela de Vera.

Fts. BONNIN



SOCIALES



ENLACES. — Alcain - Kelly







Falcó - Talero



Ochoa - Gaebler



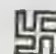




Señorita Elena Abello con el señor Ricardo Tanco Ponce de León







Señorita Cecilia Santángelo Fidanza con el señor Eusebio S. Sanmarco.



Señorita Emma Lauría con el señor Emilio D. Charrier



Tello - Bologna



Aversa - Sabato



Goicochea - Gómez



Cuesta - Gattino

Los más bellos lugares del turismo europeo:

SUIZA ITALIANA



El famoso santuario y antiguo monasterio de la Madonna del Saso, que domina la ciudad de Locarno y parte del lago de este nombre



Detalle de Morcote, con la torre de su antigua iglesia



Una bella perspectiva de Brione, localidad situada a orillas del lago Maggiore. Al fondo: la cordillera alpina ostentando sus crestas nevadas



Casa de aldeanos, vivienda típica de Rivipiana, cerca de Locarno





Antigua capilla, situada en los alrededores de Locarno, que constituye un lugar de peregrinación de los los habitantes de la región



¿Quién no conoce de nombre a Locarno y a su simpático intendente, desde la histórica conferencia de 1925, cuyo espíritu conciliador hizo dar un gigantesco paso hacia la paz del mundo? Tal vez la magnífica situación de la pequeña, pero pintoresca ciudad, dominada por el célebre monasterio de la Madonna del Sasso que se yergue sobre un alto espolón granítico; el clima ideal que se disfruta en toda la región del Ticino y la afable hospitalidad de sus sencillos habitantes fueron los factores que influyendo en el espíritu de los altos delegados de las naciones que allí se reunieron, lograron hacer fructífero el anhelo de los hombres, en pro de la concordia universal.

Fts. L. V. de BOCCARD



Vista parcial de la muy pintoresca aldea de Morcote, a orillas del lago di Lugano en la frontera de Italia

La temporada en Mar Chiquita



Señorita Elvira Buchler



Señora de Questa y familia



Señor Ricardo Aldave y señora



Señor Koch y familia



Una ondina en seco



Señor R. Rojo y su esposa



Un grupo de veraneantes en la galería del hotel Miramar



Bañistas en la playa de Mar Chiquita.

De LA FALDA (Córdoba)

El doctor José Piattini Lpez y su esposa señora Rita López, ofrecieron una lucida fiesta a sus relaciones en su residencia en La Falda, a la cual asistieron las siguientes personas: Señoras Angélica Palacios de Bercetche, Edelmira Quintana de Varsallo, Dora B. de Dodero, María Esther Martínez de Mó, Carmen Colombres de Fiero, Belinda Piattini López de Elartubey, Elvira Paz de Rivarola, Adelaida Brussaferri de Rouillón, M. Vallée de Gandolfo, Mary Arévalo de Attwell Ocantos, Laura Urtubey de Cozorno, Aurora Cousiño de Basavilbaso; señoritas Julieta y Esther Gandolfo Bercetche, María Esther Mó Martínez, Carmen Fierro Colombres, María Elisa y Celia Martínez Luter, Delia Cousiño; y señores Antonio Gandolfo, Rodolfo Rivaro-Mó, J. Manuel Fierro, Jorge Basavilbaso, la. A. Attwell Ocantos, Doctor Arturo R. Rouillon, etc., etc.



ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS



Escena de "Lentejuelas", cinedrama Jewel de la vida del circo, interpretada por Marion Nixon, Pat O'Malley, Hobart Bosworth, que la Nniversal estrenará el 17 de Marzo, iniciando la temporada



Escena de "Muriendo en su puesto" cinedrama interpretado por Roy Stewart, Helene Lynch, Arthur Morrison, que en su programa Arte estrenará hoy la Corporación.



Pasaje de "El General" cinedrama con Buster Keaton como protagonistas, que Artistas Unidos presentará en esta temporada



Forrest Stanley, Peggy Montgomery, Martha Mattox, Ernst Hilliard, Sidney de Grey, en "El Conjuro de la Selva" que la General estrenará el domingo.



Margarita Livingston, Ralph Graves y Lou Tellegen en "Podér de la mujer" film que la Fox exhibe con todo éxito desde el jueves



George O'Hara y Priscilla Bonner en una escena de "El horror a las llamas", película que Glücksmann estrenará el viernes próximo.



FRAY MOCHO en Rosario de Santa Fe



El jefe de la oficina enroladora de la 4a. sección, señor Larrechea con el personal de la misma en plena labor.



La comisión de carreras del Club A. Provincial y Federación Santafecina y Ciclismo, a cuyo cargo se halla la fiscalización de las pruebas



Team del Club A. Provincial que se clasificó campeón de basketball en la presente temporada



Cristián Berger, ganador de la banda de oro Dominicis



Representantes del Club de Regatas de Rosario que obtuvieron el segundo puesto en los campeonatos nacionales de natación



ENLACES. — Pastini - Federighi



Massarelli - Támmaro



Pruss - Staricon



Della Cella - Rojas

GUATRACHE — Bañistas en la "Laguna Medicinal"



Señor Eduardo Guzman y su familia.



Familias de Cobo y Garcés.

RIO ARRIBA

Por Vicente Diez de Tejada

El *ciaxón* lanzó un ladrido, un alarido la bocina, el hombre un grito y el chofer, tras una rotunda blasfemia doble ancho, la siguiente rociada:

—¡Maldita sea la leche de almendras, so pasmao! ¿Pero es que no tié usté ojos, ni oídos, ni sentido práztico? ¡Un perro es y se desaparta!... ¡ Y luego dicen que uno!

—No ha sido nada — contestó el hombre, reaccionando de la impresión del susto—; no se ponga usted así...

—¡No ha sío na, no ha sío na!— replicó el urbano y distinguido chófer—. ¡No ha sío na, gracias a que uno no se chupa el índice!... Que no hubiá yo andao listo, y a estas horas está usté pidiendo vez pa entrar en el Depósito...

La cosa, en efecto, no había tenido importancia; la tuvieron mucho mayor los comentarios. El auto corría por la calle, el hombre quiso cruzar; echóse él sobre el coche, o el coche sobre él, que sería difícil aclarar esto; detuviéronse entrambos, aunque no lo suficientemente a tiempo para que no tropezasen uno y otro; patinó el taxi, vaciló el hombre, rodaron por tierra el bastón y el sombrero de éste, subieron a las nubes las palatrotas del mecánico, acudió gente, hombres, mujeres, chiquillos, hasta dos guardias..., y comenzó lo de las explicaciones. Nada; no había sido nada...

—¡Nada, guardia; y aquí, el señor, que, si me descuido, se me pone a buscar grillos debajo de las ruedas!

—Bien, sí; muy bien; pero no se ha descuidado usted... Ya le he dicho a usted que muy bien; que no me ha hecho usted daño alguno...

—Bueno, bueno, señores; no ha sido nada... Circulen—dijeron los del orden.

Aclaróse el compacto grupo de papanatas, y, entre los varios ceros que lo formaban, se destacó una unidad: un jovencito elegante, despierto, melenudo, con chalina, grandes gafas y negra pipa, con aires de artista; músico a lo Strauss, pintor a lo Picaso, o poeta a lo... dadá.

Fijóse el tal en el caballero y exclamó:

—¡Calla!... ¡Pero si es don José!...

Acercóse presuroso y dijo:

—¡Querido maestro! ¡Cuanto lamento lo ocurrido!... ¿Se ha hecho usted daño?

—No, joven, no; ningún daño... Un poquito de susto y nada más.

—¿Quiere usted permitirme que lo acompañe?... ¿Desea usted tomar algo, una bebida cualquiera para atemperarse?

No, nada; gracias mil; tomar, nada; acompañarme, como usted guste. Voy aquí, muy cerca: al teatro X.

—Perdone usted, maestro: ¿ensayo?

—Sí, eso es; ensayo...

—¡Tendremos la fortuna de que vuelva usted a admirarnos una vez más con alguna de sus portentosas creaciones?

Sonrió enigmático el interrogado, con más arte que pudiera hacerlo un consumado actor, y respondió:

—Veremos, veremos... Todo se andará...

—¿Algo grande en el telar?

—Más arriba aún... ¡Esta juventud, qué impaciente!

—Es la aurora después de la noche, lo que con ansiedad se espera, maestro; en el desierto, el oasis... ¡Ya ve usted cómo estamos de obras y de autores; cuatro osados, con una sandez entre los cuatro, y un necio, con la eterna necedad de siempre; un plagiario con el último robo a mano armada!... ¡Y usted, maestro eternamente añorado, viendo impasible desde su torre de marfil estos robos, estas necedades y estan sandeces!...

—¡Muy amable, muy amable!...

—Muy justo, maestro queridísimo, muy justo... Alégreme usted la vida con una esperanza... ¿Pronto?

—¡Je, je..., quien sabe!... Acaso pronto..., pero guárdeme usted esta confesión... Y ahora pregunto yo, pollo: ¿Y para quién?... ¿Para quién?...

—¡Tiene usted razón, maestro! ¿Para quién?... ¡Todos disgregados, todos dispersos!... Una, media figura, y gracias... ¡Ignorantes, envidiosos, jactanciosos, irresistibles!

—¡Diana!... ¡Ha hecho usted diana!... Y no hablemos más... ¿Quiere usted pasar?

—Gracias; quisiera besarle a usted la mano, maestro.

—¡Oh, no! ¡Qué exageración! Yo con mucho gusto extrecho a usted la suya.

—Besar esta mano que ha escrito maravillas tan grandes, que ha purificado el viciado ambiente de la gloriosa esceña, librándola de la muerte por asfixia; esta mano..

—Bueno, bueno; nada de vehemencias, nada de exaltaciones... Conozco ese sarampión; yo lo sentí también.. Adiós, y muy agradecido, joven...

—Olvidio Plácido, redaptor de *El Inadaptado.*

—¡ Rebelditos, rebelditos! . . . ¡Así me gusta la juventud! ¡Hugonote!

—Bonita definición, maestro... Cordialmente de rodillas...

—Adiós, adiós... (¡magnecia esfervecente!) — terminó para sí el maestro, mientras, pasillo adelante, se zafaba del espumoso pollo Plácido.

* *

El maestro era, efectivamente, don José; don José, por antonomasia; bastaba nombrarlo así para saber que se trataba de don José Altarriba, el preclaro autor de un centenar de dramas y de comedias, siempre discutidos con ardor y siempre fervorosamente celebrados. Don José, *el mudo*, desde que la crítica lo dió por agotado, desde que se soplaron otros vientos, en el firmamento de la escena, desde que aparecieron nuevos valores en su mercado.

Otros tiempos, otros hombres.

Don José, fué declarado viejo ya. El, con sonrisa de despachado, celebró la ocurrencia.. ¿Viejo ya?. Y encaramado en su orgullo sin límites, rechazó la ofensa murmurando:

—Viejo, sí; como Verdi, como Wagner, como Ibsen, como Goethe, como Galdós... y como tantos otros mentecatos... Ya veréis algún día quien es este viejo, pobre cornejas; ya lo veréis, cuando al águila le plazca extender sus alas...

No era viejo, no, don José Altarriba; no es viejo un hombre — y menos un hombre como él — a los sesenta años. Lo parecía; pero no lo era. Había vivido muy intensamente su vida, como dicen los franceses, atormentada; había producido mucho; había derrochado mucho; había amado mucho. Llamamos amar el desear y satisfacer.

Se envolvió en su toga, se ocultó en ella, enmudeció y continuó recibiendo puñaladas. Calló. Diéronle por muerto. Pero él, donde sus voces tuviesen eco, seguía murmurando: "Verdi... Goethe... Galdós... ¡Ya veréis algún día quien es este viejo!...."

Y los empresarios continuaron esperando.

—¿Cuándo, don José?

—¡Je, je!.. ¡Veremos!... !Ahora estáis muy ocupados!...

Y se tuvo por artículo de fe, en el que llegaron a creer hasta los inoclastas:

—Don José planea algo... Don José prepara algo... Don José ha hecho algo colosal, definitivo... Canto de cisne, quizá; pero algo recio, formidable...

—Y ¿cuándo, don José?

¡Je, je!... ¡Veremos cuándo!...

* *

¿Cuándo? ¡Ay! ¿Qué sabía *el pobre* don José, cuándo?

No se equivocaba, no, la crítica, tan acerada como perspicaz. Don José era una ruina. Don José estaba agotado. Y aquel requebrajamiento, aquel agotamiento, se manifestaron de pronto, repentinamente, como una hemorragia que lo dejase sin sangre. ¡Bien lo sabía él, bien lo palpaba! Un agotamiento súbito y total. Don José estaba vacío, hueco, todo su reseco cerebro sonaba dentro de su cráneo como la esferilla de un cascabel.

¡Y cuántas, veces en las soledades de su gabinete de trabajo, al intentar hacer vibrar lo que fué un día címbalo de oro, esquilita de plata, campana de bien templado bronce, el ronco cascabeleo lo hacía divagar como un demente y llorar como un niño y maldecir como un condenado! Y a los desesperados puñetazos descargados sobre su mesa, al romper de sus plumas, al rasgar de sus cuartillas, acompañaba el agudo gemir, el hondo solozar, el lento desfallecer...

¡Impotente, agotado, concluído, muerto!...

¡Y cuándo! ¡Cuándo! Cuando la previsora hormiga escondía en la espalda las llaves del granero, negándose a la pródiga cigarra.

¡Cuándo! Cuando lentamente disminuían los ingresos y alocadamente aumentaban los gastos. Cuando el trimestre arrojaba liquidaciones lastimosas y la vida se encalabrinada, rompía trabas y riendas y galopaba cuesta arriba, en demanda de las nubes. Cuando él, viejo ya, incapaz de emprender nuevos rumbos, se veía vencido, *deshonrado* ante los suyos, desprovisto de su aureola, privado de su férula, pie a tierra, destronado, arrojado de su trono de autócrata, de semidiós, convertido en un simple mortal de quien la inmortalidad huía y a quien la muerte acechaba...

* *

La vida íntima, familiar, de don José, había sido siempre, por parte de él, una equivocación lamentable.

Antes de saborear las primeras mieles del triunfo, cuando era nada, o casi nada, periodista, redactor de un diario subterráneo, que pagaba a sus topos con una mísera credencial, con la que el gobierno los amordazaba como a canes rezongadores a los que se arroja un hueso del babilónico festín; antes de revelarse como autor dramático, un mozalbete aún, Pepe Altarriba, por impaciencias del sexo, se casó con una muchachita preciosa, buena... Y nada más. Sin una idea en su mente y sin un peso en su faltiquera. Muy buena, pero boba; muy rica, pero pobre.

Julia, la mujer hermosa y buena, no lo comprendía; no comprendía a Pepe. No entendía el idioma aúreo de ensueños y de quimeras que hablaba su esposo.

Pero tuvo, sí, el talento necesario para reconocerse inferior al *amo* de la casa, para declararse incapaz de alzarse hasta él, de hablarlo cara a cara, en el mismo plano, sino desde tierra y de rodillas

Pepe Altarriba se subió a las nubes; un poco más arriba de las nubes. Aquello de "esposa te doy y no sierva", él lo volvió de revés y convirtió en esclava a la esposa.

Pepe Altarriba era falso y ruin. Hermoso como un Apolo, alto, fornido, arrogante, era presumido como una coqueta. Se había tasado muy justo y se había tasado bien, en una especie de almoneda en la que, después de todo, era él solo el comprador de sí mismo, Sabía lo que valía como hombre y comenzó por adorarse a sí propio.

Pero toda esta altanería no bastaba, a veces, para sobredorar, para velar lo bajuno de su condición.

Era soberbio y rastrero. Muy hombre, con absurdas debilidades de mujer. Despellejaba a todo bicho viviente, abrumaba a todos — a todos los que se dejaban abrumar — con sus burlas y sus desprecios. Jactancioso, endiosado, no había nadie que sirviese para desatarle la correa de su sandalia. El, y sólo él.

Tuvo un hijo, tuvo una hija, y siguió teniendo una esclava sumisa y obediente, empequeñecida, achicada, anulada ante aquel zar de todas las Rusias... y de unas pocas más.

Hija e hijo crecieron como los hongos, sobre la podredumbre espiritual del padre y bajo las lluvia de las lágrimas maternas, animados por el vivificante calor del sol de su propia juventud.

El padre amaba a entrambos hasta donde el dinero podía expresar la extensión del amor. No les negaba nada, acaso porque nunca pensó en darles algo. Afectos, cuidados, previsiones, cariños..., todo se traducía en dinero. Jamás para ellos, tuvo un no. Derrochaba sin tino. Por los anchos agujeros de sus manos se escapaba a torrentes el dinero que, afanosos, acuñaban sus dedos y, displicentes, recogían sus uñas.

Las cuartillas de Altarriba eran billetes de Banco. Letras a la vista que aceptaba todo el mundo. Cheques de un talonario sin fin.

¿Mañana?...



LA NUEVA COCINERA (leyendo un libro de cocina). — "Cuando el lechón esté asado, pongase un limón en la boca, unas hojitas de laurel en las orejas y sírvase a la mesa".

Pero ¿realmente existe el mañana?... ¡Mañana es hoy! ¿Quién se preocupa con lo porvenir?

No obstante, un día, en un rato de vanidad, ante la peña de todos sus enconados amigos, un despierto agente hizo firmar a Altarriba un seguro de vida de cuarenta mil pesos ¡Psche! ¡Una miseria! Sólo por quitarse de encima a aquel moscón. No necesitaba él recurrir a estas triquiñuelas para dejar ricos a su mujer y a sus hijos el día en que el faltase.

No lo quería nadie. No supo sembrar amor. En su casa, la peana que se adoraba al adorarlo a él, era el interés; era el dinero.

En el mundo de las letras se lo respetaba y se lo temía. Su influencia llegó a ser enorme, omnímoda. Un autor, una actriz sentían vacilar su base ante el empuje de una mirada de Altarriba, cada día más festejado y más potente.

Blasonado de no haber permitido que ningún autor novel le *colocase* una obra ; de no haber dado jamás la mano a nadie. Los globos suven impulsados por el humo o por el gas que les prestan. Son las águilas las que se elevan con sus propias alas. Es dañoso, perjudicial para los noveles darles la mano, empujarlos... Caen luego, por su peso. ¡Que luchen, que venzan!... ¡También él luchó y venció!...

Y triunfó, sí, hasta que desde el cenit de su triunfal carrera el sol comenzó a declinar y se acercó precipitadamente a su ocaso.

Este era y así era don José Altarriba, padre de un distinguido *sportsman* que no servía para maldita de Dios la cosa, y de una muchachita frívola, aunque buena, y esposo de una pobre mujer que nunca había sido nadie y que apenas había sido nada.

Vacilaba el hogar, se resquebrajaba, se derrumbaba.

Don José, esperando, esperando siempre el soplo salvador de la inspiración que lo había abandonado, quemó el último cartucho y malbarató la póliza del seguro, liquidándola desastrosamente.

Y aquel mismo día como una carcajada del vengador destino, estuvo a punto de morir aplastado por un auto.

* *

Elvira, la hija de don José, tenía novio. No entraba en casa aún el amador, no era novio oficial; pero entrambos se adoraban. Pedro Andrés se llamaba el mozo, chico guapo, listo, despierto, de buena casa y tocado del virus de las letras. Por admiración al padre llegó a amar a la hija. Acaso, al pronto, creyese que este amor lo acercaría al maestro, que lo acogería, que lo escucharía, que lo ayudaría a romper la recia capa de hielo que asfixia a tantos principiantes, a saltar la inexpugnable barricada tras de la cual se defendían rabiosos, al defender su olla, los que habían llegado ya, globos o águilas; a ponerlo, aunque no fuese más que esto, a ponerlo en condiciones de poder demostrar lo que valía.

Porque Pedro Andrés — Pedro Andrés Lopez — valía; valía, seguramente, y tenía en sí mismo una fe inquebrantable.

Sólo le falta aquello; el amparador, el punto en que poder apoyar la recia palanca de su potencia.

Elvira, que conocía la inveterada costumbre de su padre, quitó, desde luego, toda esperanza al chico; pero cuando, el amor creció, cuando, inconscientemente, comprendió la muchacha que laborar por su novio era trabajar por ella misma, trabajar para entrambos; cuando se convenció , además, del positivo mérito de las produciones de su amado — amorosa y atentamente leídas en la soledad de su alcoba — ; cuando las pesó, como experta conocedora que era del arte de Talía, mil y mil veces saboreado, entonces se decidió a sitiar el inexpugnable castillo roquero, y una y otra vez — ¡ay, la plaza flaqueaba ya! — trató de obtener de su padre la concesión de una audiencia para el novato.

—Papá — decía al ogro —: no has de ser así... Hay que auxiliar a los que empiezan.

—¡Nadie me auxilió a mí! — respondía el semidiós.

—Bien — replicaba la muchacha, derrochando inciencio —; pero es qu tú eras un genio.

¿Era? — preguntó, adusto el grande hombre.

Y la hábil sitiadora, volcando la naveta, agregó:

—Eras... ya, he querido decir. Si mi protegido fuese como tú, no necesitaría de tí para nada.

—Y si no lo es, de nada le servirá mi apoyo.

—No, papá, no; no hay hombre sin hombre; tú has sido una excepción... Todos los grandes maestros... Será un nuevo honor para tí, papá, si este chico sale adelante, que la crítica diga de él que está "influenciado" por tí, por Altarriba, a quien venera, en cuyas fuentes bebe; porque con tu anuencia o sin ella, este chico es tu ferviente discípulo... El lo asegura así...

—¿Y dónde has conocido tú a ese mirlo blanco?

—En casa de la de Antúnez, en sus veladas; va muy buena gente allí; un poquitín cursi, pero de valer positivo... Se hace música, literatura... Ya sabes que la Antúnez es una firma; tiene su cenáculo; es la madama Adam, la Bushental de nuestros días.

—Sí; ahora veo que está bien lo de cursi.

—Su revista es famosa.

—En los anales del sablazo.

—¡Qué mordaz eres y qué cruel! Tienes siempre en los labios las

El perro y la carne

Por un río de manso curso y cristalinas ondas, atravesaba andando cierto perro ladrón con un hermoso pedazo de carne entre los dientes. De pronto miróse retratado en el agua, y como viera que otro compañero suyo llevaba también en la boca un buen trozo de carne, concibió la perrada de apoderarse de él, y... ¡zás! soltando su carne, contempló con espanto, que el río se llevaba la del compañero.

famosas ironías de tus comedias; pero no me rindo; tienes que hacerlo tú y hacerlo por mí, por tu hijita; has de concederme este favor que te pido, que te suplico; como hija y como admiradora.

—¿Del nuevo Lope?

—Un poquitín más.

—¿Más que Lope?

—Lopez.

—¡Tiene gracia!... Es casi un chiste digno de esa taifa de imbéciles que tanto os hacen reir ahora.

—Ya has visto que no me he reído yo.

—Dejarías de ser mi hija.

—Nunca quisiera dejar de serlo. Pruébame que tú que sigo siéndolo yo. Concédeme lo que te pido.

—¿Tanto te interesa ese muchacho?

—Hoy todo lo que ves.

—¿Hay mañana?

—Puede haberlo... Acaso de ti dependa.

—Y además de genio en fárfara ¿que es tu haijado?

—Es ingeniero y rico. Escribe por inrresistible vocación.

—Hay muchos que escriben por lo mismo, pero no los contestan. ¿Es que piensas hacerlo tu?

—Yo no haré nada sin vuestro consentimiento.

—Tu madre te lo habrá dado ya como si lo viera.

—Mamá no ha tenido que darme nada, porque nada le he pedido. No ha llegado aún el momento; acaso no llegue nunca. Según dices muy bien, soy hija tuya: llevo el no en los labios... Desmiénteme ahora... ¿Lo recibirás?

—Aunque no sea más que por desmentirte, lo *recibiré*.

—¿De veras?

—Lo *aguantaré*, por lo menos.

Elvirita no entendió el chiste, acaso por no concebirlo en boca de su padre. Sonriendo satisfecha, preguntó:

—¿Cuándo?

—Cuando quieras; hoy mismo, mañana... Unos instantes nada más; pero lo recibiré.

—Gracias, papá... Y dime ahora: ¿No crees que sería una solución?... ¡Entiéndeme!

—¿Solución?... ¡Quién sabe!... En fin, dile que lo espero mañana aquí después del ensayo.

—¿Ensayas?... ¿Pero ensayas ya?

—No; no ensayo aún... Sigue siendo la hora de los imbéciles. Después del ensayo de los otros, de los que privan, de los reyes del chiste con argumento, de los emperadores de la carcajada, de los pontífices del trimestre... ¡Qué asco!...

—¿Quedamos en que mañana a las cinco?

—En que mañana, a las cinco, quedamos.

—¡Gracias, papá! Algún día te convencerás de que lo que vas a hacer está bien hecho.

—Me basta saber con que esta bien dicho...

* *

Al día siguiente, a las cinco, puntual como la fatalidad, Pedro Andrés Lopez estaba en casa de Altarriba, del maestro, del ídolo... ¡Como le latía el corazón! Iba a verse cara a cara con aquel ser sobrenatural, ultraterreno, inaccesible siempre para los simples mortales.

Elvira, que acudió a recibir a su novio, intentó darle ánimos.

—Ten valor — le dijo — no te acobardes... Papá, en el fondo, es bueno...

¡En el fondo! ¡Ay! ¡Cuán profundamente hondo estaba el fondo aquél!... Elvira lo sabía... y no lo olvidaba.

—Estoy emocionadísimo — contestó el postulante — Piensa que piso los umbrales del templo, que va a hablar la esfinge, que voy a invocar al oráculo... Es cuestión ésta de vida o muerte para mí.

—Para los dos...

—No para mí; para mí solo... Nuestro amor está por encima de estos oropeles...

—Tu gloria será mi gloria.

—Sí, Elvira; y tus dios será mi dios.

—¿Traes la comedia?

—Sí; aquí la traigo...

—¿La última?

—La última mi piedra de toque. Todo se derrumbará si esta me falla.

—No fallará; te lo predigo. Yo haré que la lea mi padre. ¿Te anuncio?

—Espera un instante nada más. Estoy temblando.

—Nada se ha escrito de cobardes. ¡Pecho al agua! Ven papá te espera; el mío... ¡el nuestro!... Ya verás; voy a decirle que estás aquí. Ha llegado el monmento.

Entró Elvira en el despacho de su padre; salió a poco.

—Pase usted caballero — dijo al chico; bajando la voz y empujándolo, añadió — : ¡Pasa!

Pedro Andrés se sintió deslumbrado. El gabinete de trabajo de Altarriba era algo sorprendente en efecto. Ricos muebles de roble, inmensas librerías con los plúteos abarrotados de volúmenes regiamente encuadernados; un gran escaparate, atiborrado de coronas de laurel, forjadas en plata y oro; objetos preciosos y variados, reunidos en las noches de beneficio; forradas las paredes de cuadros — óleos y acuarelas, caricaturas del genio, a pluma y a lápiz, retratos, pergaminos, diplomas, títulos... —, y sobre los muebles, en todos los huecos, en todos los rincones, fotografías de las actrices más hermosas y de los hombres más preclaros.

El pobre mozo pudo únicamente balbucir una palabra:

—¡Maestro!

—Pase usted, pase usted,, pollo — contestó este, descendiendo de su cátedra —. Ya me ha hablado Elvirita, ya me ha hablado mucho y bueno de usted. Por esto he accedido a conceder a usted esta entrevista... muy grata para mí.

—¡Elvira es una santa!

—A ella debe usted que yo haya roto mi costumbre de siempre. Bien puede usted asegurar que es usted el primer escritor novel que recibe de mi esta gracia.

—Este honor, maestro.

—Dejémoslo en gracia.

—Por la que mi gratitud será eterna.

—Ya comprenderá usted por qué he tenido siempre por norma negarme a estas entrevistas. No por necia vanidad ni por torpe orgullo como se ladra por ahí, sino por prevención. Los principiantes son insaciables; se les da el pié y toman la mano. Todas las horas del día y del la noche serían insuficientes para atenderlos. Esto es imposible. Mi tiempo es también insuficiente para mí...

—Y preciosísimo, maestro; lo comprendo y le pido perdón por los instantes que le he robado; pero yo necesitaba, como el aire para vivir, esta merced de usted. Me parece que de aquí voy a salir consagrado. Solo con el honor de haber sido recibido por usted me siento ungido con bálsamos de inmortalidad. Me llevo algo de su luz, maestro, algo de su gloria, como un aroma, como un fluido misterioso que emana de usted y que perfuma e invade cuanto se le acerca.

¡Caray! Se explicaba el chico. Se le había escapado la cuerda. Altarriba lo atajó:

—¡Bien, bien; vehemencias de los pocos años! Yo a eso lo llamo el histerismo de los principiantes... Supongo — añadió con sorna — que no vendrá usted solo...

—No, maestro, — contestó Pedro Andrés, ruborizándose como una colegiala.

—¿Drama?

—Comedia... nada más.

—No está mal; se ha dejado usted el drama en casa; el inevitable drama. Lo felicito por la acertada elección.

—He creído mejor...

—¿Verso?

—Prosa...

—Menos mal. ¿Actos?

—Tres, y un prólogo..

—Sobrará el prólogo. ¿Título?

— *Menos uno.*

—¿Cómo?

—¿Menos uno?... ¿Qué quiere decir eso, que falta uno?

—Maestro, acaso se ésta la prira torpeza mía: haberlo titulado así; me gustó más que *Cambio de signo*, y acaso me sedujo lo raro del título, no para el oído, sino para la vista. Es la cifra 1 precedida de 1 signo menos. Véalo usted.

Alargó Pedro Andrés el manuscrito — cuatro cuadernitos cosidos con sirgo rojo —, y en la primera página de cada uno de ellos, Altarriba, el Magno, vió en efecto, el titulo escrito así:

— 1

—Ya, ya lo entiendo — dijo el inmortal —; esto es una expre-

Prudencia mundana

Había dos hermanos, uno de los cuales era de la servidumbre regia, y el otro vivía de su propio trabajo. Una vez el rico dijo a su hermano pobre:

—¿Por qué no entras al servicio del rey para librarte de la aflicción del trabajo?

El otro le preguntó:

—¿Y por qué no trabajas tú para librarte de la bajeza de la servidumbre? Pues los sabios han dicho que es preferible comer el propio pan y sentarse tranquilamente, a vestir dorada librea y estar de pie en el servicio; usar las manos en mezclar argamasa y cal viva, a colocarlas sobre el pecho en presencia del "amir". Vida preciosa la consumida en estas ocupaciones. ¿Qué comeré en el verano, y con qué me vestiré en el invierno? ¡Oh, innoble vientre, date por satisfecho con una hogaza de pan, antes que doblarte a la servidumbre!

SA'DI

sión algebraica.

—Exactamente.

—Es curioso...

—¿El original?...

—Curioso, nada más. Como idea, bonita; como título, desastroso.

—Lo cambiaré...

—Sí; *hay que empezar por el principio*... Bien, déjeme usted *esto*... Procuraré hacer un ratito y se lo dedicaré a usted. Ya le avisaré cuándo puede usted venir a recogerlo... No le prometo la prontitud que sin duda usted desea... No le señalo fecha...

—¡Maestro, por Dios!... No me atrevería jamás a esperarlo... Cuando pueda usted, cuando se digne echar una ojeada. Siempre, por tarde que ello sea, será vivamente agradecido por mí. Yo estoy incondicionalmente a sus ordenes...

La entrevista se celebró de pié. Altarriba no brindó una silla a Pedro Andrés. No le alargó la mano al entrar. No se la ofreció al salir. Despidiólo olimpicamente, con estas palabras:

—Pues lo dicho, y pedóneme usted ; me espera mi trabajo...

Despreciando la incorrección, atento solo al honor recibido, dejando que el corazón se le asomase a los labios, contestó Pedro henchido de admiración:

—¡Dichoso usted, maestro, que escribe cuando quiere y lo que quiere!

Por toda repuesta recibió la muda invitación de una criada, que le mostró expedita la puerta de salida. Altarriba había tocado un timbre, que no se oyó, desde el despacho.

Un poco confuso el pobre mozo salió salió.

En el pasillo lo esperaba Elvira.

Lo he oído todo— le dijo —; lo he visto todo...

¡No me ha dado la mano! —suspiró el chico con hondo desaliento.

—¡Ya lo he visto, también! No te importe; son cosas de papá; vanidades suyas. Un poco tieso, pero bueno en el fondo; ya lo verás; bueno, en el fondo.

—¿Crees que leerá la comedia?

—La leerá; yo me encargo de ello. Y si no la lee él, se la leo yo... Y le gustará. ¿Cómo no gustarle, si es preciosa?...

—¡Dios te pague este juicio, Elvira mía; Dios te lo pague!

—¡Dios... y tu amor, que es para mí otro Dios en quien creo, en quien espero y a quien amo sobre todas las cosas!...

Mientras tanto, Altarriba sentóse en un silón, descargó un fuerte puñetazo sobre el manucristo que yacía sobre la mesa, presa de un supremo desaliento, cara a cara con su impotencia , apoyó la cabeza en las palmas de las manos y sollozó:

—"¡Lo que quiero y cuando quiero!..." ¡Qué sabe de esto ese mentecato!...

Sí; aquello era la impotencia.

Altarriba, habilísimo *carpintero* teatral — según el *argot* de los del oficio —, ducho en eso: en achaques del *metier*, gran movedor de muñecos, experto conocedor de la escena, de sus resortes, de sus secretos, podría sostenerse aún, triunfar una y cien veces más, saborear de nuevo las dulzuras del éxito, *inflar* su ya flácido trimestre, si la inspiración acudiese a él, si la idea, ¡la idea!, el grumo de levadura indispensable para el fermento de la masa, volviese a enseñorearse de su mente, cuyo palacio augusto había desertado.

Sobrábale harina; agua y hasta sal tenía a las manos; sabía amasar, tresnar, heñir, todo...; pero su hornada sólo producía tortas de Parásceve, sin la ampulosidad, sin la grandeza, sin la gracia divina del pan leudo y sazonado.

Levadura, fermento, fecundación..., ¡oh!... ¿Dónde hallarlo?... ¿Dónde?...

Cuando se hubo serenado un poco, fijó inconscientemente sus miradas en el manuscrito de Pedro Andrés, el nuevo Lope... con zeta.

—¡— 1! ¡Menos uno!... —bisbiseó —. ¿Que habrá querido decir aquí este Newton?...

¿me entiende usted bien?, todos sus factores han cambiado de signo.

..*Marq.* — ¡Mosca!

Don Raf. — Los más son menos y los menos, más. Entre los malos, los mejores son los más malos; y entre los buenos, son los peores los más buenos.

Marq. — ¡Ni palabra!... ¿Adónde va usted a parar?

Don Raf. — Al resultado. Los positivos de antes son negativos ahora. ¿Opulencia? ¡Miseria! ¿Consideración? ¡Desprecio! ¿Tolerancia? ¡Intransigencia!

Marq. — (A Elena, que sale a escena tácitamente, sin querer interrumpir la conversación, y escucha desorientada) ¿Oye usted esto señora?

Naves que vais a la deriva...

(Del libro en preparación *Nuevos poemas de las naves azules*)

Naves que vais a la deriva,
decir, ¿las mías dónde están?
¿en cuáles puertos mi divisa
de enamorado flameará?

Si váis a dársenas lejanas
atravesando todo el mar,
oiréis el viento cómo brama
sobre las aguas del Simbad...

Oiréis el grito lastimero
de los tritones, que al soñar
con sus nereidas, en el sueño
tejen romances de cristal.

Oiréis las voces de esperanza
de las ondinas, en la paz
de largas noches consteladas,
bajo la azul inmensidad...

Naves que váis a la deriva,
héroes románticos del mar,
viento, canción, ensueño, ondinas,
decíd, ¿mis naves dónde están?

EDUARDO MARIA DE OCAMPO

Distraidamente comenzó a hojear el primer cuaderno, sin orden, sin curiosidad, a saltos...

ESCENA VIII

Dichos y Elena

Don Raf. — (Al marq.) ¿Sabe usted, amigo mío, lo que sucede cuando a los dos miembros de una ecuación se los multiplica por—1?

Marq. — No lo sé, pero me lo temo. ¡Seguramente algo horrible!

Don Raf. — Pues no le pasa nada, o casi nada. La igualdad no varía.

Marq. — Vea usted una cosa que no entiendo: que le haba a esa pobre ecuación una operación tan terrible, ¡y para nada! ¡Es una verdadera crueldad, mi querido Marqués!...

Marq. — Espere, espere... Su valor no varía, pero...

Don Raf. — Ahora viene lo espantoso!

Marq. — ...todos sus factores,

Elena. — Sí, lo oigo pero no lo entiendo...

Don Raf. — Ya lo entenderás y se lo haré entender al Marqués. Enrique estaba dentro de la más absoluta legalidad. El en el primer miembro; la sociedad, en el segundo. Valores positivos y de la ley. Pero se salió de ella, amistazándose con Paca, haciéndola su amante.

Elena. — Comportándose con ella como si fuese ya su propia esposa. No puedes negarlo.

Don Raf. — Perfectamente; a eso voy. Una esposa de la mano izquierda, para él; para la sociedad, su querida. Todos sabemos quien es Paquita Antares.

Marq. — ¡Estupenda mujer!... Y usted perdone, Elena.

Elena. — La alabanza justa no necesita perdón.

Don Raf. — Bueno; ¿me escuchan ustedes o no? Luego veremos quien Paquita Antares; ahora vamos a la ecuación. Enriquito multiplicó los dos miembros de la suya por — 1... Se salió de la Ley... y nada más...; no pasó nada. La eximia comedianta, esposa de otro, no tan eximio, aunque si más comediante...

Elena. — Viuda, querido.

..*Don Raf.* — Viuda hoy, no antes. Por dentro cada cual de nosotros sabiamos lo que sabiamos; Paca era la amante de Enrique; pero como él, atento a la nueva igualdad, al nuevo equilibrio de su ecuación, no la presentaba como tal...

Elena. — Naturalmente.., nadie como a tal la trataba. Recibiamosla aquí; recibiasela en todas partes; se la atendía, se la consideraba... ¿Cómo no, entre ella y Enrique no había nada; si aquel matrimonio existía; si era una unión ficticia, negativa — y aquí entra el nuevo signo —, perfectamente opuesto a lo admitido, a lo legal?... Para todos, Enrique seguía siendo Enrique Alminar de la Torre, conde de los Alminares, un muchacho correcto, digno, deseable...

Marq. — Y sigue siéndolo aún.

Don Raf. — Pero va a dejar de serlo; porque ese melquetrefe se empeña ahora en volver a cambiar de signo su ecuación, en entrar en la legalidad, en casarse; ¡casarse, señores míos!, con Paquita Antares, y esta dejará de ser quien es, para convertirse en condesa de los Alminares, baronesa de...! (A Elena.) ¿La recibirás tu en tu casa?

Elena. — (Rotundamente, con altanería.) ¡No!... ¡Una mujer que hasido lo que ha sido!

Marq. — ¡Y que va a dejar de ser lo que ha sido; que va a cambiar de signo, como quien cambia de color! ¿No es eso...

Don Raf. — ¡No; lo que no le perdonarías, no es que haya sido mala, sino que pretenda ser buena!... Querida de un chico bien, pero esposa de un conde... ¡Abominación!..."

Altarriba dejó de leer.

¡La idea estaba allí! ¡Allí! Se le había rendido a aquel trasto, que la destrozaría, que la estropearía que no sabría apreciar su valor, como una hurique se brindase a un patán...

Siguió leyendo; se engolfó en la lectura, que lo dominaba, que lo absorbía...

Llamáronle para cenar, y despidió a todos con cajas destempladas.

—No tengo apetito; cenad vosotros. Que me traigan café, y dejadme en paz. No estoy en casa; no estoy en el mundo. ¡Largo!

Terminó la comedia. Estaba trémulo; congestionado; faltábale aire para respirar. Levantóse y comenzó a pasear por el gabinete.

—¡Es un dolor! ¡Un dolor! —decíase —. Y el caso es que esto esta bien, sí; estab inocentemente bien; cándidamente bien; sin picardía, sin malicia... ¡Qué lástima!... ¡Si cogiese yo esto!...

—"¿Y por que no has de cogerlo tú, mentecato? —susurró en su oído la tentación".

—¡No, no!... ¡Sería una expoliación!... ¡Una villanía!...

—"¿Quién había de saberlo, necio? ¿Lo sospecharía siquiera ese chisgarabís?... ¡Ahí tienes el triunfo, el éxito, el reverdecimiento de tus laureles, el remedio para tu situación, el aplauso y la admiración de las gentes, tu resurrección en fin, babieca!... Después de todo, ¿qué es lo que va a tomar de ese fárrago inútil? ¡La idea nada más!... Una idea que se le ocurre a cualquiera, que pudo habértese ocurrido a ti antes que a él; que se te ocurriría, sin duda... ¡La idea nada más; una idea... ¿Quién puede defenderla por suya?... Nihil novum... ¿Se le ocurrió a él? ¡Pudo habérseme ocurrido a mí!... Acaso no sea suya tampoco... Estos principiantes son osados... Y si es suya, si verdaderamente es suya, no será esta sola; otras tendrá... Y, sin mí, ¿que iba a hacer con ellas, con ésta, con las otras?... Le daré una compensación; lo protegeré, lo empujaré, le abriré camino... Le daré infinitamente más de lo que le tomo...

Se decidió.

Se sentó ante su mesa; tomó cuartillas; comenzó a escribir desesperadamente casi sin meditar de corrido, de corrido, como si alguien le dictase...

Lope de Vega aprovechaba sus horas veinticuatro. Amanecía cuando escribió esta carta:

"Señor don Pedro Andrés Lopez mi querido amigo,

"Me ha causado usted un gran disgusto. No será menor el que yo, contra toda mi voluntad, he de proporcionar a usted, si bien creo que quedará amortiguado por una gran noticia.

"Venga usted a verme mañana a las siete de la tarde. Estaré en casa para usted.

"Cordialmente, Altarriba"

* *

Pero Andrés, al recibir tan extraña, tan inesperada misiva, quedóse estupefacto. ¿Qué quería decir aquello?.. ¿Disgutó él al maestro Altarriba?... ¿Porqué?... ¿Con qué?... A caso de qué o cual motivo?... *Inconscientemente*, decía la carta. Inconscientemente... e incomprensiblemente.

El de Altarriba a él, a Pedro Andrés, ya se clareaba, se entreveía.. La desaprobación de la obra... Bueno; esto ya era de esperar.. aunque el no lo esperase. El *no* ya lo llevaba; el *sí* no llegaría; acaso no llegase jamás... Luego venía lo de la grata noticia; grata noticia que amortiguaría el *gran disgusto*... ¿Se habría enterado de sus relaciones con Elvira? ¿Accedería a ellas?... Realmente esta dedada de miel sería suficiente para endulzar todas las amarguras de todos los disgustos... Elvira sentía pavor ante su padre... Si éste se amansaba, si la causa de tal pavor desaparecía, la felicidad de este triunfo le haría olvidar la desventura de su derrota... ¡Cuándo sería mañana! ¡Cuándo serían las siete de la tarde de mañana!... ¡Qué ansiedad, qué angustia, qué cúmulo de encontrados pensamientos!...

Hormiguillo tenía Pedro Andrés. Acaso a aquellas horas se había jugado ya su suerte, su porvenir, su vida... ¡Su gloria, también, que él, en sus raptos de pasión, ponía por encima de todo esto! ¡Su gloria! ¡Sus sueños aúreos, la cristalización de todas sus ilusiones!...

¿Porqué no se atropellarían las manecillas de todos los relojes del mundo, para que sonasen las siete de la tarde de mañana, a las once de la mañana de hoy?... Tiempo necio, ciego y sordo; tiempo loco que impasible te deslizas grano a grano en las interminables horas de dolor o de espera; que impasible te desbocas en las fugaces horas de posesión y de goce... ¡Hala, corre, vuela, rompe ese *relentiseur* maldito que eterniza los instantes y trueca a las vivaces ardillas en tardos camaleones!... ¡Hala, corre, vuela, dispárate, devorando horas y distancias en frenético atropello... ¿La vida es sueño? No-la vida habrá sido sueño una vez del no ser... ¡Pero es realidad y vigilia angustiosa mientras *nos* vivida, o pasada, lanzada al abismo *vive*, haciéndonos creer que la vivimos, llevándose trozo a trozo, molécula a molécula, átomo a átomo, todo nuestro ser; todo cuerpo y alma; carne y espíritu!...

¡Oh, vida!... ¡Quién pudiera, como en el cinematógrafo, retardarte a placer y a placer acelerarte!... ¡Huye, huye, pasa como sobre ascuas, como por entre l'amas, salva estas interminables horas de desconsuelo, de angustia, de dolor, de anhelos de renunciación, de impulsos de negación, de ansias de anonadamiento!...

¿Qué dices, reloj, que no contestas?

—Tic-tac; tic-tac; tic-tac...

¡Como ayer, como mañana, como siempre, como antes de los siglos que con tu diente de carcoma habrás roído!... ¡Como durante las horas que con tu inalterable parsimonia — ¡nuevo dios de la Vida y de la Muerte! — vas engendrando y vas destruyendo, haciéndolas apoyarse en mi corazón para saltar sobre mí, de la nada a la nada!...

* *

Aquella misma tarde se presentó Altarriba en el escenario del teatro de X. con aire misterioso, hermético, indescifrable, entre fosco y comunicativo, entre enfadado y alegre, entre de vencedor y de vencido. Una cosa rara.

Al presentarse él, suspendióse el ensayo — como de costumbre, en un cortés compás de espera —; ensayo de una obreja baladí y deleznable, completamente hebén, si no fuese por el cargamente de sandeces — que sus autores llamaban chistes — con que estos la habían rellenado, emborrado, amazacotado hasta la plétora.

Todos, autores y cómicos, se apresuraron a ofrecer a don José su aciento; el del sillón frailengo de las agonías en escena.

—¡Aquí, maestro; aquí estará usted bien!... Nos presidirá usted. Este es su sitio.

—¡Maestro, por Dios, dígame usted algo!... Estoy rematadamente mal en esta obra! No me va el papel — dijo la primera actriz.

—¡Está ideal, maestro! Ya verá usted qué creación de Marujita — replicó uno de los cinco autores del esperpento.

—A Marujita le mata la modestia.

—Sí, sí; muy modesta — confirmó Altarriba, ocupando su asiento —; muy modesta y muy bonita. ¿Se puede saber, hija mía, como diablos te las arreglas para estar cada día más guapa?

—¡Huy, maestro, por Dios!... Pues ya lo sabe usted

....*Me lavo con agua clara*....

—Sí, y Dios pone lo demás... Dios, indulgente conservador, amparador y multiplicador de tanta hermosura...

—¡Qué amable!... Con el permiso de usted, maestro, ¿seguimos?

—No, no seguimos — interrumpió el maestro, porque hoy vengo dispuesto a daros un disgusto.

—¿Un disgusto?... ¿Qué pasa?

—Ahora vereis lo que pasa... ¿Donde está Moratilla?

—Estaba aquí hace nada; acaso esté en la administración.

—Pués hacerme el favor, hijos; que vayan a buscarlo.

—¡Como las balas don José! — exclamó el transpunte, y salió de estampía.

Moratilla era el empresario. Si el traspunte salió como una bala Moratilla — con todos sus brillantes, todos sus oros y algunas de sus copas — acudió como un rayo.

—¡Don José! — dijo, ofreciendo campechanamente a éste su mano —. ¡Usted me manda!... ¿Qué desea?...

—Deseo — comenzó el insigne autor a explicar — que nada de lo que ahora trascienda a la calle.

Paseó Moratilla su mirada de amo y de domador sobre todos aquellos forzados de la nómina, como si más que mirada fuese un rebenque, y afirmó silabeando:

—Por mí no ha de saberse nada; ab-so-lu-ta-men-te nada...

—¡No, no; ni por nostros!...

—¡Nada; nada!...

Y todos miraban ya a la puerta del escenario tanteando quien sería el primero en ganarla, para extender la nueva a todos los vientos de la rosa.

—Bien — asintió Altarriba —. Pues vengo aquí a declarar en el seno de mis amigos de siempre... ¡que he sido derrotado!

—¿Derrotado usted maestro?

—¡Derrotado; vencido!...

—¿Por quién?

—¡Por todos; por ti, marisabidilla Maruja; por usted, Peláez; por usted, Moratilla; por mis amigos,

Mujer, eres un sueño

Mujer, no eres sólo obra de Dios; los hombres te están creando eternamente con la hermosura de sus corazones, y sus ansias han vestido de gloria tu juventud.

Para ti labra el poeta su tela de oro imaginario; el pintor regala a tu forma, día tras día, nueva inmortalidad. Por adornarte, por vestirte, para hacerte más preciosa, el mar da sus perlas, la tierra su oro, su flor los jardines de estío.

Mujer, eres mitad mujer y mitad sueño.

RABINDRANATH TAGORE

por mis admiradores; por mi público..., por todos!

Don José pluralizaba el tú; pero rara vez, hablando con hombres, apeaba, en singular, el tratamiento.

—Sí — continuó —. Me han vencido todos y me habéis vencido todos. Me habéis hecho descender de mi torre de marfil — atalaya de observación la llamaba yo —; me habéis hecho romper mi voluntario silencio; me habéis hecho saltar de nuevo al palenque... ¡He claudicado!... ¡Me he rendido!... He vuelto mis viejos papeles, he cogido, al azar, un puñado de ellos...

—¡Don José!... ¡Don José! — exclamó el empresario, venteando algo importatísimo —. ¡Don José, que voy a creérmelo!... ¡Manos arriba, don José!... ¡Señores: don José nos trae una obra!...

Se armó un barullo ensordecedor.

—¡Eh, eh, quietos! — ordenó el insigne autor, como conteniendo un asalto que nadia había iniciado—. No os traigo una obra... Os traigo el primer acto de una obra, escrita mucho tiempo ha...

¡—Viva el maestro! — exclamó Marujilla.

—¡Viva! — contestaron todos.

—Sí, señores, sí; traigo el primer acto de una obra; mañana os traeré el segundo; pasado mañana, el tercero... ¡Esto no puede seguir así! ¡Se está muriendo el teatro; nuestro teatro; el teatro de nuestros amores! Me he resistido a todo: a ruegos, a súplicas, a insidias, a ironías, a burlas, a desprecios... Me he resistido a todo; me he colocado en la orilla del camino, brindando paso franco a esa inquieta juventud irreverente e iconoclasta; pero al contemplar su fracaso, al llegar el momento supremo del derrumbamiento de todo, al sonar la hora de la lucha, he roto mis cadenas y he acudido a luchar, a luchar de nuevo, como en los tiempos de mi juventud. ¡Aquí esta el viejo, el agotado, el impotente!... ¡Vamos a vernos las caras, señores míos!

—Maestro — dijo, en nombre de todos, uno de los cinco autores de la obra que se ensayaba —: admita usted el nuestro como primer homenaje. Desde este mismo momento queda retirada nuestra obra.

—¡De ninguna manera! — replicó Altarriba —. Su obra de ustedes, cuyos ensayos vengo siguiendo con amor, será la obra de la temporada, y se estrenará antes que la mía.

—Nos avergonzaríamos para toda la vida si permitiésemos cosa tal.

—Retirada, no, señores — intervino el empresario — Aplazada, nada más si les parece..

—Retirada — insistió el autor portavoz, sintiendo que las tripas se le hacían nudos —. Una obra de don José se hace doscientas noches de un tirón; de todo lo que queda de esta temporada y la que viene, entera.

—¡Eh, eh, pollo! — interrumpió Altarriba, con una sonrisa que pretendía ser de modestia, y era una llamarada de orgullo —. ¿Y si fracaso?

—Usted no puede fracasar, maestro. Sus fracasos según la crítica, han sido cien representaciones en la capital y quinientas en provincias... y usted, maestro, vencedor siempre, no querrá apabullarnos con su gloria. ¡Paso al genio!... Nos retiramos modestísimamente por el foso, por el foso, maestro; se abre el escotillón, nos traga, desaparecemos... ¡Maestro, salud! *¡Cesar imperator, ave!*... ¡Buenas tardes, señores! ¡Hasta que vengamos a rompernos las manos aplaudiendo a ustedes!...

* *

Como todo llega en este mundo llegó, también, la hora de las siete de la tarde del moroso mañana que Pedro Andrés creía enredado ya en los zarzales del tiempo. Y con puntualidad cronométrica, el autor inédito se presentó en casa del "insigne autor".

Elvira, al acecho del momento anunciado ya por el mozo, en una sucinta esquelita cuajada de interrogativas colitas de alacran, acudió a cambiar rápidas palabras con su novio.



—¡No tiene usted camisas de cuatro cincuenta? Pues el letrero del escaparate está bien claro: "Camisas desde cuatro cincuenta".

—Sí, señor; pero las de "desde" se nos han concluído.

¿Qué ocurre?... ¿Qué pasa?... ¿Sabes algo?... — le preguntó este, espiritado de ansiedad.

—¡Nada! — le contestó la damita —. ¡No sé nada! Papá está hecho un basilisco; no se le puede hablar... Anteayer se pasó la noche encerrado en su despacho, escribiendo; no cenó, no se acostó, parecía loco... No nos hemos atrevido a preguntarle nada...

—Pero el disgusto, el disgusto de que me habla... ¿en qué he podido disgustarle yo?... ¿Será por lo nuestro?...

—No, no; creo que no. De lo nuestro, oficialmente, no sabe nada; si ha vislumbrado algo, no se ha dado por advertido...

—Mamá, ¿qué dice?

—¡Ay, Dios; pobre mamá! Ya sabes que mamá aquí no pinta nada... Ante papá, se encoge, se achica, desaparece...

—¡Tengo miedo, Elvirín!

—Yo también, Pedro Andrés... Prométeme que lo oirás con calma, que no te enfadarás, que no le perderás el respeto, diga lo que diga...

—¡Eso nunca! ¡Es tu padre... y es el maestro!

—Lo perderíamos todo... Anda, vé, pasa. Te anunciará la chica.

—¡Piensa en mí, Elvirín mía!

—Rezaré por ti... Yo también estoy temblando... Anda, anda, vete...

Pedro Andrés, sin darse cuenta de cómo, se halló en presencia de Altarriba.

¡Cosa más extraña! Este lo recibió afable, afectuoso, casi risueño...

—Pase usted, pase usted, *endemoniado* — le dijo, dando un acento jovial al terrible adjetivo —. Venga usted acá... y siéntese.

—Perdóneme usted, maestro — contestó Pedro Andrés —; permítame permanecer de pie; no podría estar sentado... Tengo todos los nervios de punta hasta poder sincerarme con usted respecto al disgusto que, inconscientemente, como usted dice, le he ocasionado.

—¡Y que no ha sido flojo, amigo; que no ha sido flojo!... Pero — y acentuó la sonrisa — pienso devolvérselo a usted, según le anuncié...

—"Amortiguado con una alegría" — incidió Lope con zeta.

—Eso vendrá luego. ¡Pero siéntese usted, hombre de Dios, que no vamos a reñir!...

—¡Usted manda, maestro! — aceptó Pedro Andrés, desplomándose en una butaca, como si se tendiese en la mesa de operaciones. No podía más.

—¡Cuán ajeno está usted, amigo mío — comenzó el operador — de que usted, y solo usted, ha derribado, como un castillo de naipes, el alcázar roquero de mi resolución de no volver a estrenar!

—¿Yo?... Pero si esto fuese así, don José, debo felicitarme y hasta pedir albricias por ello...

—No seré yo quien se las dé... Me ha obligado usted a renunciar a mis planes; me ha forzado a lanzarme de nuevo a la arena del circo, a luchar con las fieras... ¡y con los hombres! (y paso el pleonasmo)... ¡Me ha impelido usted a volver al teatro!... ¡Este es mi profundo ni enorme disgusto!

—¿Disgusto por esto, don José? ¡Pues bienvenido sea ese disgusto y bendito yo que se lo procuro! ¡Volverá usted al teatro, que es lo mismo que decir que volverá usted a triunfar, a deslumbrarnos con su gloria, a subyugarnos con su arte!...

—Pero todo esto, que mi modestia no me permite aceptar como un hecho real, lo obtendré, si lo obtengo..., y agárrese usted, amigo mío, porque ahí va de rebote la pelota..., lo obtendré a expensas de usted.

¿De mí?

—De usted

—No lo entiendo, maestro.

—No tardará usted en explicárselo... Aquí tiene usted su obra que en mal hora leí, y que se ha vengado de mí en nombre de las innumerables que no quise leer nunca... ¡Esta obra, señor de Lopez, no puede representarse!

—¿Por mala?... ¿Por rematadamente mala, maestro?

—¡Por... — la sonrisa se convirtió en risa franca y cordial — por buena!... ¡Por demasiado buena! Y ésta es la dedada de miel, la buena noticia que ha de endulzar su disgusto.

—¡Maestro!... ¡Me desvanece usted!

—Dejémonos de rodeos y hablemos claro. Casi sin querer, automáticamente, se lo confieso a usted, porque ha llegado la hora de la verdad, comencé anteanoche a hojear su manuscrito. Tan distraído estaba, tan sin fe alguna lo hacía, que no me dí cuenta de que cada una de sus escenas, cada una de sus frases, casi cada una de sus palabras, eran alfileres que se incaban en mi corazón. El último de ellos, al final del primer acto, no fué alfilerazo ya; fué un mazazo que sentí descargarse sobre mi cabeza... Leí, leí ávidamente, continué leyendo, pasaban las escenas, pasaban los actos, pasó la obra... ¡y creí enloquecer!... No cené, no dormí, me pasé la noche revolviendo papeles — ya sabe usted que soy un poco desordenado — hasta que por fin di con lo que buscaba...

—¡Me asusta usted, maestro!...

¡No sé donde va usted a parar!

A orates, ya se lo he dicho... Entre mis viejos papeles, entre mis amados y más caros papeles, protetas vivas que conservaba yo para después de mi muerte, como póstumo sello y remache de mi gloria, estaba una comedia titulada *Río Arriba*...

—¿Qué?... ¡Acabe usted!...

—¡Que esta comedia, y juro a Dios que no miento, es la comedia de usted!

—¡Jesús!

—Su comedia de usted, amigo mío, que yo sé que nadie me ha robado, porque son contadísimos y cordialmente leales amigos los que la conocen, pero que si yo no llego a leer su *Menos uno*, de usted, a mi muerte, aparecería ser yo quien a usted se la hubiese robado. ¡Buen laurel para mi corona!... ¿Comprende usted ahora mi enorme disgusto?

—No, maestro; no lo comprendo aún. Usted es usted. El plagiario, el ladrón, habría sido yo... Pero

¿tan grandes son los puntos de contacto?

— Enormes, incomprensibles, inexplicables. Claro esta que no son dos gotas de agua una y otra comedia. Hay en una, mi soltura, hija de la práctica; hay en otra la premiosidad, hija de su timidez de usted, de su inexperiencia, de su sinceridad, de su falta de picardía. Pero esto aparte, la una es reflejo fiel de la otra... El problema el mismo.

—Bien, maestro; nada se ha perdido... aunque acaso yo lo haya perdido todo. Rompa usted mi obra; conserve usted la suya. Yo me considero suficientemente recompensado con la satisfacción inmensa de haberme acercado, acercado nada más a las sublimes concepciones de usted.

—No es posible, amigo mío. Hoy ha coincidido usted; mañana podría aceptar a hacerlo otro... ¡Es mi obra; la obra de mis amores!.. No debo enterrarla en vida.

—Creo lo que usted.

—Su obra, señor de Lopez, está aquí... La mía está en ensayo ya. Ayer mismo fué leída. No tardarás usted en verla en los carteles. Esto es todo. Pero no todo, en absoluto. Para descargo de mi conciencia, necesito saber que opina usted de mi conducta.

—Mi opinión, maestro, queda expresada suplicando a usted que me permita estrechar su mano.

—¡Con alma y vida!... ¡No esperaba menos de usted!

—¡Me ha quitado usted de encima un peso horrible!

—Y procuraré aligerarlo aún más, prometiéndole solemnemente que la primera obra que usted escriba, será estrenada.

—¡Maestro!

—Quien escribe *Menos uno*, tiene abiertas de par en par las puertas de todos los teatros.

—¡Por Dios, maestro!

—Se estrenará, repito; pero impongo una condición.

—Aceptada.

—Que no he de ser yo quien la lea. ¡No, no, no! ¡Esto sí que no! Cuando la tenga usted lista, los tres: ella, usted y yo, vamos al teatro que a usted más le agrade. ¡Leer, no! ¡Una, y no más!.... ¿Conformes?

—Usted manda.

—¿Contento?

—¡Radiante!... ¡Me hace usted el más feliz de los hombres! ¡Nunca, me hubiese atrevido a soñar tamaña felicidad!...

* *

Llegó la noche del estreno.

La prensa se había desatado en cábalas, en augurios, acerca de la nueva obra, cuyos ensayos se habían efectuado a puertas cerradas, con el mayor sigilo y el más extremado rigor. Nadie conocía nada de ella, fuera el título: *Río Arriba;* un título vulgar, anodino que apenas si dejaba vislumbrar otra idea que la ya tan manoseada de nadar contra la corriente. Algo acaso, de rebeldía, de oposición, sería ello. Las cábalas terminaban aquí. Eran pocos los datos ofrecidos para poder descifrar la inquietante charada. *¡Río arriba!* ¿Qué diablos había querido el viejo dramaturgo simbolizar con esto? Decíase que era una comedia de los buenos tiempos de Altarriba, obra que este no se había decidido a dar a la escena, por temor a la hostilidad que contra el viejo maestro se había desatado a raíz de sus últimos estrenos; y que ahora, de pronto, rompiendo el prolongado silencio, obedeciendo a causas desconocidas, había llevado al teatro.

Existía tan marcada división de opiniones en le público, que este formaba dos únicos bandos: el de los fanáticos y el de los iconoclastas. los cinco autores de marras eran quinientos ya, porque a ellos se habían agregados dos ceros que eran dos inmensos grupos de despechados, de fracasados, de imbéciles...

"Todo el público de las grandes solemnidades" —éste y el otro —, el que corre, sediento de arte, en busca de la roca viva que ha de alumbrar linfas claras, puras y frescas, llenaba, hasta abarrotarlo, el amplio coliseo. La expectación era inmensa.

En un palco platea estaba la familia de Altarriba, con sus amigas las de Antúnez. En una butaca cercana a éste, Pedro Andrés, con su corazón sano, horro de sospechas, henchido de admiración hacia el maestro y de amor para su hija.

Comenzó la representación.

Desde las primeras escenas, el ilustre autor se metió al público en el bolsillo. ¡Cómo deslumbraban los destellos de su genio, cómo se veían su poderoso, su ducho *savoir-faire*, su dominio de la escena, su maestría, sus recursos! Altarriba era el maestro de siempre. ¡Qué profundidad de conceptos, qué ironía en las frases, qué justeza en las palabras, qué sobriedad en la exposición del asunto y qué exactitud en el bosquejo de los personajes! El problema quedó rotundamente planteado al terminar el acto primero, y con ello comenzó la ovación a Altarriba. Una ovación calurosa, formidable, acogió la brillante pieza escénica. El público se rompía las manos aplaudiendo. El soplo de un siseo fué un vendaval que atizó el fuego del entusiasmo... El telón se levantó ocho o diez veces... "El autor — modestísimo — no se hallaba en el teatro".

Pedro Andrés, tampoco. Estaba allí, sí, su cuerpo, clavado, desplomado en su butaca; pero su espíritu vagaba conturbado por otras esferas, planos de confusión, de aturdimiento, de lucha...

¡Qué hermoso era todo aquello; todo aquello que acababa de escuchar embobado, absorto, conmovido; todo aquello que sonaba en sus oídos como una voz amiga, íntima, cordial, como su propia voz, una y cien veces escuchada... ¿Pero, por ventura, no era suyo todo aquéllo?... ¿No lo había pensado él; no lo había hablado él; no lo había escrito con las mismas o con parecidas palabras?... ¿No lo había engendrado su mente y concebido su cerebro y alumbrado su pluma?

¿Menos pulido, quizá? ¡Quizá menos pulido; pero también, y por ello mismo, más ingenuo, más puro, más claro, más natural, más vivo! Más al desnudo, si se quiere; en un desnudo casto, recio, vibrante, sin que los arrequives del ropaje artificioso velasen su augusta desnudez. Pero la estatua latía debajo de ellos; la estatua estaba allí, y era suya. ¡Suya!...

¿Cómo explicarse tamaña semejanza? ¿Cómo justificar tal cúmulo de coincidencias?... ¿De coincidencias? ¡De igualdades, de identidades, de calcos!....

En estas meditaciones, sin salir a fumar, sin moverse, sin dirigir una mirada al palco amigo, lo sorprendió el segundo acto, vigoroso, originalísimo, que fué celebrado con nuevas y con entusiasmo creciente. La obra de Altarriba era su obra cumbre. El más rotundo mentís a las insidiosas aserciones de agotamiento, de impontencia, de caducidad. La canción del cisne, acaso; pero no voznar áspero, sino canto dulcísimo de ruiseñor, aleteo de fénix que renace de sus propias cenizas...

Y continuaba la perplejidad y la insania de Pedro Andrés. Varias veces, tras una frase, tras un concepto, celebrados por él y por Elvira en dulces horas de comunión, antes que por los rumores de admiración del público, Pedro Andrés volvió los ojos preñados de interrogaciones, a través de la semioscuridad de la sala, en busca de los de su amada, llenos de asombro y velados por las lágrimas.

—¿Pero, tú ves esto, amor mío? —parecía decirle él a ella.

—¡Sí, amor de mi alma! — parecía contestarle ella a él.—¡Lo veo, lo oigo, lo conozco!... ¡Es tuyo!... ¡Es nuestro!...

El acto tercero fué la coronación áurea de la comedia, con su final, absolutamente inesperado, que era el "clou" de la obra. El final de la comedia y la explosión irreprimible ya del entusiasmo. Aplaudían, vociferaban, rugían los hombres, palmoteaban y agitaban sus pañuelos las damas, inclinadas sobre los antepechos de los palcos.

El nuevo Lope con zeta, desfallecido, con la cabeza inclinada sobre el pecho, ahogaba su dolor y recataba sus lágrimas.

Rotundamente, era una villanía aquello. Altarriba, el maestro admirado, el intangible, lo había robado como un rufián; le había robado su obra y su gloria y su porvenir y acaso su vida. ¡Oh!... ¡Y él, Pedro Andrés, era el autor de aquello, en cuyo honor se batían las manos, enronquecían las voces, rugían los pechos, brotaban los vítores y el palmoteo atronador de los aplausos, recorría la sala inmensa, los salientes palcos, las altas galerías, como un loco aletear de palomas en un vuelo de apoteosis!...

Una mano se apoyó discreta en su hombre, y otra le ofreció ostensiblemente un clavel, y, subrepticiamente, un papelito. Era la florista, ducha en menesteres tan útiles a la república.

Pero Andrés, casi inconsciente, leyó el billetito, rápidamente garrapateado con lápiz.

"Ven — decía — ahora mismo, ahora mismo. Necesito hablarte. —*E.*"

Pedro se puso en pie y miro al palco de su amada.

—"¡Ven ahora mismo, ahora

SENTENCIAS

El noble corcel no se inquieta por el ladrido de los perros.

La frugalidad es pobreza con buen nombre.

Peligroso es el enemigo que se esconde en nuestro pecho.

El que se detiene a medio camino, no se extravía por completo.

La fortuna es más útil al hombre que la prudencia.

Las dignidades crecen con más facilidad que empiezan.

La fortuna hace necios a los que favorece demasiado.

Bien hacen en perdonar al malvado para perdonar a un hombre de bien.

Hasta los que la infieren, odian la injuria.

La fortuna es como el vidrio: brillante, pero fragil.

Hasta sin ley se castiga la conciencia.

Débense al bienestar, los mismos sentimientos que le impulsaron a obrar.

El interés de los hombres es quien ha hecho diosa a la fortuna.

Profundo disgusto hace más hermosa la reconciliación.

La esperanza de la recompensa es el consuelo del trabajo.

PUBLIO SYRO

mismo!"—volvió a decirle ésta con los ojos.

Altarriba continuaba saliendo el proscenio otra y otra vez, solo, acompañado de los actores, nuevamente sólo, saludando conmovido, un tantico torpe, rendido por la emoción, extenuado.

La empresa, cuca, urdió ráp'damente una manifestación apoteósica. Surgieron antorchas y blandones que se estacionaron a la puerta del teatro, se requirió un coche, y sin preocuparse con nada que no fuese el glorioso autor, Altarriba, casi en hombros, fué llevado hasta el carruaje rodeado de ígneos penachos y conducido en triunfo hasta su casa, entre el ensordecedor estruendo de aclamaciones y de aplausos

El séquito iba engrosando—como un río—a medida que avanzaba, y al llegar a la calle en que vivía el genio, la humana riada taponó la estrecha vía, haciendo casi imposible el tránsito.

Corría la arroyada por las callejuelas transversales para avanzar rodeando y poder alcanzar la parte alta; asomábanse, alarmados, a los balcones, los vecinos; la calle entera fué sembrándose de reflejos de luces, que, desde el interior, alumbraban los aposentos; la noche adornó con luciérnagas su fosco manto y siguió rasgado su conticinio por los alaridos de la multitud.

Varias veces suplicó Altarriba a la docena de lapas que emborraban su coche, apoyados en los estribos, empinados en el pescante, encaramados en la capota del *landeau*:

—¡Por Dios señores, mi familia!... ¡Mi hija, mi mujer!

No le oían. No le escuchaban. En el mundo no existía, en aquellos instantes, más que el maestro.

—¡Viva Altarriba!...

—¡¡Vivaaa!!...

* *

Abriéndose paso a empujones, a codazos, nadando contra la corriente, Pedro Andrés consiguió llegar al palco de la familia de Altarriba. Elvira, con el abrigo puesto ya, lo esperaba a la puerta, mientras su madre, su hermano, sus amigos, puestos en pie, adelantando el cuerpo sobre el barandal, presenciaban las salidas a escena del maestro.

En cuanto Elvira vió a su novio, se dirigió a él, lo tomó del brazo y, concisamente, le dijo:

—¡Vámonos!

—¿Vámonos?—repitió el aturdido mozo, que no esperaba tal invitación.

—¡Sí; vámonos!—insistió ella —. ¡Vámonos de prisa a la calle!...

—¿Solos?

—Solos... Ven... Ya te explicaré.

Tiró de él, lo arrastró, salieron.

—Toma un coche, el primero que pase... ¡Ese!...

Fué ella la que se adelantó y se metió en él.

—¿A casa, verdad? — preguntó Pedro para dar órdenes al auriga.

—A casa, sí; pero no a la mía; a la tuya, a tu garzonera, a un hotel, a cualquier parte.

—¿Estás loca, Elvira?

—¡Sí, ya lo ves, estoy loca! ¡Pronto, obedece, a prisa!

Tira hacia donde quieras—dijo Pedro Andrés al cochero—; ya te avisaré.

Sonrió el hombre y arreó al jamelgo.

—¿Qué significa esto?—preguntó

jo hipócrita, a quien, de un zarpazo, había despojado ya de su toga, dejándolo vergonzosamente desnudo de toda consideración, de toda admiración, de todo respeto. Enlodado, envilecido, inmundo.

Al enterarse al público, que aun seguía en el teatro provocando y contando las salidas a escena del glorioso dramaturgo, al percatarse de la manifestación que en la calle se preparaba, apresuróse a salir, atropelladamente, dejando al ídolo por el nuevo espectáculo. La desbandada fué general, desordenada, impulsiva, cual si se tratase de un caso de incendio. Empujones, gritos, taponamiento de pasillos y de escaleras, confusión, alarma, inconsciencia. Se salía por salir, porque sí, porque salían los demás, porque salían todos. Vicente iba donde iba la gente. La vida no es más que esto.

En medio de la tremenda batahola, la señora de Altarriba se encontró sola en el hervidero humano, sin poder avanzar, ni menos retroceder, presa en el vórtice del arro-

rio, según dijo, y luego la ola de gente me separó de Elvira y de las de Antúnez... He venido sola.

—Bueno; pues solos vendrán ellos; no se perderán... Déjame, déjame ahora, que he de despedir a estos amigos.

Lo hicieron así entrambos. Ella se deslizó hacia el comedor; él fué librándose poco a poco del zumbador enjambre.

No uno tras uno, sino todos casi a la vez, salieron los contumaces, descendiendo por lo oscura escalera, sin alumbrado ya, por lo avanzado de la hora...

Río arriba se deslizó un golfillo preguntando por el señor Altarriba, a quien entregó un plieguecito encerrado en un sobre. Y, sin esperar siquiera la *propina*, desapareció. Bien aleccionado estaba.

Cuando, ¡por fin!, el insigne autor se vió sólo, se sorprendió al encontrarse entre manos con aquel plieguecillo que había aceptado casi inconscientemente. Lo abrió y leyó... Se quedó muerto.

"Papá"—decía la misiva—: No

MADRÁGORA

Gracia y luz, la visión de tus amores
no ha de morir jamás en mi memoria;
el dolor de tu ausencia que es eterno
mi frente agita como airada tromba
Por eso cuando canto,
—Errante acorde que en los aires llora—
entre el rumor de las templadas cuerdas
surge un gemido que al morir te nombra;
un gemido que es beso y es angustia
que es puñal y laurel, estrella y rosa;
astro que enciende en mi pasado un cielo,
y águila negra y torna
que hunde la garra en mis tronchados sueños
suspendida entre el luto de mis sombras.

PEDRO J. NAON

el desconcertado mozo a su novia.

—¡Esto significa—trituró Elvira temblando de indignación— que mi padre te ha robado tu gloria y que tú le vas a robar su honor!... ¡Estaréis en paz! Tú te entregaste a él; yo voy a entregarme a ti. Esta será tu venganza...

—¡Elvira, por Dios, piensa lo que dices, amor mío! Yo estoy vengado ya, porque ya he triunfado. Lo he perdonado todo...

—Yo, no; yo no perdonaré nunca. Soy lo suficientemente honrada y eres lo suficientemente caballero, para que esta farsa no se convierta en realidad...; pero lo será para él; quiero que lo sea para él... Devolverle todo el mal que te ha hecho... Llévame contigo donde sea... y ten presente que si me desdeñas tú, si no me quieres, si no me apoyas en esta ficción, me ofrezco de verdad al primer hombre que pase...

Tan resuelta, tan decidida a cometer cualquier desatino vió Pedro Andrés a su novia, que por calmar su exaltación, accedió a llevársela a su cuartito de soltero, en el que tenía instalado su estudio.

Casi, casi, tampoco le hacía el ascos al dulce placer de la venganza. Respetaría a Elvira, que era tanto como respetarse él mismo, ya que ella habría de ser su mujer; pero devolvería la puñalada al viellador maelstrom que, brizna liviana, amenazaba devorarla. Elvira

había desaparecido; el chico se había reunido con sus amigotes para celebrara en cabeza propia el triunajeno; las amigas del palco habían sido arrastradas por la vorágine, Dios sabía dónde: tal vez a dos pasos de ella; acaso a cien metros. Se encontró sola y aturdida, arrebatada por la multitud, se dejó llevar a su propia casa, como una unidad más de la entusiasmada muchedumbre.

Tuvo, para poder llegar a su domicilio, que esperar a que los exaltados se cansasen y a que la manifestación se disolviese. Cuando llegó a su piso, aun estaba Altarriba rodeado de admiradores que lo abrazaban, que lo achuchaban, que lo molían... Ella se acercó a abrazarlo, también, y a libertarlo de los asfixiantes anillos de aquella serpiente de cien cabezas. El efusivo abrazo y el casto beso de la feliz esposa, fueron coreados por una triple salva de aplausos y por una nueva explosión de ¡vivas!... Aquella noche había lauros para todos y para todo.

—¿Y los chicos, Pepe?—preguntó la señora.

—¿Qué se yo de los chicos?—contestó Altarriba desabridamente—. ¡Para chicos estoy yo esta noches!... ¿No estaban contigo?

—Sí; conmigo estaban; pero Pepito salió para ir a verte al escename esperes esta noche ni des un cuarto al pregonero. Soy mayor de

edad y sé lo que hago. Esta noche, donde nadie dará con nosotros, voy a entregar mi honra — tu honor— a Pedro Andrés, a quien tú has arrebatado su gloria esta noche. Y fíjate bien: no me casaré con él después de haber sido suya, mientras tú no le devuelvas lo que es suyo. Haz lo que debes. Ya sabes su casa.

"Tu avergonzada hija.— *Elvira*".

Sí, muerto; Altarriba quedó muerto.

Aun sonaba en la calle el bordoneo de los últimos curiosos; aun rasgaba el silencio, el alborotado ¡viva! de algún chusco; aun flameaban algunas antorchas en manos de golfillos sin hogar, que las habían recogido del suelo, ya casi agotadas.

¡Oh! ¡Cuán fúnebres alumbraban aquellos blandones la muerta honra de Altarriba, su fenecido orgullo, su caducada dignidad, su gloria también, su aureola de genio, asesinados por el vulnerario papelucho!...

Presentóse su esposa; lo vió lívido, convulso.

—¿Qué te pasa?—le preguntó.

—¡Nada, mujer; la emoción, el ajetreo, el cansancio!... Acostémosnos. Elvira ha enviado un recado diciendo que se queda en casa de las Antúnez...

—¡Claro!—contestó la ingenua señora—. Se habrá perdido...

—Sí, eso es—repitió Altarriba, lanzando un suspiro capaz de derrumbar un mundo—. ¡Se habrá perdido! ¡Esta noche, todos nos hemos perdido!...

Tras una noche horrenda, de insomnio, durante la cual Altarriba, salvando los serenos campos de la vejez, saltó a los helados yermos de la senectud, muy de madrugada, se levantó el insigne autor y escri-

bió una carta, que con la criada envió a su destino.

Después, cual si con el acto aquél se hubiese roto el dique de todas sus energías, se acodó sobre la mesa, apoyó la cabeza en las manos y prorrumpió en sollozos, deshaciéndose en lágrimas.

Altariba—¡dolor de dolores!—lloraba por Altarriba.

Lloraba por él; no por su honra, no por su hija; lloraba por él, ante su propio cadáver, por él, que con una plumada acababa de suicidarse, de borrarse, de desaparecer. ¡Ay! ¡Y de desaparecer vilipendiado, enfangado, envilecido!

Su hija...— fuérase al diablo su hija!—, su honra, su honra de hombre, de padre, de caballero... ¡Antiguallas despreciales, impregnadas de vulgaridad!... ¡Pero su gloria, su nombre, su fama!...; ¡La aureola de toda su vida!... ¡La pública, la clamorosa consagración de la noche anterior!... ¡Oh! ¡Perder esto, todo esto, era más que perder todas las honras y todas las vidas del mundo!...

Y de esto, precisamente de esto, era de lo que se acababa de despojar con la carta recién escrita... Carta, no obstante; de truhán, de fulero, naipe marcado, con el que aún esperaba ganar la última jugada.

¡Ganar la suprema partida!... Esto era lo interesante... Lo demás, incluso la vida misma, no le importaba nada...

No transcurrieron muchas horas.

Elvira y Pedro se presentaron en casa de Altarriba. Este hizo pasar a entrambos a su despacho y en él se encerró con ellos.

Vil otra vez, vil una vez más. el glorioso dramaturgo se arrodilló a los pies del expoliado, y temblando como un cobarde, imploró:

—¡Perdóneme usted, Pedro Andrés! Perdóneme uster... He pecado, lo he traicionado a usted... No puede resistir a la tentación y he cometido con usted llanías, la que ahora se revuelve una villanía, la más baja de las vicontra mí y me hiera y me mata... Suya es mi honra; mi vida es de honras y mil vidas que tuviese. ¡Déjeme usted morir en lo alto de usted; nada más puedo ofrecerle a cambio de su perdón... ¡Pero, por Dios, respete usted mi nombre, mi gloria no me despoje usted de ella! Yo no soy yo, este andrajo inmundo que ahora se arrastra a sus pies; yo soy Altarriba, el maestro Altarriba, ante cuya fama yo mismo me humillo, y por la que daría mil mi pedestal! ¡No me arroje usted de él!... ¡Algún día sabrá usted que no hay honra, que no hay vida, que puedan pagar esto!...

Elvira sollozaba en un rincón. Pedro Andrés conmovido, amargado por las propias hieles del viejo, contestó magnánimo, obligándolo a alzarse:

—Levántese usted.. Le devuelvo su honra y su gloria. Su honra está aquí, inmaculada. Aquí está Elvira. Ni mis ojos han atentado contra ella. Pura la recibí, pura se la entrego y pura se la demando para hacerla mi esposa... Su gloria, hela aquí, maestro, en este papal que hago trizas así, así, y que arrojo al viento.

—¡Pedro Andrés! — exclamó Altarriba verdaderamente conmovido ante la magnanimidad de su víctima...

El mozo desgarró, en efecto, la carta escrita por el insigne autor, hasta hacerla trozos menudísimos.

Altarriba suspiró satisfecho. Había ganado la partida.

—Yo—continuó el mozo—estoy ría; me consagró el público con sus glándome con los óleos de su glomismo al señalarme por suyo, unconsagrado ya; me consagró usted aplausos, que usted recogió para mí. Cuando usted se inclinaba desde el proscenio, era yo quien agradecía; yo quien me sentía aclamado, aureolado por el nimbo del triunfo... ¡Gracias, maestro!... Y si usted me lo permite, ¡gracias padre!...

* *

Una hora después, Altarriba, asido a la fimbria del manto de la gloria, que huía, que se le escapaba, salió de casa.

El no era él—parafraseamos sus palabras—; él no era Altarriba, el maestro insigne... qué se erguía en lo sumo de su pedestal; él era un calandrajo inmundo al que el viento iba barriendo por la calle...

Caminaba sin ver, sin oír, sin rumbo...

Y, entonces, se le echó encima el auto.

El *claxón* lanzó un ladrido, un alarido la bocina, el hombre un grito y el chófer, tras una rotunda blasfemia de doble ancho, la siguiente rociada:

—¡Maldita sea la leche de almendras!... ¡Lo planché!...

* *

Los grandes diarios de la mañana pregonaban en gruesos caracteres:

"¡EL MAESTRO ALTARRIBA HA CONQUISTADO LA INMORTALIDAD!"

—¡Qué tortícolis tienes!
—Sí; lo agarré en Italia.
—¡Algún aire?
—No; pintando la torre de pisa:

Tres nuevos libros de Hector Pedro Blomberg

El exquisito poeta ha ordenado una serie de libros de lectura de 3o. a 6o. grados, por encargo especial de la casa editora Angel Estrada y Cía. Al encomendar una labor tan delicada como la expuesta, la casa Estrada ha seguido la línea trazada por su fundador, esto es, la de difundir exclusivamente el libro de enseñanza argentino. Y en estos nuevos libros, llamados a orientar dentro de la enseñanza primaria, Héctor Pedro Blomberg ha creado un método propio.

Además resalta desde el principio, en estas obras, el estilo bello y cautivador que imprime un sello propio a todas las producciones de su autor. "Pensamiento", libro para tercer grado, "El Sembrador" para cuarta y "El Surco", correspondiente al quinto y sexto, son textos en los que Blomberg ha puesto todo su entusiasmo de escritor y todo su corazón de argentino.

En estos libros, Blomberg evoca asuntos gratos a los espíritus lectores. Narraciones sencillas, leyendas ejemplares, todas ellas encerrando un fondo moral elevadísimo, significan la realización más amplia de una empresa patriótica y justa. 'En todas las concepciones de la vida — se ha escrito acerca de estas obras — la imaginación desempeña una actuación importantísima. Los años juveniles son de ilusión y fantasía deslumbrantes. Nada más interesante para el niño y aun para el hombre, que las narraciones reales o ficticias, en que el lector se pone en lugar del personaje y realiza las hazañas del héroe y vive la vida de las cosas grandes, útiles y bellas. Por esto en los libros mencionados, abundan los relatos novelescos. El conjunto armónico y bello que constituye cada uno de estos libros, ha de influir poderosamente en la educación de los niños argentinos, la poesía, histórica y descriptiva tiene un lugar preferente en todos ellos".

Nada más justo. Ahora justo es también que alabemos la obra que se ha impuesto la casa Estrada y Cía. Netamente argentina, por tradición, por hechos y por generosidad, es la única casa editora que se dedica exclusivamente a la edición y difusión de libros didácticos puramente nacionales. Y de la importancia de sus ediciones, nos da una prueba decisiva la "Geografía de América" del profesor señor Jorge A. Boero, editada recientemente. Esta edición llena una necesidad sentida en nuestros círculos escolares, se ajusta al nuevo plan de estudios, resultando excelente por el acopio de datos, plan pedagógico que desarrolla, haciendo de ella una obra didáctica muy recomendable. Las impresiones de la casa Angel Estrada son irreprochables.

Exposición médica

En Budapest se ha inaugurado una Exposición llamada "La protección del hombre", comprendiendo todo lo relativo a la prolongación de la vida humana y tomándose prestado para ello, el material de la Exposición de Dresde, llamada "El hombre". Entre las instalaciones más notables figuran colecciones de numismática médica, antiguos vasos farmacéuticos, piezas embriológicas, teratomas, modelos viscerales, aparatos fisiológicos, tumores, cálculos, cultivos bacterianos, bacterias, larvas, hongos y plantas venenosas, proyectiles, instrumentos empleados por suicidas, roentgenogramas, instrumentos obstétricos, cuerpos extraños, cortes cerebrales, panaceas, parásitos e insectos, heridas, colecistogramas, instrumental de urgencia, estatuas humanas. En un pabellón aparte, los sanatorios enseñan la labor practicada en pro de los tuberculosos indigentes, y en otro se exhibe la campaña antivenérea, así como la antialcohólica. En una sección se exhibe la evolución humana, desde la concepción al nacimiento; en otro grupo, el desarrollo de la criatura en los primeros tres meses. El ministerio de Asistencia pública ha instalado fotografías y roentegenogramas de miembros artificiales y el Museo Criminológico exhibe los instrumentos empleados en la campaña contra los criminales.

Campanas del "Socorro"

Las campanas de tu barrio,
"qué melancólicas suenan".
Yo las oigo cuando paso,
y su tañido me apena.

Ellas parecen decirme
en su lúgubre sonido:
—olvídala pobre iluso,
que ella nunca te ha querido.

"Oh campanas de tu barrio"
"como es triste su tañido"

Alter-Ego..

Hongos que matan insectos

Si nos fijamos en las edades geológicas pasadas, veremos que muchas especies de animales y plantas de aquellas épocas han dejado de existir. En muchos casos, en las mayoría de ellos, probablemente el exterminio de animales grandes y pequeños, de árboles helados, etc., diferentes de los que hoy conocemos, como sabemos por sus fósiles fué causado por hundimientos de grandes masas de terreno, por avalanchas de glaciares y por repentinos cambios de clima.

En otros casos, la enfermedad fué la causa de su destrucción, por el repentino ataque de gérmenes para cuya defensa no estaban preparados.

Ejemplos de éstos los encontraremos en la vida animal de hoy. Ciertas aves marinas han desaparecido repentinamente en lejanas islas y se han encontrado muertas o moribundas en aquellas localidades.

La desaparición de gran cantidad de leones en algunas altiplanicies del Atlas, se debe a la tisis contraída por esos animales al respirar aire cargado con partículas de arena, y a una enfermedad intestinal se debe la desaparición de una especie de ardilla, hace quince años en varios estados orientales de la gran república norteamericana, y dolencias análogas han casi extinguido varias aves acuáticas sobre todo ánades de los estado del Oeste.

Es curioso notar la abundancia de ciertas especies de animales y la escasez de otros. Esto lo observaron hace tiempo los naturalistas americanos al estudiar la pega reborda y la paloma torcaz. A la primera no se le conocen enemigos, es agresiva, anida en lugares escondidos, pare cinco o seis huevos y sin embargo es tan rara, que su aparición es un acontecimiento. La torcaz tiene numerosos enemigos diurnos y nocturnos, pone un sólo huevo o dos como máximun, anida en lugares conocidos a pesar de todo son tan abundantes que se cuentan por cientos de miles.

Lo mismo ocurre con las aves de rapiña, los mamíferos y las aves granívoras, que son la presa obligada de tantos animales. Las pequeñas aves de rapiña son escasas, las alondras abundantes. ¿Por qué? y ¿por qué la comadreja es rara en América y la ardilla roja se encuentra en el menor bosquecillo?

Pocos datos tenemos para contestar a estas preguntas, pero es indudable que los parásitos y hongos que destruyen tantas plantas son causa de muchas enfermedades entre los animales, sobre todo entre los insectos.

Es muy corriente ver a principios de otoño moscas caseras muertas, adheridas a los cristales o a las paredes, con el abdomen hinchado, transparentes o de color blaquecino. Esto es debido a dos clases de hongos; uno incoloro y diminuto, y el otro de forma de estrella de color blanco con microscópicas manchas obscuras. Otros tienen apariencia filamentosa, y atacan a otras variedades de moscas que no pertenecen a las caseras.

Los saltamontes, grillos, ciertos escarabajos, las avispas, abejas, hormigas y muchos lepidópteros, sufren los ataques de hongos, parecidos a los que atacan a las moscas. Un estudio microscópico ha demostrado que hay tantas variedades de hongos mortíferos como especies de insectos atacados.

El saltamontes de Caronita es una de las víctimas más frecuentes de los hongos, y es corriente en aquel país ver a aquéllos y a sus orugas sujetados fuertemente entre las hojas de una planta por hongos filamentosos. El cuerpo aparece seco, semitransparente; los ojos han perdido su brillo y aparecen de un blanco lechoso.

Uno de los efectos más curiosos de enfermedad que ataca a varias especies, es el hongo decapitador de hormigas.

Un naturalista tuvo oportunidad de estudiar dos epidemias de esta índole. Una fué en una colocia de hormigas negras, que había establecido su hormiguero al pie de una barrera de madera medio podrida. Fuera del hormiguero había una media docena de hormigas decapitadas. En el interior la destrucción era total.

La otra colonia era de grandes hormigas negras, establecidas al pie del tronoco de una encina. Era una colonia de numerosos individuos, y en sólo tres días aparecieron decapitados. Muchos, sin embargo, huyeron al darse cuenta de la terrible epidemia.

El efecto de hongo decapitador es de los mismos se veían en el protocuriosísimo. La cabeza de la víctima se separa del cuerpo con violencia y sólo queda unida a éste por las fibras musculares y el esófago que une estos anillos. En la base de las cabezas decapitadas se veía una pequeñísima mancha blanca, cuya acción había arrancado la cabeza del tórax y la había arrojado a distancia del resto del cuerpo. De las bocas salían también hongos de la misma especie y restos tórax y en los dos pares de patas anteriores.

He aquí tragedias tan terribles, tan catastróficas como la peste negra que visitó los imperios europeos y el oriente en la Edad Media. Las antiguas civilizaciones, los pueblos antiguos fueron aniquilados más que por las guerras, por estas horrorosas epidemias. Los incas, los mayas, desaparecieron, no bajo las armas de los españoles, sino por gérmenes de nuevas dolencias propias de nuevas civilizaciones.

Estas terribles epidemias entre las hormigas nos causan admiración; pero no lástima. No hay animal tan bien organizado para la destrucción como la hormiga. Su esfuerzo cooperativo acaba con los productos del trabajo paciente del hombre.

Las abejas son igualmente víctimas de esta clase de enfermedades. Las avispas, los moscardones están amenazados constantemente por los terribles hongos.

Es curioso ver año tras año esos panales que parecen de cartón, construídos por el abejarrón en constante actividad, y de repente ver que no queda un individuo en todos los panales de la vecindad. Y esto ocurre en los que están colocados en lugares que parecen inaccesibles a toda clase de enemigos, a veces protegidos por obras de mampostería o cemento, en lo alto de una escalera, etc., etc.

¿Serán como su prima la abeja, víctimas de la polilla de los panales?

Es casi seguro que las musarañas y otras alimañas no pueden aniquilar cientos miles de estos insectos de picadura tan dolorosa, y se sabe que no se acercan a esta clase de panales.

No; la desaparición de aquellos insectos es obra de pocos minutos en los cuales un hongo ha taladrado todas las cerdas pergaminasas del mal llamado panal y ha infectado la colonia.

El león y el ratón

Cierto león, harto de carne, yacía durmiendo bajo un árbol frondoso. Algunos ratones que treparon casualmente por su cuerpo, hubieron de despertarle, y en animal, echando la garra, atrapó a uno de los más atrevidos. Al verse el ratonzuelo en poder del rey de los bosques, pidióle gracia con frases tan patéticas y ofrecióle tal género de servicios, que el león, sonriendo, le perdonó la vida. Algún tiempo después, cayó la fiera en las redes de unos cazadores, y como no podía salir, a pesar de su inmenso poder, atronaba la selva con sus rugidos. El ratón perdonado, que vagaba por las cercanías, acudió al punto; royó con sus agudos dientes las mallas de la red y salvó de una muerte segura al monarca.

Esta vez no se dice que se riera el león.

Anuario de "LA RAZON" Año 1927

Ha llegado a nuestra mesa el Anuario del diario "La Razón" correspondiente a este año. Como en números anteriores, el volúmen que tenemos a la vista acusa una vez más la extraordinaria obra realizada por nuestro colega. Cuenta el anuario con importantísimas secciones destinadas a reseñar las actividades desarrolladas en al año 1926, en nuestro país y el extranjero.

"La Razón" no ha escatimado esfuerzos en la confección de este volúmen, que, lujosamente presentado significa una obra de consulta que no debe faltar en la biblioteca de los estudiosos.

CAMPERA

Los que en el alma tienen
Sed de exotismo,
que gocen los placeres
de la ciudad,
que yo idolatro el aire
de las cuchillas,
mi mate, mi chinito
y el arazá.

Llevada por mi overo
de madrugada,
palpita de honda dicha
mi corazón...
Recorriendo los montes
y la llanura,
soy la dueña y señora
de la extensión.

No ambiciono riquezas
mal adquiridas
ni me entusiasman el lujo,
la vanidad:
Soy feliz en mi rancho
de paja y barro
con cortinas de hiedra
y burucuyá.

Vivan otros contentos
en sus palacios
con las costumbres, rancias
de sociedad,
que yo sola en el campo
con mis calandrias,
vivo alegre cantando
mi libertad!

MARIA TERESA C. DE SAENZ.

La difusión del libro argentino

Una visita a la Agencia General de Librería y Publicaciones.-

A fin de lograr una impresión precisa del desenvolvimiento del libro nacional, realizamos una visita a la Agencia General de Librería y Publicaciones, una de nuestras más importantes casas editoriales, que tiene su sede social en París y cuenta con casas filiales en los más importantes centros de población del mundo.

La Agencia General cuenta entre varias secciones (literatura francesa, americana, española, revistas ilustradas de todos los países) una dedicada exclusivamente al libro argentino. Administra obras de nuestros más destacados novelistas, poetas y ensayistas, alcanzando algunas de ellas tirajes extraordinarios. En el año próximo pasado se destacaron dentro de los autores administrados por la Agencia, G. Martínez Zuviría (Hugo Wast), Monseñor Dionisio R. Napal, Carlos Reyles y Manuel Galvez.
2 año 1926—nos informa el Gerente
en prosa; en cambio, en los úl-
"Durante los primeros meses del
en cantidad de títulos a las obras
— los libros de versos superaron
timos meses del citado año y a
principios del presente, la novela se ha impuesto en el porcentaje de producción en forma decisiva".
to que adquiere, año a año, e li-
Es digno de notarse el incremen-
bro nacional. En el concepto del público va ganando terreno en forma evidente y halagadora. Y no sólo nuestro libro tiene salida dentro de los límites del país, sino que es solicitado de todos los países de habla española. En los estados de Centro América la Agencia tiene un servicio de representantes que abarca todas las poblaciones de importancia. En nuestra República, el libro es distribuído, no solo en las provincias, sino en los puntos más apartados de los Territorios Nacionales.

El servicio de novedades es otro renglón en el servicio que la Agencia fija toda su atención. Se trata de la introducción al país de todas las novedades europeas. Cualquier libro aun los de autores primerizos, son importados por la Agencia para su conocimiento entre nosotros. Cuando se trata de un autor conocido, la introducción se realiza en grandes cantidades.

Ya en posesión de estos datos, pasamos a recorrer las distintas dependencias de la casa, comprobando a primera vista, que en las distintas secciones que la componen, hay una existencia actual de más de tres millones de volúmenes.

La sección publicidad, atendida por personal técnico, cuenta con valiosos recursos artísticos y mecánicos.

Por la rígida y sólida organización que rige sus destinos, la Agencia General es, dentro de sus similares, una institución modelo.

E. M. de O.




La canonesa

—Os idolatro, marquesa,
de mi alma hicisteis presa:
ya sólo vuestra será.
¿Y vos?
—No sé qué dirá
mi tía la canonesa!

—¿De obediencia sois modelo;
más vos, decid, vos, me amáis?
¡Oh sí! ya que me dejáis
mirar, mirándoos, el cielo.

¡No me retardéis, pues esa
blanca mano, reina mía!
—¿Y si no place a mi tía
la canonesa?

—Le placerá, vive Dios!
...y perdonadme, Clarisa,
si he jurado de esta guisa
estando cerca de vos...
Más ¡ay! que mi alma os ansía
y vos os mofáis así...
—Yo os amara; ¿pero y
la canonesa mi tía?

—¡Ingrata! y aún apura
de su sarcasmo el rigor,
y ni la entibia mi amor
ni la mueve mi ternura!
Pues bien, muera yo y que aquí
termine ya mi agonía...

—No, no hagáis tal, por mi tía
la canonesa... (¡y por mí!)

AMADO NERVO




IR POR LANA...

Por Cleofé Pereyra de Goicoa

Para los señores psicólogos

El once de junio del pasado año era, como todos los demás mi cumpleaños. Día frío, feo y de aspecto invernal.

Esa mañana, toshrdlushrdlushrs y amigas me había saludado; desde temprano atendía yo personalmente el teléfono. Casi todas ellas, me prometieron venir a la tarde a tomar el te en mi compañía.

A las 16, cuando ya había dejado la mesa del comedor lista para recibirlas; cubierta de flores, pastelillos y golosinas de toda clase, e iba a retirarme a la planta alta de mi casa, para vestirme, oigo sonar de nuevo el timbre del teléfono. Tomo el tubo, y cual no sería mi asombro al oir la voz de un caballero, que me felicitaba por mi día.

Le di las gracias por la atención, y aunque avergonzada, le manifesté que no recordaba quien era él, pues entre mis amigos, no tenía ninguno que se apellidara Uranga, como dijo llamarse. ¿Quién podía ser?

—Haga memoria y recordará quién soy — repuso.

Ocurrióseme que sería una broma de alguna amiga y le seguí la corriente, agradecí su fineza y traté de cortar la comunicación.

Por la tarde, me libré muy bien de decir una palabra de lo ocurrido a mis visitas, creyendo que este era el mejor medio para descubrir al chistoso; pero, nada pude averiguar.

A los pocos días de esto, Uranga vuelve a hablar conmigo.

¡Ya esto no me estaba gustando! Pero la curiosidad por saber algo más de él, me impidió cortar, y seguí conversando para ver que deseaba. Díjome que el primer día que me habló, fué por casualidad; estaban ligadas las líneas, y oyó mi conversación con una amiga. y que habiendo simpatizado tanto con mi metal de voz, llamó luego para tener un rato de sociedad conmigo.

Esto me resultaba una aventura de lo más divertida, él sólo sabía mi nombre, Elba, y así me llamaba, sin duda me había confundido con *una cualquiera*.

Confieso que me hice la interesada en su charla, para saber lo que me decía. Siempre había tenido curiosidad por descubrir cómo tratan los hombres a ciertas mujeres, y qué le dicen... para que caigan como moscas... ¿ la miel?... ¡No! No siempre van las moscas tras la miel... pero en fin, es un decir; y ahora que se me brindaba la ocasión, no la iba a desperdiciar, desde luego. ¿Qué mal había en ello? ¡No me iba a comer a través del tubo! Según me dijo, estaba convaleciente de una operación de apendicitis, y no pudiendo salir de su casa se divertía hablando con las personas conocidas, (o no), por teléfono. Me pidió permiso para hablar un ratito todos los días, permiso que le fué otorgado, y así llegué a saber su vida y milagros: que era escritor, que tenía la edad de Cristo crucificado, 33 años, que era muy desdichado, soltero, y huérfano de amor, etcétera.

Supuse que en toda esta charla él me mentía y yo por no ser menos, hice lo mismo. Dije de mi persona todo lo que parecía que pudiera agradarle. El me halagaba el oído con mil "merengadas", preparando la celada, hasta que un día, la cosa subió a punto de caramelo. ¡Me pidió conocerme. dándome una cita!

Inmediatamente se me ocurrió hacerle una de las mías. Acepté gustosa su invitación de tomar el te en "El Molino". Ya estaba sano y podía salir. Como es de suponer, me pidió fuera sola| Al preguntarme como iría vestida, y mis señas para poderme distinguir, inventé unas. El iría de sobretodo gris claro y llevaría en el bolsillo exterior un pañuelito del color que más me agradara. Fingí que pensaba, y haciéndome la turbada, suspiré *bien hondo* y repuse:

—¡Ay! mi color predilecto es el *bleu*. Aceptó quedando de acuerdo para el día siguiente a las 17.

Apenas colgó el tubo, llamé a lo de mis primas y luego a una íntima amiga, y nos reunimos a combinar un plan.

Después de no pocas cavilaciones y jarana, resolvimos ir hasta la puerta de la confitería en un auto cerrado, sitio donde él me aguardaría, y desde allí esperar los acontecimientos.

* *

A la hora fijada se paraba nuestro auto frente la portada del establecimiento. Ya estaba allí Uranga mirando hacia todos lados, con su vista perdida en la lejanía, sin ver lo que tenía bajo sus ojos. ¡Qué había de pensar el pobrecito, que éramos nosotras, las de la broma cuatro mujeres casadas!... y no tan pollas.

Estaba vestido tal cual me lo había prometido, sin faltarle un solo detalle, hasta el pañuelito "bleu" en el bolsillo; no me había engañado, en seguida lo reconocí era el gran escritor, el autor de "Psicología de la Mujer" ¡Pero qué tonto! ¿Cómo pudo creer en mi palabra? ¿Y para esto se había pelado las pestañas estudiándonos? ¡Ay, vanidoso!... Según su decir, conocía a la mujer, más que a sus manos. ¡Qué insignificante nos pareció por haberme hecho caso! porque a nosotras, las mujeres, nos gusta ser gobernadas y aparentar que nos ponemos los pantalones. ¡Oh, qué fastidio! yo que estaba tan encantada con su libro, y creía que conocía tan bien al bello sexo... y verlo allí, sumiso, dominado por la voluntad de una desconocida, como cualquier hombre vulgar, obedeciendo a un capricho, o pasión, pasajeros... ¡Estúpido!

Lo observamos un largo rato; luego se me ocurrió bajar del coche a comprar caramelos; teníamos la boca seca de tanto reir. Entré en la confitería rozándome con "mi amigo", mientras, mis compañeras observaban desde el auto mis maniobras.

Efectué la compra y salí, parándome en el umbral al lado de Uranga, hice caer el cartucho a mis pies soltando una exclamación de pena. El se agachó para recojerlo, nerviosamente, mirando a todas las mujeres que pasaban a nuestro lado.

—¡Oh! qué lástima, caballero — dije— pruebe qué exquisitos son; y antes de que él pudiera tener tiempo de protestar, le introduje en su boca, tres o cuatro caramelos, lo saludé, trepé en el taxi y desaparecimos de allí muertas de risa!

* *

A las 21 de ese mismo día, tuve con Urange el siguiente diálogo telefónico.

—¡Hola!... ¿con Elba?... ¿me perdona el no haber podido asistir a la cita? me descompuse al tiempo de salir ¡estoy tan débil aún!

—Verdaderamente lamento mucho su falta de palabra y estoy muy enfadada con usted; pero si la causa ha sido su estado de salud, está perdonado. ¿Cómo se encuentra ahora; está mejor?

—¡Oh, pero cómo! ¿Entónces usted fué?... ¿a qué hora?

—¿Y cómo no había de ir?... ¡Vaya una pregunta tan extraña la suya! Por cierto que me divertí muchísimo, viendo a un *papanatas* que estaba en la puerta con un pañuelito *celeste* en el gabán, y si yo no lo supiera a usted tan "chic" e inteligente, créame que lo hubiera confundido con él, por su vestimenta, pero le faltaba porte, además parecía nervioso, se veía en él un hombre sin fibra de escritor y hasta poco avezado en asuntos de amor...

—¿Se puede saber, qué fué lo que le causó tanta alegría?

—Figúrese que a una señora se le cayó un paquete de caramelos, él se lo recogió, y ella, en agradecimiento, le llenó la boca de golosinas, como quien alimenta a un pavo con nueces, para cebarlo... ¡Já! ¡Já! le aseguro que me costeó la tarde.

—¡Oh!... ¡oh!... no sea usted cruel... ¡si ese era yo!

—Ya lo sé..., *señor psicólogo*...

Vida social

En un baile aristocrático se presentó un provinciano, pariente de la familia que ofrecía la fiesta y al pedirle el portero la invitación contestóle:

—No la traigo.

—Pues, entonces, no puede pasar; por lo menos deme su nombre.

—¡No hay necesidad!

—Vea señor, haga el favor de retirarse; su nombre es obligatorio.

—¡Já! ¡já! qué Obligatorio ni Obligatorio, te crees que porque estás en la capital lo sabes todo. Para que veas, yo no me llamo así, sino, Benito Cárdenas.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18 — Sábados: de 9 a 12 — U. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el Interior		En el exterior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre $ oro	2.00
Semestre	5.00	Semestre	6.00	Semestre	4.00
Año	9.00	Año	11.00	Año	8.00
N.° suelto	20 cts.	N.° suelto	25 cts.		
N.° atrasado	40	N.° atrasado	50		

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

PAPEL Y TINTA

«Inquisiciónes acerca de Rosas y su época», por Ramón de Castro Esteves

Mucho se ha escrito, acerca del tirano Juan Manuel Rosas y su época. Los historiadores han querido profundizar la vida del restaurador, el desenvolvimiento de su dictadura, ya aplaudiéndolo unos, juzgándolo como un mal necesario en aquella época nefasta, ya anatematizándolo otros, y en casi todas las obras siempre se ha traslucido el apasionamiento, y no se ha hecho un análisis meticuloso inexacto de aquella figura que aún surge de nuestra historia, sin gloria ni laureles y es como un punto indeciso en el presente.

La obra de Quesada es convincente y, juzga que el tirano fué una imprescindible necesidad en aquellos días en que la moral de nuestros pueblos estaba en evolución, y España y otros, afirman lo contrario. El señor de Castro Estévez, con su pluma varonil y fuerte, despojándose de todo apasionamiento, tiene deducciones acertadas en su último libro que ha dado recientemente a la publicidad.

Critica altamente el destino que dió aquel gobierno nefasto al país, y sus manifestaciones, tienen el reflejo de un gran conocimiento de aquella época, de un estudio profundo y observado.

No es el libro del señor Castro Esteves, como muchos escritos sobre la actuación de Rosas, un libro apresurado y ávido de un vago apasionamiento. Su espíritu compenetrato de lo que va a exponer anatematiza y aplaude, y esto es por ende el mérito de este volúmen. No está en decir que Rosas fué un malvado y que su masorca secundaba sus bajos instintos, el valor estaba en convencer con argumentos, con ejemplos y con un pensamiento claro y luminoso.

De todas las obras que se han escrito sobre Juan Manuel de Rosas, desde aquella célebre del Dr. Saldías, hasta las últimas del presente, la del Sr. Castro Esteves, a nuestro juicio es una de las más interesantes. Si bien es cierto, mucho falta para aclarar la verdad de aquellos días de luto y dolor, y se está distante aún, para que se llegue al verdadero fondo del alma del tirano. Castro Esteves es uno de los escritores que más se acerca a la verdad con la certeza de sus convicciones y lo golmura de su estilo.

En efecto, su libro, es uno de los más interesantes, escritos hasta ahora.

V.

«Irresponsable», novela argentina por Manuel T. Podestá, Editorial Minerva.

Después de las cuatro novelas de Cambaceres, toca ahora el turno a "Irresponsable", del doctor Manuel T. Podestá. La editorial Minerva continúa así la tarea de reeditar los primeros ensayos de novela que se hicieron en nuestro país.

Como Cambaceres, como Lucio López, Podestá fué un novelista de ocasión. Queremos decir que esa actividad literaria, especialmente en los dos últimos, fué sólo un paréntesis abierto en sus habituales ocupaciones. Que así eran de dignos los ocios de aquella gente.

"Irresponsable" es la primera obra literaria de Podestá, pues su producción científica anterior, era ya copiosa. Escribió después "Alma de niña", "Daniel y Delfina", que acaso la superaron en corrección formal y en habilidad de composición. "Irresponsable", en cambio", tiene sobre estas el mérito de la espontaneidad de algunas páginas y el colorido, no alcanzado después, de algunas escenas vividas, sin duda por el autor.

El cuadro de los exámenes en el Colegio Nacional, el de la calle Florida, en la hora crepuscular de su coso; el del anfiteatro con el cadáver de aquella mujer desconocida, joven y hermosa, son páginas que no es fácil olvidar y que bastan para acreditar un novelista.

Doscientos mil volúmenes editados en un año. El pasado

En aquellos momentos tan difíciles para el comercio en general y muy particularmente para el ramo de librería; en aquellos momentos en que la guerra europea ponía tan tremendas trabas a la importación y en los que además la venta era escasa debido a la enorme crisis porque atravesaban los negocios, una casa, "La Facultad", de don Juan Roldán, se atrevía a lanzar al mercado de libros una obra magna, de suma importancia, y que era requerida años y años por el público argentino. Nos referimos a la "Colección de lèyes nacionales", recopiladas y coordinadas por Augusto Da Rocha. Constaba la obra de 24 volúmenes y como la tirada fué de 2000 ejemplares, se elevaban a 48.000 los tomos salidos a la luz pública. Prósperos siempre los negocios de "La Facultad", con este esfuerzo soberano llegó a colocarse la libería de nuestro compatriota en lugar preeminente de los negocios del ramo en este país.

Aquel paso fué decisivo para "La Facultad", pues comenzó la era de las grandes ediciones, entre las cuales están la "Biblioteca Argentina", dirigida por el doctor Ricardo Rojas, colección compuesta de 20 volúmenes de libros clásicos argentinos, tales como "Facundo", de Sarmiento; "Martín Fierro", de Hernández; "Las Bases", de Alberdi; "Dogma socialista", de Echeverría; "Doctrina democrática", de Moreno; "Descripción Colonial", de Lizarraga; "Tragedias", de Gorriti. Después se completaron las "Obras", del doctor Joaquín V. González y 18 tomos la forman actualmente, algunos de ellos como "Mis montañas", "Tradición nacional" y "Jurisprudencia y política", son de fama mundial.

Y para no enumerar sino las obra grandes, nos limitaremos a citar "Obras", de Rojas, 17 tomos; "Obras selectas", de Alberdi, 18 tomos; "Obra escogida", de Sarmiento, 18 tomos.

Y así, año tras año, lanzando millares de volúmenes, siempre de obras selectas, contribuyendo con ello a la difusión de la cultura nacional.

Incorporado al negocio el antiguo empleado, señor José Miguel Bernabé, se trasladó a Madrid el señor Roldán, para dedicarse directamente a la compra y envío de libros españoles y para dirigir los trabajos de las impresiones, mientras que el nuevo socio se entendía con los clientes, que cada año aumentan, y con los autores, que han venido a sumarse a la lista de los consagrados.

El presente

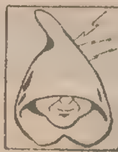
El año de 1926, marca un paso decisivo en los negocios de "La Facultad".

Es de dominio público el formidable éxito de "Zogoibi", la última novela del doctor Enrique Larreta. Editado este hermoso libro por "La Facultad", en 6 días agotó la casa la primera edición, 10.000 ejempla. Hubo necesidad de preparar la segunda edición, 12.000 ejemplares, y no duraron más de quince días. A toda prisa se puso en venta la tercera edición, ya de 40.000 ejemplares y buena cantidad se ha vendido a estas fechas. Los diarios de la Argentina y los de España han tenido para autor y editores entusiastas elogios, al autor por haber dado tan hermosa producción literaria, a los editores por la forma brillante de la propaganda y de la venta del libro. Ahora empiezan los diarios sudamericanos a ocuparse de "Zogoibi".

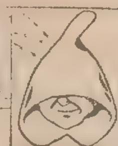
Otro de los buenos triunfos editoriales de este año en "La Facultad" ha sido "La familia", ensayo jurídico-social, del competente profesor de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de La Plata, doctor Juan Carlos Rébora. Obra de precio elevado, ha encontrado tan franca acogida que casi se agota la gran tirada hecha en unos meses.

El mayor esfuerzo editorial del año 1926 lo constituye la edición que "La Facultad" ha hecho de "Historia de la República Argentina", por Vicente F. López y Vera y González, 13 tomos encuadernados. Como la tirada es de 5000 ejemplares, el total de volúmenes suma 65.000.

Además los señores Roldán y Cía., de obras de derecho han lanzado este año "Lecciones de Derecho Constitucional", segunda edición, del doctor José Nicolás Matienzo; "Elementos de Derecho Constitucional y Administrativo Argentino", del doctor Antokoletz; "La quiebra en el Derecho Comercial Argentino", cuarta edición, del doctor Enrique Ruíz Guiñazú; "Guerra Terrestre y Aérea", del doctor Isidoro Ruíz Moreno, y "Derecho Federal", segunda edición del doctor Clodomiro Zavalía; todos ellos profesores de las Universidades de Buenos Aires y de La Plata. En cuanto a Economía y Finanzas, ha publicado esta casa "Problemas de la moneda y del Crédito", "Reapertura de la Caja de Conversión" y "Régimen Bancario", del señor Gastón H. Lestard; "Problemas argentinos, Litoralización del Interior", del doctor Pondal; "Cuestiones que afectan al régimen bancario argentino", de Pagola; "La sociedad de responsabilidad limitada", del doctor Salvador A. Doncel.



RADIOTELEFONIA



METODOS PARA LA ELIMINACION DE BATERIAS

Cuanido aparecieron los primeros receptores de radio, especiales para el uso de los profanos. pudo notarse que el único defecto que estos ofrecían era el mantenimiento de las baterías, pues tanto las pilas secas, como los acumuladores, ofrecían dificultades para su manejo y especialmente en cuanto a la carga. Sin embargo al poco tiempo aparecieron en el mercado, casas de comercio que se dedicaron a facilitar la tarea de cargar los acumuladores, lo que obvió en parte, el inconveniente antes citado, pero el mantenimiento de un aparato de radio se hacía oneroso y difícil en el campo, donde no existía corriente eléctrica de alumbrado para cargarlos. Por ello los constructores de lámparas de radio, trataron por todos los medios a su alcance de reducir el consumo de los mismos, a cantidades insignificantes y lanzaron al mercado, los tubos de filamento toriado que son lo únicos utilizados actualmente.

No obstante el enorme progreso que significa la enorme disminución del gasto de mantenimiento de la corriente necesaria para hacer funcionar un aparato de radio, todavía, el problema de la alimentación no ha sido resuelto completamente, aun cuando existen ya numerosos medios que si bien no contemplan la solución desde un punto de vista económico, lo son considerados como elementos que contribuyen a aumentar la comodidad y manejo de un aparato de radio. Efectivamente, el precio de los eliminadores de baterías que hay en el mercado, es relativamente elevado, si se compara con el costo de las pilas y aun de ciertos acumuladores, pero la gran ventaja del uso de los mismos, reside en la comodidad de su uso, pues con la simple aplicación a una ficha de la corriente eléctrica, el aparato está en condiciones de seguir funcionando, mientras duren las audiciones, independientemente, del tiempo que estas se prolonguen, como es natural, la ventaja, es por cierto muy grande para muchos casos especiales.



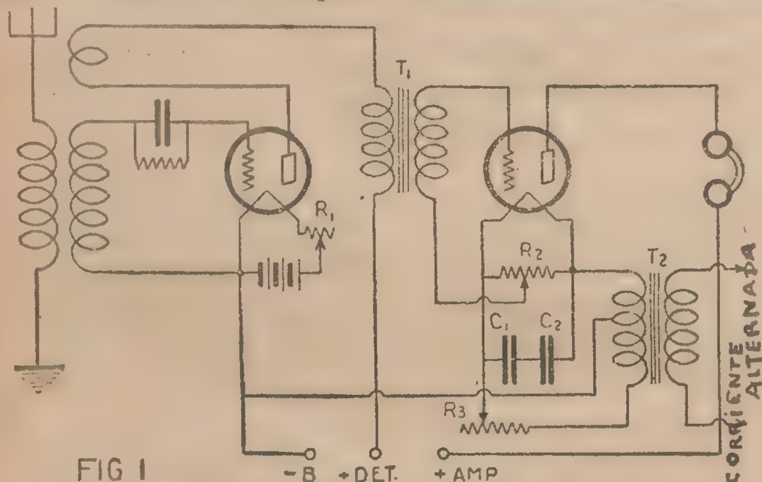
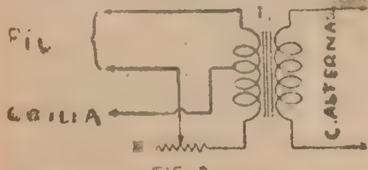


Diagrama para la obtención del encendido de los filamentos por medio de un transformador rebajando el voltaje de la corriente alternada.



Esta figura nos muestra la utilización de la corriente alternada para encendido del filamento pero usando la corriente sin filtrar y eliminando el uso de filtros por medio del punto central del transformador

Los eliminadores de baterías están todos ellos basados, en la utilización de la corriente de alumbrado común, y por medio de dispositivos, convenientemente colocados, reducirlas hasta el punto que ella pueda ser usada por los distintos elementos de radio. Las corriente más utilizables para ello son, las alternadas de 220 v. y 110 v. y la corriente continua de 220 v. por cierto que los dispositivos difieren fundamentalmente en cada caso y los veremos separadamente.

Para hacer un estudio completo de los eliminadores de baterías, deben estudiarse, considerando primero la corriente a utilizarse y luego el destino de la misma corriente una vez salida del eliminador.

En esa forma la división se hace así:

Eliminadores de corriente alternada a) para filamento y b) para placa.

Eliminadores de corriente continua, a) para filamento y b) para placa.

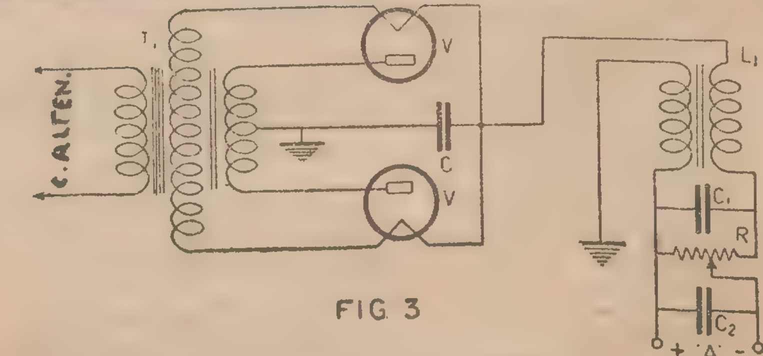
Debe, sin embargo, hacerse notar, que muchos eliminadores de baterías, sirven para ambas cosas a la vez.

Eliminadores de corriente alternada.

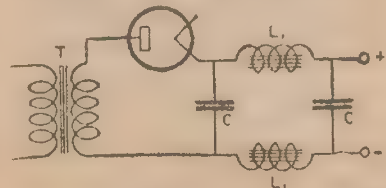
Cuando sólo se desea utilizar la corriente alternada para alimentar los filamentos de los audiones, los diagramas de las figuras 1 y 2 son válidos, en este caso se hace necesario el uso de un transformador, cuya relación de transformación sea la adecuada para el filamento de los tubos tenga el voltaje adecuado, puede usarse para ello un transformador de los que emplean en transmisión, pues son los únicos que tienen un punto central, que es necesario para neutralizar las diferencias de voltaje. Sin embargo debe hacerse notar, que a pesar de la sencillez del método, no es muy eficiente, puesta que siempre habrá un pequeño zumbido que será muy difícil eliminar.

Si se desea obtener una eliminación completa del ruido, será necesario emplear los dispositivos indicados en las figuras 3, 4 y 5, en la fig. 3 podemos ver un rectificador del tipo llamado rectificador a ambos ciclos, que da muy buenos resultados, en la fig. 4 se muestra otro del tipo de rectificación de sólo media onda o ciclo. Cuando se utilizan tubos de radio, comunes, en forma que sirvan para rectificar, es necesario que ellos tengan la grilla y la placa unidas, para operar así como tubos de dos elementos, sin embargo existen ahora en el mercado tubos especialmente construídos para tal objeto.

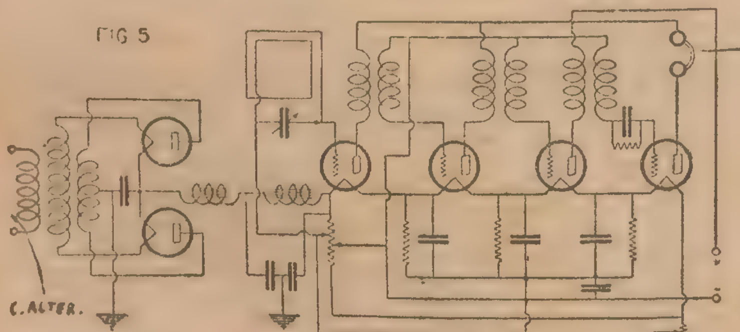
Hay casos en que se desea eliminar las baterías de acumuladores, pero se tropieza con la dificultad, de no poseer corriente alternada en la casa, pero el remedio es sencillo y sobre todo muy económico, para ello se recurre al dispositivo, que está claramente indicado en la figura 6, en la cual se muestra un aparato que permite el uso de la corriente continua.



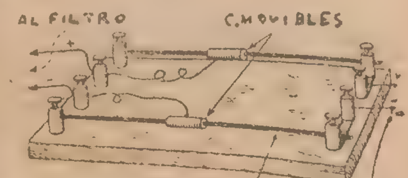
Rectificado de onda completa para obtención del voltaje de filamento, el cual regula por medio de la comedera R.



Rectificador de media onda, el cual no es tan eficiente como el mostrado en la figura 3.



Aplicación del rectificador y filtros a un receptor, los condensadores deberán tener un valor mínimo de 2 mfd.



Un iluminador barato y eficiente para el uso de la corriente continua, que utiliza como resistencias, las minas de lápices comunes

TEATROS

LOS PRIMEROS BARROTES

En plena canícula, cuando un so, tórrido nos achicharra aun hasta los huesos, ya empiezan a perfilarse los primeros contornos de la temporada venidera. Las apacibles siestas son empleadas activamente por los elementos teatrales en la preparación de la labor del próximo invierno, por lo que puede anticiparse que la competencia será más terrible que nunca y ello en ventaja para el público. No hemos de ocuparnos todavía de la formación de los nuevos elencos, cosa que dejamos para más adelante, a fin de poder presentar un cuadro más o menos completo de las actividades escénicas del año en curso. Pero queremos dejar constancia de que tendremos mucho que oir y que ver, deseando que la nueva etapa de nuestro teatro nacional marque un paso hacia adelante en el progreso del mismo.

LIRICA ESPAÑOLA

Un éxito sostenido, más caracterizado cuanto más caliginosa es la estación que atravesamos, es el de la compañía Barreta que está desarrollando en el Marconi una opima temporada de ópera y zarzuela española.

"Doña Francisquita" ha proporcionado en todo momento que fué llevada a la escena, completos casi absolutos. Se ve que el público no se cansa de aplaudir esta admirable producción del maestro Vives, que encarna en su partitura los motivos más típicos del alma musical madrileña de la época en que la acción tiene lugar.

Alternado con esa producción, mantiene siempre interesante su cartel el Marconi, con "Marina" la vieja zarzuela del maestro Arrieta, "La canción del olvido", pintoresca música del maestro Serrano, "El Sol de Sevilla" y "Los gavilanes."

El elenco del Marconi cuenta con elementos competentes que determinan el fácil éxito logrado en esta temporada. El director Barreta, las tiples Clotilde Rovira, Africa Samaniego, la actriz de carácter Díaz Labrada, Reboredo, Salvador, Perales y todos los demás, hacen un conjunto de gran eficacia.

Esta temporada del Marconi puede considerarse una de las más acertadas de la época veraniega.

CHUCHERIA

Los estrenos

—Tengo escrita una comedia
que es una preciosidad,
interesante, emotiva,
de alta espiritualidad,
bien pensada, bien escrita,
tiene un tema original,
escenas muy bien llevadas
y un acertado final.
Sé que empresario y actores
se la van a disputar,
pero quiero que me diga
donde la debo estrenar.

—No se haga ilusiones joven.
¿Estrenar? ¡Qué atrocidad!
¿Quiere usted que yo le diga
lo que va a necesitar
para llevar a la escena
ese prodigio teatral?
Cómprese un buen terrenito
dentro del radio central,
construya en él un teatro
de mucha capacidad.
Contrate una compañía
pague a todos un platar,
nómbrese usted mismo luego,
director, primer galán,
acomodador, transpunte,
boletero y algo más,
que pueda darle allí dentro
un poco de autoridad;
vaya armado hasta los dientes
cuando empiecen a ensayar,
y al cabo de algunos años
de lucha dura y tenaz
si le ayuda a usted la suerte
tal vez pudiera estrenar.

DESCONFIAD DE LAS IMITACIONES

Este clásico aforismo de la propaganda mercantil ha venido a radicarse en la escena por un curioso fenómeno de competencia que quiere atraer la atención y el interés del público hacia sí, cada uno de los litigantes, los cuales no han llevado su pleito ante las autoridades judiciales, sino que lo están ventilando en la escena ante la sanción del público. Pero resulta qu éste va de uno a otro adversario, no se decide por ninguno y beneficia con su aplauso a los dos. De aquí que en teatro se falsee la realidad como siempre y en lugar de favorecer la competencia al público consumidor, produce ganancias a los contendores. Puede ser que en esta lucha, en la que tal vez no haya auténticos y falsificados, tampoco resulten vencedores ni vencidos.

Nosotros, que estamos presenciando de cerca el lance artístico, podemos asegurar que nada pierde el público en ir a uno u otro teatro de los que mantienen la pugna, y si unos nos dicen "nosotros somos los verdaderos" y otros dicen "nosotros somos los auténticos", en realidad la piedra del escándalo en este conflicto es apenas un trozo de pedregullo y lo mismo da encontrarlo en la chacra de don Lorenzo que en la de don José o en la de cualquier otro criollo de ley.

EL REALISMO

La gran floración realista que ha invadido este verano la escena nacional y que se radicó con mayor duración en el Smart, sigue su curso con todo éxito. La compañía Casamayor ha proseguido su labor de poner en escena obras de un realismo convencional, pero el público lo acepta congratulado y no hay nada más que hacer.

Consolidóse el triunfo alcanzado por "El Ciruja" y con dicha obra, "Pases, boletos y abonos" y "El farol colorado", mediocre pero divertido esbozo de pochade, se tiene en el Smart lo necesario para que el público acuda a dicha sala y aplauda con fervor verdaderamente realista.

El realismo del Smart consiste, pues, más que en la naturaleza de sus espectáculos con la cantidad y entusiasmo del público que los presencia. El realismo de la escena es imaginario y en cambio la hipótesis de un posible público es una realidad.

LAS NOVEDADES DEL MAIPO

La temporada del Maipo que ha venido desarrollándose sin interrupción durante más de dos años, conservando siempre un gran interés en sus espectáculos, parece que será suspendida por breve tiempo, con objeto de dar un pequeño descanso al personal y realizar algunas refacciones en la sala. Antes de eso, será dado un festival extraordinario en homenaje a la colectividad cubana y al representante diplomático de dicho país entre nosotros. En dicha oportunidad, que será el 15 del mes en curso, se representarán las revistas que están en cartel, haciendo en ellas un hueco para dar cabida a la intervención del boxeador Kid Charol y de Cepedo, que tendrán a su cargo un número de baile. También tomarán parte en dicho festival varios actores de otras compañías que actúan en diversos escenarios de la Capital.

La temporada finalizará el 20 del mes en curso para reiniciarse con algunas variantes, en la segunda quincena del mes de marzo.

LA MAIZANI PROSPERA

Azucena Maizani, que comenzó tímidamente cantando tangos en el San Martín, después de una peregrinación trabajosa por los teatros de varietés, ha escalado en poco más de dos años el ansiado título de primera figura y ha conquistado el laurel revisteril, encabezando una compañía de género que trabajó con éxito en La Comedia, llevó su éxito hasta el Pueyrredón de Flores, lo trajo después nuevamente al centro, instalándolo valientemente en el Hippodrome, donde nunca se habían dado esos espectáculos, y de allí lo plantó con toda bravura y confianza en El Porteño, en donde está consiguiendo imponerse definitivamente como una estrella de las más destacadas de la constelación bataclánica. A tal extremo, que la próxima temporada de ese teatro será organizada sobre la base de esa primera figura. El éxito de la Maizani radica en los tangos, cantados con emoción y sabiduría, pero si se tiene en cuenta lo que el tango significa para el alma y el corazón criollo, especialmente porteños, se explica que una destacada tanguista pueda constituirse en piedra fundamental de una compañía de revistas.

LA CHACRA Y LA PIEDRA

El Avenida mantiene su éxito la representación de las obras de Martín Coronado "La Chacra de don Lorenzo" y "La piedra del escándalo", que siempre gustan al público. En este teatro se dan matinées los jueves, preparándose el drama gauchesco "Juan Moreira", con un cuadro criollo de gran atracción.

LA PIEDRA Y LA CHACRA

En el Ateneo, la compañía nacional que dirige M. Podestá sigue representando con gran aplauso las clásicas producciones en verso de Martín Coronado, que se titulan "La piedra del escándalo" y "La obras, cuya representación este año por duplicado y son aplaudidas por la numerosa concurrencia.

DELICIAS DE LA PANTALLA

EN EL GRAN SPLENDID. —Como de costumbre, esta aristocrática sala proporcionará en esta semana a sus habitués un interesante programa de películas nuevas de las mejores marcas. En tales condiciones y con la agradable temperatura que allí se disfruta, puede asegurarse que serán llenos perfectos las exhibiciones de esa sala.

EN EL CAPITOL. — Nuevas películas de afamados productores de todo el mundo y las mismas comodidades de siempre amenizado todo por una notable orquesta, es lo que ofrecerá en estos días a su público esta distinguida sala que es una de las más favorecidas por los buenos aficionados.

EN EL CINE PARC. — En el radio de Palermo ha quedado consagrado como cine de moda, esta hermosa sala que cuenta con todo lo necesario para hacer pasar a su distinguido público de familia, muy entretenidas veladas.

Los programas son siempre novedosos y selectos, alternándose en ellos las cintas dramáticas con las cómicas para satisfacer el gusto de todos.

INCOGNITA

La gente se pregunta
con inquietud mortal:
—¿Donde se encuentra Gómez?
—¿Gómez dónde estará?
Lo busco por Florida,
lo acecho por Juncal,
me llego hasta el Marconi
y no lo puedo hallar.
¿Dónde se habrá metido?
¿Dónde se encontrará?
Nadie, la atroz pregunta
me sabe contestar.
Y yo que soy más zonzo
que la miga del pan,
que tengo tantos nervios
como un cura rural,
cuando recuerdo a Gómez
grito con loco afán:
—¿Dónde dan "Los espectros",
señor, dónde lo dan?

PINCHO

CORREO TEATRAL

D. FERREYRA, Mar del Plata.— Hemos resuelto aplazar la lectura de su drama hasta el próximo invierno, porque estamos convencidos que ha de originar acaloradas discusiones y, francamente con esta temperatura no estamos para ciertos trabajitos.

POROTO. — Nos parece bien. Tal vez en el próximo número.

X. Y. Z. — Notamos que aunque usted ha llegado con sus iniciales al final, desconoce el abece de la literatura.

PAGINA INFANTIL — AVENTURAS DE PIPIRI

























Ultimas creaciones de la moda femenina

Modelos expresamente ejecutados para FRAY MOCHO por la acreditada casa Marthe Pinchart, 2 rue Volney, París.-



1 — Tapado en "lamé" fantasía "double" de terciopelo de seda cuello de la misma tela. — 2 — Tapado confeccionado en terciopelo de seda color negro; cuello y puños trabajados con piel de nutria y bordados de perlas, oro y piedras — 3 — Vestido de noche en "lamé" color coral y oro adornado con flores y perlas azules y rosas. Estos modelos son los que en la actual estación invernal europea, imperan en la capital de Francia.

Tall. Gráf. A. GARCIA & Cía. — Perú 1746